



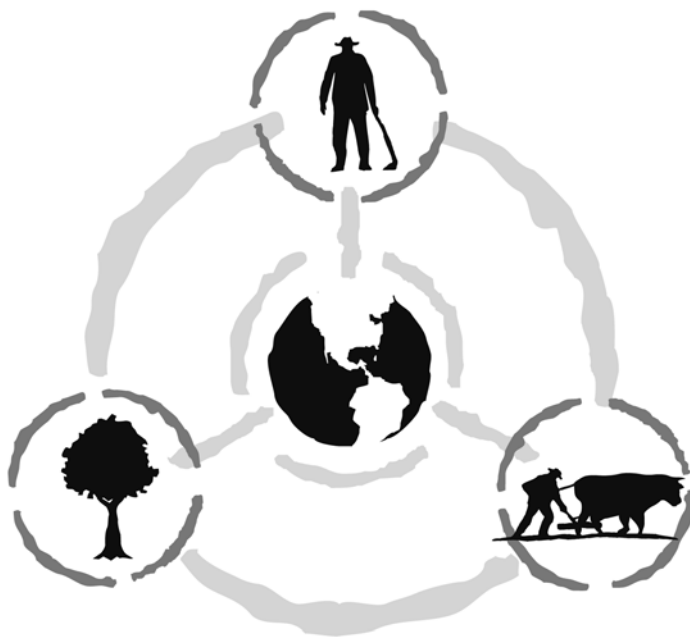
# SOCIEDADES RURALES Y NATURALEZA

En busca de alternativas hacia la sustentabilidad

Jaime Morales Hernández

# SOCIEDADES RURALES Y NATURALEZA

En busca de alternativas hacia la sustentabilidad



# SOCIEDADES RURALES Y NATURALEZA

En busca de alternativas hacia la sustentabilidad

Jaime Morales Hernández



ITESO



LIBERTAD NO HAYA LIBRES  
UNIVERSIDAD  
IBEROAMERICANA  
LEÓN

La presentación y disposición de *Sociedades rurales y naturaleza. En busca de alternativas hacia la sustentabilidad*, son propiedad del editor. Aparte de los usos legales relacionados con la investigación, el estudio privado, la crítica o la reseña, esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en español o cualquier otro idioma, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, inventado o por inventar, sin el permiso expreso, previo y por escrito del editor.

D.R.© 2004. Instituto Tecnológico y de Estudios  
Superiores de Occidente (ITESO)  
Periférico Sur Manuel Gómez Morín 8585,  
Tlaquepaque, Jalisco, México, C.P. 45090.

D.R.© 2004. Universidad Iberoamericana León  
Boulevard Jorge Vértiz Campero 1640,  
Col. Cañada de Alfaro, León, Guanajuato, C.P. 37238.

Impreso y hecho en México.  
*Printed and made in Mexico.*

**ISBN 968-5087-68-7**

*Queremos un mundo donde quepan muchos mundos,  
un mundo donde para todos haya siempre:  
pan para iluminar la mesa,  
salud para espantar la muerte,  
conocimiento para aliviar la ignorancia,  
tierra para cosechar futuro,  
techo para abrigar la esperanza,  
y trabajo para hacer dignas las manos...*

Indígenas de Chiapas

*Ella, la utopía está allá en el horizonte,  
nos acercamos dos pasos y ella se aleja dos pasos,  
caminamos diez pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá,  
por mucho que caminemos nunca la vamos a alcanzar.  
Entonces ¿para qué sirve la utopía?  
Para eso sirve, para caminar...*

Eduardo Galeano



A Ivonne, por todo lo que significa su presencia en mi vida

A mis padres, y a mis hermanos todos,  
que me han acompañado por la vida desde el amor,  
el trabajo y la honestidad

A los indígenas y campesinos de México,  
que me han enseñado agricultura,  
y me mantienen viva la esperanza





# Índice

	<b>Prólogo</b>	11
	<b>Introducción</b>	17
PRIMERA PARTE	<b>Los caminos hacia el desarrollo sustentable</b>	27
	CAPÍTULO I. El desarrollo y la crisis de la modernidad	29
	CAPÍTULO II. En busca de alternativas: el desarrollo sustentable	39
	CAPÍTULO III. Lo global y lo local como referentes de la sustentabilidad	51
	CAPÍTULO IV. Hacia una propuesta epistemológica	61
SEGUNDA PARTE	<b>El desarrollo y el medio rural</b>	71
	CAPÍTULO V. Espacios rurales e industrialización de la naturaleza	73
	CAPÍTULO VI. Movimientos sociales rurales	83

	CAPÍTULO VII. Política agrícola y desarrollo rural	101
TERCERA PARTE	<b>El desarrollo rural sustentable</b>	115
	CAPÍTULO VIII. Los pasos hacia la sustentabilidad	117
	CAPÍTULO IX. La agroecología	127
	CAPÍTULO X. La investigación participativa	153
CUARTA PARTE	<b>La construcción de la sustentabilidad</b>	169
	CAPÍTULO XI. El desarrollo rural en México	171
	CAPÍTULO XII. Una experiencia local en agricultura sustentable	195
	CAPÍTULO XIII. Avances en el escenario regional de Jalisco	217
	CAPÍTULO XIV. Perspectivas para la sustentabilidad rural en México	229
	<b>Bibliografía</b>	237

## Prólogo

---

*Dr. Eduardo Sevilla Guzmán*  
Catedrático de la Universidad de  
Córdoba, España



A principios de los años noventa del siglo XX, el trabajo sobre el manejo de los recursos naturales de una serie de académicos, investigadores y técnicos, situados en distintas partes del mundo, comenzó a converger. Entre los puntos de coincidencia —junto a otros muchos, no menos relevantes— figuraba la articulación de las ciencias sociales con las ciencias naturales, en conjunción con una crítica al pensamiento científico convencional.

Dicha crítica se centraba, de manera especial, en los aspectos relacionados con la agricultura industrializada que la agronomía legitimaba a pesar del fuerte deterioro que ocasionaba, tanto a la naturaleza como a la sociedad. A la primera, por contemplarla como un mero receptáculo de procesos químicos de síntesis y otros insumos externos, que parecían negar la fertilidad propia del suelo y la condición viva del resto de los elementos de la biosfera. A la sociedad, por aceptar un tipo de economía que justificaba anteponer la lógica del lucro a la satisfacción de las necesidades básicas de la población, con la consecuente ampliación de la brecha entre ricos y pobres, así como el incremento, cada vez mayor, del hambre en el mundo. A partir de esta idea, la ciencia actuaba más como una estructura de poder que como una epistemología que buscara la verdad.

En efecto, existe un nítido consenso científico respecto a que no es la falta de alimentos lo que deteriora la trágica situación de hambre en el mundo sino que es la desigual distribución de la riqueza la causa última de tan descomu-

nal injusticia: “En 1999 se produjo suficiente cantidad de granos en el mundo para alimentar una población de ocho mil millones de personas”.<sup>1</sup> Según los estudiosos: “Si tal cantidad de alimentos se distribuyeran equitativamente o no se emplearan para alimentar, mediante métodos de naturaleza industrial, a animales para satisfacer el consumo del primer mundo, el hambre quedaría automáticamente eliminada de la faz de la tierra”.<sup>2</sup>

Otro punto de convergencia lo constituía la utilización de metodologías participativas para el diagnóstico y la generación de tecnologías en diferentes realidades agroecosistémicas, que se iban incorporando al conocimiento popular (local, campesino e indígena), en pie de igualdad con la ciencia a la hora de resolver los problemas de sustentabilidad. El empleo de estos procedimientos originó una perspectiva pluriépistemológica y, consecuentemente, la aparición de una dimensión ética, tanto social como ambiental, en los diagnósticos realizados.

Entre los académicos y grupos involucrados estaban Miguel Altieri y Stephen Gliessman, desde una perspectiva agronómico/ecológica; Víctor Manuel Toledo y Enrique Leff, desde la visión sociológico/antropológica; José Manuel Naredo y Joan Martínez Alier, desde el punto de vista económico; las organizaciones no gubernamentales como el Proyecto Andino de Tecnologías Campesinas (PRATEC), en Perú, Agroecología Universidad Cochabamba (AGRUCO), en Bolivia, desde un enfoque de ecología política indígena, o el Centro de Estudios de Producciones Agroecológicas (CEPAR) y la Red de Agricultura Orgánica de Misiones (RAOM), en Argentina, por medio de huertos orgánicos comunitarios o ferias francas de productos ecológicos; así como Manuel González de Molina, junto con el equipo del Instituto de Sociología y Estudios Campesinos (ISEC), en la Universidad de Córdoba, España. Casi todos, al conocer nuestros trabajos, sentimos la necesidad de intercambiar de manera directa nuestras ideas sobre la situación actual de la agricultura y el desarrollo rural, en general, y el manejo de los recursos naturales, en particular.

La trasgresión de la perspectiva científica que todos realizábamos encontró en España un espacio físico de

1. Altieri, Miguel.  
*Bioteología agrícola.*  
*Mitos, riesgos ambientales y alternativas*, Food First/CIED/PED-CLADES, Oakland, 2001, p.18.

2. Lappe, Frances  
Moore et al. *World hunger: 12 myths*, Grove Press, Nueva York, 1998, 270pp.

interacción, por medio de la creación de un programa de doctorado en la Universidad de Córdoba, y posteriormente de una maestría en la Universidad Internacional de Andalucía. Las primeras generaciones del doctorado del ISEC, en Córdoba, jugaron un papel muy importante en la articulación de los diversos núcleos latinoamericanos de agroecología. Así, por un lado, el “grupo de Rio Grande do Sul”, en Brasil, con participación en instituciones estatales de extensión e investigación, y por otro, el “grupo de AGRUCO”, en la facultad de Agronomía de la Universidad de San Simón, en Cochabamba, Bolivia, permitieron generar formas de institucionalización agroecológica en conexión con diversos movimientos rurales.

Jaime Morales Hernández, quien primero pasó por la maestría y después por el doctorado, jugó un rol articulador importante entre los distintos grupos de agroecología en España, México y Brasil. Por todo ello no es de extrañar que ahora fructifique su aportación en este “colectivo agroecológico” con un excelente texto sobre sustentabilidad y desarrollo rural.

Es para mí una gran satisfacción presentar la profunda transformación que el autor de este libro ha realizado de la tesis doctoral que entregó en el ISEC de la Universidad de Córdoba, con la cual obtuvo la máxima calificación otorgada por los centros de enseñanza superior españoles: “sobresaliente cum laude”, para darle forma de introducción a los aspectos más relevantes de la sustentabilidad rural, como acercamiento de sumo valor pedagógico para quienes están interesados en estos temas.

El texto parte de definir la “perspectiva de la sustentabilidad” como una construcción social dinámica, para después caracterizar la globalización desde dos visiones: primero, la hegemónica neoliberal, y luego la referida perspectiva de la sustentabilidad, que adquiere en esta publicación una dimensión dialéctica entre lo local y lo global, pues permite generar un espacio desde el que es posible construir alternativas de desarrollo. Aunque Jaime Morales se mueve en un plano claramente divulgador, presenta conceptos de gran calado teórico con extraordinario rigor. Más adelante muestra como el desarrollo “realmente existente” es un reflejo de

las políticas agrarias introducidas por los diferentes estados, que responden en la actualidad al proyecto civilizatorio occidental hegemónico de naturaleza neoliberal. No obstante, existen algunas excepciones interesantes como es el caso de Rio Grande do Sul.

También el estudio del académico del Centro de Investigación y Formación Social aborda la evolución del desarrollo sustentable, por medio de propuestas teóricas de gran interés para la creación de enfoques científicos alternativos, que permiten caracterizar, por un lado, la agroecología, sus métodos y técnicas, y por otro, la investigación participativa (mostrando su genealogía y la naturaleza transformadora de su estrategia metodológica), como elementos clave para la construcción de un desarrollo rural, en el marco de la sustentabilidad.

La última parte del libro —basada ya en el contenido de su tesis doctoral— se centra en la caracterización de todo lo expuesto en los anteriores capítulos, pero desde la especificidad de la realidad mexicana, y está narrada con tal familiaridad que muestra al autor involucrado con dichas acciones. Este apartado presenta el caso específico de la Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias (RASA) de Jalisco, y un proceso concreto en la comunidad de Juanacatlán, de la sierra de Tapalpa, para resaltar la relevancia de la dimensión local a pesar de su tremenda dificultad. El capítulo que cierra este estudio es una reflexión sobre México, a partir de los elementos más relevantes tratados a lo largo de todo el trabajo, y propone acciones que permitan un desarrollo sustentable con las herramientas de la agroecología y la aportación clave del México profundo.

Otro mérito del texto es que aúna en un solo volumen una gran cantidad de materiales y conceptos útiles para los promotores y asesores rurales que trabajan con comunidades indígenas y campesinas en México y América Latina. Además posee una originalidad que le introduce dentro de las aportaciones sobre las distintas áreas de conocimiento que abarca este nuevo campo de la sustentabilidad rural.



## **Introducción**

---



Desde el surgimiento de la agricultura, la transformación de la naturaleza en espacios rurales ha proporcionado alimentos, fibras, energía y materiales esenciales para la vida humana. A lo largo de la historia, las sociedades rurales han establecido diferentes formas de relacionarse con los distintos ecosistemas en una continua coevolución, que ha dado como resultado una amplia diversidad productiva, cultural y ecológica. En la actualidad, los agricultores, campesinos e indígenas, junto con sus familias, constituyen la mitad de la población mundial, en tanto que los espacios rurales comprenden poco más de la mitad de la superficie del planeta. Las actividades agropecuarias y forestales realizan para las sociedades urbanas funciones productivas, sociales, culturales y ambientales.

Gran parte del medio rural en el mundo se encuentra en una grave situación de pobreza, hambre, deterioro ambiental, emigración, desaparición de culturas y marginación, debido a los modelos de desarrollo utilizados, que se basan en la industrialización de la agricultura y la mercantilización de las economías del campo. Ante esto, múltiples movimientos sociales e instituciones de carácter mundial buscan estrategias de desarrollo rural alternativo, sobre todo en lo que se refiere a las vinculaciones entre sociedad y naturaleza. En esta búsqueda tiene una presencia cada vez más importante la perspectiva de la sustentabilidad de los procesos de desarrollo.

El presente libro es un acercamiento, entre muchos posibles, a las relaciones entre la sustentabilidad y el desarrollo

rural, pero también busca aportar elementos para la construcción de estrategias alternativas. Este texto pretende llenar un hueco en la literatura existente sobre el tema, y presenta de manera introductoria las bases conceptuales y las propuestas metodológicas del desarrollo rural sustentable.

El origen de este escrito proviene de la participación del autor en actividades de formación, dirigidas a estudiantes universitarios, asesores, agricultores y técnicos rurales. Estas experiencias didácticas mostraron la necesidad de disponer de una publicación, accesible y sintética, como punto de partida para profundizar en estos tópicos, y también como material de apoyo en los procesos de educación formal y no formal. Los materiales que constituyen el estudio han sido utilizados y discutidos en diversos cursos, talleres, seminarios y diplomados. Además ya han sido publicadas versiones parciales y preliminares de algunos capítulos.

Este libro busca ser un auxiliar en la labor cotidiana de autoformación de aquellos promotores rurales inmersos en procesos sociales, bien sea dentro de organizaciones indígenas, campesinas, no gubernamentales, o en universidades, centros de investigación e instancias públicas. También pretende ser útil en los procesos de formación universitaria, entre quienes buscan acercarse al desarrollo rural sustentable desde la multidisciplinariedad.

La obra va dirigida a un público amplio interesado en las cuestiones del medio ambiente, el campo y la sustentabilidad. Se trata de un texto de divulgación, que busca profundizar de manera conceptual y vivencial en esta compleja problemática, motivo por el cual se propone una profusa bibliografía y se sugieren 22 títulos básicos, disponibles y accesibles en México y Latinoamérica.

Esta publicación se compone de cuatro partes e intenta combinar aspectos conceptuales con experiencias concretas de desarrollo rural sustentable. Además, presta especial atención al sector agropecuario de México, que está en una crisis profunda y ante un escenario sombrío, y propone a la sustentabilidad como un elemento central en las estrategias para el campo en el país.

El texto está construido en torno a las articulaciones que se establecen entre cuatro ejes conceptuales. La primera

parte del estudio tiene un carácter teórico y, a partir de diversas visiones, se centra en analizar y discutir cada uno de estos cuatro ejes para construir el marco analítico que constituye la estructura del libro. El primer eje conceptual se refiere a la crisis compleja y multidimensional por la que atraviesan las sociedades actuales. Una crisis global que atañe de forma directa al proyecto civilizatorio occidental y sus fundamentos, y es en ese sentido una crisis de civilización (Bonfil, 1994).

Los procesos de desarrollo ubicados en esta matriz civilizatoria también están inmersos en una profunda crisis, y son cuestionados por diversos actores sociales e institucionales, dado los distintos impactos negativos que tienen para la mayor parte de la población que vive en este planeta. Esta situación definida por Touraine (1998) como la crisis de la modernidad presenta entre sus rasgos más dramáticos un deterioro intensivo de los recursos naturales del mundo, que pone en riesgo la supervivencia humana y, por consiguiente, demanda encontrar propuestas alternativas de crecimiento, a partir de otro tipo de relaciones entre las sociedades y la naturaleza.

La búsqueda de procesos alternativos de desarrollo, desde la perspectiva de la sustentabilidad, es el segundo eje conceptual de este libro. Siguiendo a Leff (1998), la sustentabilidad emerge como la marca de un límite y como un signo que reorienta el proceso civilizatorio de la humanidad. Además ofrece una visión de largo plazo en las relaciones entre las sociedades, los ecosistemas naturales y los procesos de desarrollo. De acuerdo con Toledo (1998-1999), la sustentabilidad busca una modernidad alternativa, basada en una nueva ética planetaria, que implica la solidaridad entre todos los miembros de la especie humana, así como entre todos los seres vivos y elementos de la Tierra.

El tercer eje conceptual atiende las distintas articulaciones entre lo global y lo local como referentes de los procesos de desarrollo sustentable. Según Beck (1998), la globalización es un proceso complejo y multidimensional que va más allá de lo económico y comprende también aspectos sociales, ecológicos, culturales y políticos. Por su parte, lo local es un referente empíricamente identificable, y un pun-

to de arranque para el diseño de estrategias de desarrollo. Lo local y lo global se entienden como espacios relacionados e inseparables, donde la globalidad aparece como una fuerza generadora de nuevas construcciones de la localidad. Esta perspectiva trasciende la noción de globalización como un proceso unidireccional y absoluto, y aporta un importante énfasis en la localidad como un ente con capacidad de diseñar el futuro.

La crisis de la modernidad también supone un cuestionamiento a las ciencias y los conocimientos desde los que se han establecido los procesos de desarrollo, y plantea el reto de generar enfoques científicos capaces de participar en la construcción de proyectos orientados hacia la sustentabilidad. En este reto se ubica el cuarto eje conceptual del libro, que aspira a participar en la búsqueda de saberes y conocimientos alternativos. De acuerdo con Leff (1994), la crisis civilizatoria y sus consecuencias ambientales demandan principios epistemológicos y estrategias conceptuales que orienten una nueva racionalidad productiva sobre bases de sustentabilidad ecológica y equidad social. El deterioro ambiental problematiza los paradigmas del conocimiento establecidos, y demanda nuevos enfoques capaces de orientar un proceso de reconstrucción del saber que permita realizar un análisis integrado de las relaciones sociedad-naturaleza.

El marco analítico elaborado a partir de estos cuatro ejes conceptuales permite tener un acercamiento a los procesos de desarrollo rural y sus diferentes elementos, en la segunda parte del libro. Estos procesos establecen una serie de articulaciones entre las sociedades y sus entornos naturales, donde las actividades agropecuarias y forestales son un elemento central. La agricultura, en su sentido amplio, se sitúa en la intersección entre lo natural y lo social y, por medio de estas, las sociedades se apropian de una parte de la naturaleza.

Según Toledo, Alarcón y Barón (2002), la producción rural es un intercambio entre sociedad y naturaleza que tiene dos vertientes: la económica y la ecológica. Las actividades humanas que se realizan en el medio rural son en esencia una artificialización de los ecosistemas naturales.

Las sociedades rurales son los actores principales del desarrollo rural y el punto de partida para la construcción de procesos alternativos. Además son quienes a lo largo de la historia han generado diversos movimientos sociales y a partir de sus experiencias han surgido propuestas y estrategias de crecimiento en sus regiones, que por lo general son excluidas por los procesos de desarrollo. El capítulo VI profundiza, desde la perspectiva global, en el análisis de los actores rurales y sus movimientos sociales, discutiendo algunos de sus rasgos comunes.

En los procesos de desarrollo rural juegan un papel central las políticas agrícolas y a escala global son dominantes las directrices basadas en el mercado como eje de la industrialización de la naturaleza. Sin embargo, también existen tendencias emergentes en las políticas agrícolas, las que al reconocer sus impactos se orientan hacia procesos agrícolas más sustentables y a la multifuncionalidad de las actividades rurales. En el capítulo VII se discute el contexto global de las políticas agrícolas, sus elementos y las principales tendencias presentes en los planes de desarrollo.

El desarrollo rural sustentable representa una alternativa ante los impactos que la industrialización de las actividades agropecuarias ha tenido, tanto en las culturas campesinas e indígenas como en los recursos naturales. La tercera parte del libro se detiene a analizar los procesos de búsqueda de la sustentabilidad y propone algunos elementos para la construcción de una matriz conceptual del desarrollo rural sustentable. Además, se presentan dos propuestas conceptuales y metodológicas que han demostrado una gran utilidad en el trabajo cotidiano con comunidades rurales: la agroecología y la investigación participativa.

La primera propuesta atiende a la agroecología como un enfoque científico alternativo con gran potencialidad para el desarrollo rural sustentable. Siguiendo a Gliessman (2002), se entiende a la agroecología como la aplicación de los principios y conceptos ecológicos en el diseño y manejo de sistemas de agricultura sustentable. En el capítulo IX se presentan las influencias científicas, sociales y empíricas que dan origen a la agroecología y luego se discuten las bases epistemológicas y teóricas que le dan fundamento.

También aborda en detalle el concepto de agroecosistema como unidad básica de análisis y concluye con una breve descripción de seis diferentes propuestas metodológicas para la investigación agroecológica.

De acuerdo con Park (1992), en los procesos de investigación participativa los involucrados se reúnen no sólo para encontrar académicamente lo que causa los problemas que sufren sino para actuar frente a ellos, y la participación tiene que darse tanto en la acción social como en la búsqueda científica. La investigación participativa no termina con nuevos hallazgos y percepciones sino que continua mediante un compromiso en la acción. A la discusión de esta propuesta va dedicado el capítulo X, que presenta una serie de conceptos y fundamentos metodológicos, así como señala la relevancia de sus aportaciones en el trabajo rural.

El campo en México se encuentra en una crisis con múltiples dimensiones que van desde lo social y lo económico hasta lo ecológico y lo cultural, y demanda la construcción de estrategias de desarrollo rural alternativas que incluyan a la sustentabilidad como uno de sus componentes. La cuarta parte del libro integra los cuatro ejes conceptuales, junto con los elementos y el esquema de análisis seguido a lo largo del texto, y los aplica a la situación concreta del sector rural mexicano, desde la perspectiva de participar en la construcción de alternativas. Los procesos de desarrollo rural en México, las políticas públicas y los actores sociales inmersos en estos procesos son analizados en el capítulo XI, que además da cuenta de la insustentabilidad creciente en la agricultura mexicana, como resultado del modelo de desarrollo modernizador y su actual etapa neoliberal.

Como ejemplos concretos y reales de la búsqueda de alternativas se presenta una experiencia desde el ámbito local, misma que da cuenta del proceso que siguen hacia la agricultura sustentable un grupo de campesinos de la comunidad de Juanacatlán, en la sierra de Tapalpa, Jalisco. Además, se documenta a escala regional la experiencia de la Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias (RASA) de Jalisco, integrada por campesinos, organizaciones no gubernamentales y universidades. Ambas experiencias son una pequeña muestra de los múltiples esfuerzos que existen



diseminados por el país y que en conjunto evidencian las posibilidades para construir estrategias de desarrollo rural sustentable.

A manera de reflexión final, el capítulo XIV intenta sintetizar los elementos más relevantes del libro y propone a la sustentabilidad como un componente central en las estrategias alternativas para enfrentar la grave crisis rural existente en México. Para ello, se fundamenta la necesidad de modificar el modelo de desarrollo dominante, y se presentan una serie de elementos locales, nacionales y globales que favorecen la viabilidad del desarrollo rural sustentable en nuestro país. Este capítulo concluye con la búsqueda de alternativas, a partir de la contribución esencial del México profundo, para la construcción de un proyecto de nación, más justo y plural.

La presente publicación es el resultado de un continuo contacto con personas, vivencias, discusiones, decepciones y aprendizajes; resulta de elemental justicia presentar un breve recuento de todos aquellos que de diferentes maneras han participado en su concepción, sin que eso los haga responsables de los contenidos.

Una de las vertientes principales que dan origen a este texto proviene de 22 años de caminar por diferentes paisajes rurales y acompañar a las familias del campo en su búsqueda por transformar sus condiciones de marginación y pobreza. Los pueblos indios y campesinos de Nicaragua, Guanajuato, Chiapas, Veracruz y Jalisco han sido mis maestros e inspiradores constantes, y sus enseñanzas y vivencias aportan una parte sustancial del libro. Un particular agradecimiento para los agricultores don Tomás Magallanes, don Pedro Hernández, don Rubén Damián y don Ezequiel Macías.

En este caminar he tenido la suerte de conocer a maestros, compañeros y amigos con los cuales he discutido y soñado, en los avatares del trabajo rural. Sus ideas, opiniones y experiencias forman parte también de este texto. Agradezco por ello a María de Jesús Bernardo, Sergio Blumenkron, Héctor Durán, Bernard Duterme, Pedro Figueroa, Javier García Buj, Peter Gerritsen, Arturo Gómez Ibarra, Ignacio González, Jesús Gutiérrez, Sergio Herrera,

Pedro Muro, Heliodoro Ochoa, Alejandro Palma, Frederic Prat, Jorge Rocha, Alfredo Troccoli y Everardo Villarreal.

Otra vertiente viene de mis estudios doctorales en Córdoba, España. Ese intenso periodo intelectual debe mucho a la presencia de Eduardo Sevilla Guzmán y a sus enseñanzas, lecciones y cercanía, que han dejado una profunda huella en mi quehacer profesional. El libro está en deuda con Víctor Manuel Toledo y sus obras sobre los campesinos e indígenas de México que han orientado y nutrido mi trabajo cotidiano. También hay una deuda con Enrique Leff por sus ideas y textos siempre desafiantes. En esta época fueron además muy relevantes las discusiones con Manuel González de Molina, Xavier Simón, Stephen Gliessman, Gerrit Huizer, Miguel Altieri, Peter Rosset y Jan Douwe van der Ploeg. Gracias a todos ellos, pues sus conocimientos aportaron ideas fundamentales a este texto.

La estancia en Córdoba significó una rica experiencia de multiculturalidad, y los debates y vivencias con mis compañeros de doctorado también dejaron una gran influencia en mi formación intelectual. Agradezco a Francisco Caporal, José Antonio Costabeber, Eros Mussoi, Joao Carlos Costagomés, Marcos Borba, Gastón Remmers, Yan Pouliquen, Gloria Guzmán, Antonio Alonso, Juan José Soriano, Jorge Morett, Eduardo López, José Carlos Ávila, Santiago Sarandón y Eduardo Quintanar. Un reconocimiento especial es para Joao Carlos Canuto, amigo cercano y constante en todo momento, y para todas aquellas personas cordobesas que hicieron de esos tiempos una época inolvidable.

Para finalizar agradezco a Óscar Hernández Valdés del Centro de Investigación y Formación Social, quien siempre creyó en esta aventura, a la Fundación Magdalena Obregón viuda de Brockmann su apoyo para realizar mis estudios de doctorado y al Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) por facilitar mi estancia en Córdoba y la redacción de este texto.

Puerto Corona, Jalisco.  
Verano de 2003.

## **Primera parte**

*Los caminos hacia  
el desarrollo sustentable*

---



## Capítulo I | El desarrollo y la crisis de la modernidad

---

El concepto de desarrollo se creó hacia fines de los años cuarenta del siglo XX y desde ese momento su uso se ha extendido en todo el planeta. Además, a partir de su formulación se han estructurado y puesto en marcha los modelos y planes de crecimiento de muchas regiones, así como también se han orientado los recursos financieros de los organismos internacionales.

Sin embargo, los modelos de desarrollo no se generan en lo abstracto sino que son el reflejo concreto de un proyecto civilizatorio, de una visión del mundo. El proyecto occidental ha sido el dominante en los siglos recientes, pero en la actualidad los resultados de su aplicación muestran un conflicto global y multidimensional, que incluye lo ecológico, lo social, lo económico, lo cultural y lo existencial, en un complejo entramado conocido como la crisis de la modernidad.

### **El desarrollo como proyecto civilizatorio**

Para acercarse a los procesos de desarrollo seguidos por las sociedades, es necesario una perspectiva amplia que facilite analizarlos como la expresión de un proyecto de civilización concreto. En ese sentido resulta valiosa la aportación de Bonfil (1994), quien señala que el concepto de proyecto civilizatorio refiere a un modelo ideal de sociedad —proyecto histórico— al que se aspira, pero también a una manera de entender al mundo, al cosmos, a la naturaleza; una forma de organizar la vida en sociedad. La noción de proyecto civilizatorio comprende el conjunto de valores, sím-

bolos y conocimientos, el sentido de trascendencia y realización humana, e incluye las ideas sobre la democracia y la comprensión de la naturaleza, del trabajo y de la producción material.

Los modelos de desarrollo que se han establecido en buena parte del mundo presentan diversas variantes en sus formas de aplicación, sin embargo, tienen entre sí un origen común y una serie de elementos que comparten. Este origen se refiere al proyecto civilizatorio occidental, cuyo eje central es el ideal modernizador, que es la razón de ser de los procesos. Estos modelos son expresiones claras de ese proyecto civilizatorio y constituyen el paradigma de desarrollo dominante. La etapa actual del paradigma, es decir, su fase neoliberal, propone intensificar los procesos modernizantes, globalizando su alcance y profundizando la puesta en práctica de sus rasgos fundamentales. Además, se presenta como el único camino posible, a partir del que se estructuran los planes y programas de crecimiento de los gobiernos nacionales, apoyados por los organismos multilaterales e internacionales.

El proyecto civilizatorio se materializa en la ideología y la práctica de modelos de desarrollo que, a pesar de sus diferencias de matiz, comparten algunos rasgos esenciales. El proyecto civilizatorio occidental se define desde los mismos supuestos básicos: la historia es un proceso infinito de avance rectilíneo —el progreso—; el avance se realiza vía la ciencia y consiste en un dominio y una capacidad de explotación de la naturaleza cada vez mayores en beneficio del hombre; los beneficios que genera el avance se expresan en un consumo cada vez mayor —el crecimiento económico—, y la trascendencia del hombre se cumple en este proceso (Bonfil, 1994).

En estos supuestos descansan las escalas valorativas y definiciones de la civilización occidental: el trabajo como un mal necesario que se debe reducir con el avance histórico, y la naturaleza como un enemigo a vencer con la tecnología, con una mayor producción y con el mayor consumo de bienes; estas se consideran valores absolutos, inmanentes, sin necesidad de justificación alguna.

De esta manera, aquellas culturas que comparten o aceptan estas nociones son consideradas como desarrolladas y modernas, en tanto que las que tienen otros proyectos civilizatorios son consideradas tradicionales y subdesarrolladas y deben ser modernizadas por las mismas vías de sus contrapartes. Es así como modernidad, progreso y crecimiento se convierten en conceptos equivalentes y en las bases ideológicas del único camino posible al desarrollo, donde la diversidad cultural es un impedimento.

Para Toledo (1990), este proyecto civilizatorio busca la integración y finalmente la dependencia de todos los espacios naturales y sociales del planeta, por medio de la especialización. Esto hace que el actual proceso sea esencialmente homogeneizante e intolerante con toda expresión de diversidad cultural, ecológica y productiva. En el mismo sentido para Sevilla (1995), el desarrollo modernizador ha marcado como tendencia necesaria el paso de organizaciones sociales rurales, con vínculos de religión, lengua, etnicidad y comunidad, a otras formas de convivencia en las que impera la racionalidad, la burocracia, la tecnología, el urbanismo y la ciencia como valores esenciales de un proceso de homogeneización cultural.

## **Rasgos del proyecto civilizatorio**

### *Relación sociedad– naturaleza*

La visión del mundo es una construcción social y cultural que refleja la concepción que cada sociedad tiene de la naturaleza y el tipo de relaciones que se establecen con ella. Según González de Molina (1994), el proyecto occidental incluye en su noción de desarrollo una visión proveniente del racionalismo, en la que el mundo natural y el mundo humano son ajenos y distantes, pero donde el ser humano es el elemento más importante del universo. Esta visión antropocéntrica justifica la manipulación humana de los ecosistemas, con el fin de controlarlos y ordenarlos.

El desarrollo consiste entonces en transformar el mundo natural para darle mayor valor al que poseía en su estado

### *Industrialización y urbanización*

original. Las relaciones que establecen las sociedades modernas con su entorno natural también incluye la percepción de que los recursos naturales son infinitos y siempre están disponibles. A esta percepción se añade la de considerar que los seres humanos son ajenos a la naturaleza y, por tanto, aquello que sucede en el mundo natural está fuera de la incumbencia de las sociedades humanas. Así, y a la inversa de otras culturas, el proyecto occidental establece relaciones con la naturaleza sólo con base en criterios económicos y productivos, sin considerar aspectos éticos y filosóficos, o de corresponsabilidad.

El proyecto civilizatorio occidental se construye desde el racionalismo, la industria y la urbe como referentes del desarrollo, y este proceso se plantea y organiza con el paso de lo rural a lo urbano, de lo agrícola a lo industrial, de manera que las sociedades son más desarrolladas a medida que su economía deja de ser agraria y pasa a ser industrial y, por tanto, los seres humanos trabajan y se concentran cada vez más en las ciudades, abandonando su condición rural. Este medio rural, un espacio articulador entre las sociedades urbanas y los ecosistemas, es visto entonces como el transformador y proveedor de materias primas, alimentos, combustibles y mano de obra, pero también como un receptor de los desechos urbanos e industriales.

Para Toledo (1990), un rasgo distintivo del actual modelo civilizatorio es el de un todopoderoso sector urbano-industrial, esencialmente depredador, erigido sobre las ruinas de las sociedades rurales —países y regiones—, y sobre la naturaleza avasallada. En todo el orbe se han reproducido un conjunto de mecanismos no sólo económicos sino también políticos, sociales y culturales, que privilegian lo urbano-industrial sobre lo rural-natural y que tienden a ocultar la secuela de altísimos costos sociales y ecológicos de este modelo. Desde esta percepción, la naturaleza y los espacios rurales tienen razón de ser en la medida que soportan el desarrollo industrial y la urbanización. Así, “El modelo civilizatorio moderno, se asemeja a una pirámide cuya porción superior urbana-industrial, se nutre parasitariamente de los



pisos inferiores representados por los sectores rurales y naturales, explotando la naturaleza que le rodea y que sirve como fuente primigenia de su reproducción material” (Toledo, 1990: 15).

**Procesos  
económicos y  
naturaleza**

La consideración de la naturaleza como algo ajeno a la cultura humana, y el énfasis en la industrialización y la urbanización dan lugar a un tercer rasgo del proyecto civilizatorio occidental, que es la interrelación entre los procesos económicos y la naturaleza. En estas relaciones se considera a las leyes económicas como superiores a las leyes naturales y, por tanto, priva una racionalidad económica que considera como único factor relevante los ciclos de recuperación de capital, sin tomar en cuenta los ritmos de recuperación de los recursos naturales. Asimismo, esta noción no asume una relación de corresponsabilidad con la naturaleza y, entonces, no considera las externalidades causadas por los procesos productivos sobre el medio ambiente.

De este modo, la búsqueda de la productividad conduce a la progresiva utilización de materiales y combustibles fósiles —no renovables—, por medio de la explotación intensiva de la naturaleza. Esta capacidad de producir rehúsa asumir entre sus consideraciones los costos referentes al manejo y tratamiento de los desechos generados. El conjunto de percepciones se completa con la idea de que la producción puede satisfacer de forma ilimitada las necesidades de los seres humanos si se permite que estos concurren libremente al mercado. Por tal motivo, la búsqueda del máximo beneficio del capital y la racionalidad del lucro, encarnados en las nociones de producción y riqueza, se encuentran en la base del pensamiento económico moderno, y explican el crecimiento desmedido de las fuerzas productivas y la consideración subordinada e instrumental de la naturaleza.

**Ciencia y  
conocimiento**

El pensamiento moderno occidental, cuyo origen se remonta a la Europa del siglo XVIII, se fundamenta en la idea de que la razón y sus progresos son los únicos caminos para la felicidad humana. La ciencia como “[...] exponente de las

posibilidades de la razón, se convierte en el instrumento que haría a los seres humanos dueños de su propio destino". La fe en las posibilidades del conocimiento científico "[...] sería responsable del cambio operado entre los seres humanos y la naturaleza, de una visión organicista se pasó a una concepción antropocéntrica en la que el hombre constituye el centro del universo y a él queda subordinado todo lo demás" (González de Molina, 1994: 64–65).

De lo anterior parte otro rasgo fundamental del desarrollo moderno, consistente en la confianza absoluta en la ciencia como único camino válido hacia el conocimiento y su correspondiente ideología: el cientificismo. Esto implica la exclusión de otros saberes y conocimientos diferentes a la concepción científica definida de manera unilateral. También es causa de una arraigada intolerancia hacia la diversidad cultural y los conocimientos generados, por ejemplo, por las culturas rurales, tradicionales e indígenas, que son rechazados a priori y considerados como un obstáculo para la modernización y, por ende, para el desarrollo.

### *Democracias representativas*

El ideal modernizador se fundamenta en la noción del gobierno de la sociedad, a través de seres humanos especializados en la política. El desarrollo es conducido por individuos que elige la comunidad para que la representen, y de este modo los sindicatos, las organizaciones políticas y el Estado son los depositarios de las voluntades y de los deseos ciudadanos respecto al rumbo que seguirán las sociedades. Los políticos profesionales, en consulta con los científicos especializados, son quienes deciden qué es lo conveniente, y lo plasman en una estructura jurídica y normativa que debe ser acatada por todos los ciudadanos, quienes sólo tienen posibilidad de cuestionar estas decisiones hasta el siguiente periodo electoral.

La noción de la democracia contenida en el proyecto modernizador enfatiza la representación a nombre de los ciudadanos, pero no su participación, al promover estructuras centralizadas y verticales, así como rechazando formas descentralizadas y autogestionarias, que permitirían dejar las decisiones en manos de los ciudadanos. Esta idea

## **Los resultados del desarrollo y la crisis de la modernidad**

de democracia representativa ha constituido un punto de apoyo fundamental para la legitimación del proyecto de civilización occidental, bajo el discurso de la democracia unida al conocimiento científico, como garantía de que las decisiones políticas son lo mejor para la sociedad en su conjunto.

La aplicación de este proyecto civilizatorio en el mundo ha provocado una problemática global en el ámbito ecológico, social, económico, cultural y existencial, considerada como la crisis de la modernidad. Un análisis de los resultados de este proyecto permite cuestionar a profundidad la viabilidad de sus estrategias y programas. A continuación se presentan algunos de estos resultados, que también son indicadores de dicha crisis.

Su dimensión ecológica de la crisis se expresa en un deterioro global de las condiciones naturales que hacen posible la vida en el planeta y que ponen en peligro nuestro futuro como especie. Las formas de utilización de la naturaleza han ocasionado cambios climáticos, el agotamiento de la capa de ozono, la contaminación generalizada y creciente de los recursos naturales, la destrucción sistemática de los bosques y la erosión de los suelos. Este deterioro se realiza para satisfacer las necesidades de sólo un pequeño segmento de la población mundial. De acuerdo con el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), 20% de los habitantes del mundo usan 80% de los recursos naturales (PNUD, 1997).

Además de la destrucción de la naturaleza, el proyecto civilizatorio occidental sigue sin resolver el problema de la pobreza y la marginación, es más, las ha aumentado, y esto constituye la dimensión social de la crisis. Según la Organización de las Naciones Unidas (PNUD, 1997), 800 millones de seres humanos padecen hambre crónica, 14 millones mueren por falta de alimentos cada año, mientras que 35 mil niños fallecen a diario por hambre. La misma fuente señala que 1,250 millones de personas viven en pobreza extrema —es decir, con el equivalente a un dólar diario—,

mientras que dos mil millones viven en pobreza —con el equivalente a dos dólares diarios.

En términos del teólogo brasileño Frei Betto, este incremento de la marginalidad, la exclusión y la pobreza es ante todo una vergüenza de la modernidad; es además una condición de privación de derechos que define determinadas formas de existencia civil y modos de sociabilidad con frecuencia patológicos, así la “Pobreza está amenazando el derecho fundamental a la vida” (Jara, 1999: 44; la traducción es del autor). La dimensión social de la crisis tiene una estrecha relación con una dimensión económica, pues 18% de la población mundial concentra 80% de la riqueza total del planeta (PNUD, 1997).

Sin embargo, esta crisis no es un problema de crecimiento económico, en virtud de que el producto interno bruto mundial ha crecido seis veces, entre 1963 y 1993, sino una cuestión de distribución. En la actualidad, los 358 individuos más ricos del mundo reciben ingresos equivalentes a lo que ganan 2,300 millones de personas, en tanto que dos mil millones de sujetos vieron disminuir sus ingresos entre 1980 y 1993. Por último, cabe decir que siete países concentran 75% de la riqueza mundial (PNUD, 1997).

El proyecto civilizatorio occidental se presenta como el único camino hacia el desarrollo, y entonces provoca la dimensión cultural de esta crisis, que tiene su expresión más clara en la pérdida creciente de la diversidad y en la desaparición de las tradiciones locales, rurales e indígenas. Estas ausencias conllevan la extinción de conocimientos, historias y costumbres que se pierden para siempre debido a la modernización y a la homogeneización de un modelo de vida, ajeno e impuesto. El caso de México es ilustrativo, pues a inicios del siglo XX existían en el país 240 lenguas indígenas y 90 años después sólo quedaban 55 (Toledo, 1991).

La crisis de la modernidad también se extiende hacia la propia condición humana, y constituye la dimensión existencial que se expresa en el sentido y la calidad de vida. Así, la modernidad promueve la competitividad y la individualidad frente a la solidaridad y el espíritu comunitario. Los grandes centros urbanos industrializados en la actualidad son

espacios deshumanizados, donde la soledad, la violencia, el racismo, el desempleo y la marginación prevalecen por encima de la dignidad, la justicia y la libertad. De acuerdo con Jara, el modelo de civilización actual que propaga exclusión, injusticias y desigualdades, está condicionando una psicología colectiva dolida, angustiada y emocionalmente propensa a la frustración y la violencia, colocando en riesgo la convivencia social y la gobernabilidad (1999: 11). La búsqueda del éxito y la competitividad determinan un comportamiento que considera a la naturaleza, a los humildes, a los campesinos y a los indígenas como objetos, sin valor.

Estos resultados ponen en cuestión no sólo un modelo de desarrollo sino fundamentalmente al proyecto civilizatorio que lo ha generado, expandido e impuesto en el mundo, y cuyos impactos han sido graves, de manera especial, en las culturas rurales e indígenas y en sus ecosistemas. Por eso, la crisis de la modernidad también es una crisis civilizatoria, y sacude cada uno de los fundamentos sobre los cuales se asienta la actual civilización occidental (González de Molina, 1994). Esta crisis cuestiona tanto al mito del desarrollo económico generador de bienestar, como a la teoría económica que lo sustenta. Además, afecta a una sociedad con cada vez más desequilibrios y desigualdades, así como con altos niveles de marginación y violencia estructural. También cimbra dos pilares fundamentales del mundo moderno: los estados-nación y los sistemas de democracia representativa. La cultura occidental ha sido incapaz de escapar a los valores de consumo y a su enfoque antropocéntrico, en tanto que la ciencia ha visto como se derrumban los paradigmas tradicionales, basados en el conocimiento especializado y parcelario.

Los fenómenos que más destacan en el entramado de contradicciones que perfila la actual expansión civilizatoria de Occidente son tres y se pueden convertir en una pesadilla planetaria (Toledo, 1990). El primero se refiere al incremento de la marginación y la pobreza, tanto en los países del hemisferio sur como en los industrializados —la miseria material—; el segundo atiende a la crisis de la condición humana en las sociedades modernas —la miseria existencial—, y el último se refiere a la crisis ecológica que en la actualidad pone en riesgo la subsistencia de la especie hu-

mana. Si bien los dos primeros se pueden ubicar entre las clases y los sectores de ciertos países y territorios, la crisis del ambiente, en tanto que deteriora las condiciones materiales de la Tierra y, por ende, la calidad de vida de las sociedades y de los seres vivos, es un fenómeno global que afecta a toda la humanidad, incluso a las elites privilegiadas del planeta que defienden el actual modelo civilizatorio.

La humanidad es testigo de que vive en un mundo socialmente polarizado y ambientalmente degradado, de que sufre con las patologías de la pobreza, de que existe una creciente concentración de los ingresos en pocas manos, de que prevalecen las injusticias extremas, y de que nuestras sociedades caminan por rutas llenas de peligros, vulnerabilidades, anomalías y agresiones:

Cada vez estamos más convencidos de que este camino pone en riesgo nuestra propia existencia, y así llegamos a una encrucijada civilizatoria, donde precisamos desarrollar un nuevo conjunto de significados, un nuevo sentido de los valores capaz de redefinir nuestras prioridades, en dirección a otra civilización, a un futuro justo, equitativo, solidario y sustentable (Jara, 1999: 7; la traducción es del autor).

## Capítulo II | En busca de alternativas: el desarrollo sustentable

La crisis de la modernidad ha cuestionado cada vez más a escala global el desarrollo modernizador y su etapa neoliberal como modelo único. Estas interrogaciones han provocado una amplia búsqueda de alternativas entre un espectro variado de instituciones, actores y movimientos sociales. A pesar de los diferentes elementos conceptuales y metodológicos utilizados por estos grupos y de sus diversos contextos sociales, existe un creciente consenso acerca de la necesidad de establecer otro tipo de articulación entre las sociedades humanas y la naturaleza, en los procesos de desarrollo. Es en esta búsqueda que surge la perspectiva de la sustentabilidad.

### **La génesis de la sustentabilidad**

La sustentabilidad no se origina a partir de preocupaciones teóricas o académicas. Por el contrario, se ubica en una amplia variedad de movimientos ciudadanos y sociales, compuestos por ecologistas, campesinos, indígenas, mujeres, pacifistas y consumidores, quienes en diversos lugares del mundo han vivido y sufrido los efectos del desarrollo modernizador y han cuestionado su pertinencia para la naturaleza y la vida humana del planeta, desde su práctica cotidiana y militancia social.

Esta génesis responde a que el actual proceso de crecimiento está dando lugar a diversas manifestaciones de resistencia que se oponen a las políticas de globalización excluyente:

Este movimiento de resistencia se articula a la construcción de un paradigma alternativo de sustentabilidad, en el cual los recursos ambientales aparecen como potenciales capaces de reconstruir el proceso económico dentro de una nueva racionalidad productiva, en donde se plantea un proyecto social fundado en las autonomías culturales, la democracia y la productividad de la naturaleza (Leff, 1996: 27).

Según Martínez Alier (1994), estos movimientos pueden ser considerados como ecologismo popular, pues nacieron del conflicto entre ecología y economía, y defienden las estructuras comunitarias y locales del uso de los recursos naturales ante la amenaza del mercado o del estado, así como se expresan contra las causas de la degradación ambiental y cultural. Para Toledo (1998–1999), la sustentabilidad tiene sus raíces, por una parte, en los avances teóricos de la ecología política y en la crítica científica del optimismo tecnológico y económico, y por otra, en las experiencias y prácticas de movimientos sociales —pacifistas, consumidores, campesinos e indígenas— de todo el mundo.

En otro texto, Toledo (2000) señala que estos movimientos se enmarcan en la construcción de una modernidad alternativa, o un proyecto civilizatorio alternativo en el sentido de Bonfil, que supone la puesta en práctica de un proceso de posmodernización, entendido este como la construcción del bienestar social mediante la afirmación del poder ciudadano, la adquisición de una conciencia planetaria y la toma de control de los procesos que afectan la vida cotidiana de los individuos y las comunidades locales.

Hay una segunda vertiente en la perspectiva de la sustentabilidad y se ha manifestado desde la vía institucional, pues los daños ambientales y las presiones ciudadanas han llevado a los organismos internacionales y, en menor medida, a los estados nacionales a plantearse la necesidad de considerar las cuestiones ecológicas en la continuidad del desarrollo. La vertiente institucional se inició con la conferencia de Estocolmo, en 1972, bajo el auspicio de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), donde se reconoce que el desarrollo requiere de una dimensión ambiental y señala



la amenaza de una crisis ecológica de carácter global. También, en los años setenta del siglo XX el Club de Roma planteó la imposibilidad de tener un crecimiento económico infinito en un planeta de recursos finitos y además remarcó lo inviable que es para los países subdesarrollados alcanzar el nivel de consumo de las sociedades del primer mundo, ante la amenaza que ello implica para la Tierra y sus recursos naturales.

En 1988, la Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo (CMMAD) de la ONU, a través del llamado Informe Brundtland, propuso al desarrollo sustentable como un camino para corregir los efectos de la crisis ecológica global y lo definió como aquel desarrollo que satisface las necesidades de la presente generación, sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer las suyas (CMMAD, 1988). A partir de ese momento, el desarrollo sustentable fue aceptado como una estrategia institucional por los países miembros de la ONU, al firmar los acuerdos y compromisos de la llamada *Agenda 21*, celebrada en Río de Janeiro, en 1992, durante la Cumbre de la Tierra.

Sin embargo, estos acuerdos y compromisos han sido constantemente incumplidos, tal como se demostró en 1997, durante la Conferencia Mundial Río+5, realizada en Nueva York, donde la evaluación de esos cinco años mostró el incremento de la pobreza y la degradación ambiental en el planeta. La Reunión de Johannesburgo, 2002, organizada por la ONU, y en la cual se analizaron diez años de compromisos, evidenció la escasa voluntad de los países desarrollados, en especial de Estados Unidos, de cumplir con los acuerdos globales, orientados sobre todo hacia el desarrollo sustentable.

En la actualidad, este concepto es motivo de un intenso debate y, si bien está en construcción, también es cierto que es una idea en disputa. El punto central de la discusión es: ¿qué es exactamente lo que se quiere sostener? Desde algunos enfoques, la respuesta se puede referir a sostener los actuales niveles de consumo, o bien los actuales niveles de producción. Otros puntos de vista en cambio señalan que lo insostenible es el actual proceso de desarrollo y se ubican en la búsqueda de alternativas.

Un primer enfoque proviene del desarrollo modernizador y se refiere al sostenimiento del actual modelo de crecimiento económico, considerando las restricciones que presenta el medio natural. Según Pearce y Turner (1995), el desarrollo sustentable es un objetivo alcanzable mediante el actual modelo, siempre y cuando atienda cuestiones ambientales. La ciencia, al investigar procesos más eficientes, y el mercado, al asignar valor a los recursos naturales escasos determinan las estrategias para el desarrollo sustentable.

Esta perspectiva puede ser considerada, de acuerdo con Alonso y Sevilla Guzmán (1998–1999), como la dominante desde el marco institucional, y asume el discurso ecotecnocrático de la sustentabilidad, consistente en transmitir el mensaje de que el planeta está en peligro no porque los países ricos hayan desarrollado una forma de producción y consumo despilfarradora de energía y recursos sino porque los países pobres tienen un gran crecimiento poblacional y deterioran la naturaleza, por medio de su pobreza, su incultura y su atrasada agricultura.

Por su parte, Toledo (1998–1999) señala que el desarrollo sustentable es en esencia una visión que tiene como fin supremo la defensa de la naturaleza y de la vida humana; que otorga un papel protagónico a los principios de diversidad, autosuficiencia y solidaridad, y que busca preservar el patrimonio cultural de los pueblos. Se considera entonces al desarrollo sustentable como una alternativa frente al desarrollo modernizador dominante y, por ello, sus estrategias se orientan hacia la transformación de las instituciones, los patrones de uso de los recursos naturales y las políticas de crecimiento vigentes. Según Redclift (1995), los elementos de estas estrategias incluyen una democratización efectiva, mayor participación y control ciudadano, una mejor redistribución de la riqueza, la reorientación del desarrollo científico y la creación de un orden económico alternativo.

Dentro de esta perspectiva de desarrollo sustentable se ubica el presente libro y se realiza nuestra aproximación a la sustentabilidad rural.

## **Las dimensiones de la sustentabilidad**

La sustentabilidad nace como una respuesta de los movimientos sociales a una crisis de naturaleza multidimensional y, en ese sentido, más que un concepto definido se entiende como una construcción social, compleja y dinámica, en la que al menos seis dimensiones están estrechamente interrelacionadas con los procesos de desarrollo: la ecológica, la social, la cultural, la ética, la política y la económica (Carporal y Costabeber, 2002). A continuación se exponen los aspectos más importantes de cada una de ellas.

### ***Ecológica***

Esta dimensión resulta de especial relevancia dado que el carácter global del problema ambiental es la evidencia más generalizada y tangible de la crisis del proyecto civilizatorio occidental. Según Mander y Goldsmith, “Esta crisis ecológica [o] crisis de la supervivencia humana y su entorno planetario es la expresión más acabada del carácter perverso que ha tomado la globalización del fenómeno humano bajo las lógicas impuestas por la sociedad industrial dominada por el capital” (Toledo, 2000: 16). En la actualidad existen suficientes evidencias para mostrar cómo bajo el modelo impuesto por la civilización industrial es imposible mantener, en el largo plazo, los principales ciclos del metabolismo entre las sociedades humanas y la naturaleza.

Ante las consecuencias de este proyecto civilizatorio, que pone en riesgo la existencia futura de la especie humana y que deteriora de forma continua la naturaleza, aparece la perspectiva de la sustentabilidad y su noción de establecer otro tipo de relaciones entre los ecosistemas, las sociedades y sus procesos de desarrollo, con una visión de largo plazo que promueva el mejoramiento de los recursos naturales y evite su destrucción.

Para Toledo (2000), la sustentabilidad nace esencialmente como una reacción de emergencia frente a aquello que amenaza la supervivencia de los seres vivos y su planeta y busca ante todo la desactivación de la crisis ecológica, que es al mismo tiempo una crisis social y cultural. En términos de Boff (1999), significa asumirnos como corresponsables de nuestro planeta, de nuestra biosfera, de nuestro equilibrio social y planetario.

La sustentabilidad ecológica aparece como “[...] un criterio normativo para la reconstrucción del orden económico, como una condición para la sobrevivencia humana y un soporte para lograr un desarrollo durable, problematizando las bases mismas de la producción” (Leff, 1998: 15). El concepto de sustentabilidad emerge así del reconocimiento de la función que cumple la naturaleza como soporte, condición y potencial de los procesos de producción.

**Social** La crisis civilizatoria tiene en su dimensión social otra expresión global de sus impactos negativos y, tal como se señaló en el capítulo anterior, el desarrollo modernizador, con su consecuente deterioro de la naturaleza y destrucción de los ecosistemas, no ha favorecido la disminución de la exclusión social, ni ha mejorado los niveles de vida de la mayoría de la población humana. Por el contrario, se han incrementado los niveles de pobreza y marginación, mientras los recursos naturales se utilizan para satisfacer el consumo de una minoría.

Las aportaciones de Leonardo Boff en este sentido son de gran relevancia, pues la primera señal visible que caracteriza a la civilización actual es que, por un lado, produce siempre pobreza y miseria para muchos y, por otro, favorece la acumulación de la riqueza entre unos cuantos, siendo este un fenómeno global y creciente.

Según Boff (1999), la naturaleza y los seres humanos son siempre interdependientes, pues uno está dentro del otro y son partes de un todo mayor. Existe un ecosistema planetario y dentro de él, como seres singulares, viven los hombres y las mujeres, pero también está la sociedad como un conjunto de relaciones entre esos seres, con sus instituciones y sus estructuras de producción, distribución y significación. De esa misma forma se expresa Toledo (2000) cuando señala que la sustentabilidad es una lucha de la humanidad por restaurar, primero, el equilibrio entre los fenómenos sociales y los humanos y, luego, entre estos fenómenos y los procesos naturales.

La realidad actual se presenta con dos relaciones fundamentales profundamente injustas: la de los seres humanos

entre sí y la de los seres humanos con la naturaleza. La búsqueda de la sustentabilidad plantea la necesidad de establecer otras relaciones, a partir de seis puntos básicos (Boff, 1999). El primero es la humanización mínima, referida a que todo ser humano tiene derecho de persistir en su existencia; el segundo es la ciudadanía, que implica una actitud democrática, participativa y de concordancia intrínseca con la pluralidad cultural; el tercero es la justicia societaria, que atiende al ideal político de la igualdad y contempla la certeza de disfrutar de los beneficios sociales, a partir de la correlación entre lo que el ciudadano aporta y lo que recibe.

El bienestar social y ecológico es el cuarto elemento e implica entender que los mejores proyectos, prácticas sociales y organizaciones son aquellas que maximizan no sólo la cantidad de bienes y servicios sino que también favorecen el mejoramiento de la vida humana. El respeto a las diferentes culturas, así como la reciprocidad y complementariedad cultural, son los otros dos puntos señalados por Boff (1999), y sobre estos trata el siguiente apartado.

**Cultural** La acción homogeneizadora del desarrollo modernizador implica la desaparición de las culturas diversas y excluye toda posibilidad de convivencia entre las alteridades presentes en el planeta. De esta manera, aquellas sociedades que tienen proyectos civilizatorios diferentes deben ser modernizadas para desarrollarse. A partir de este argumento, la humanidad sufre un acelerado proceso de desaparición de culturas locales, campesinas e indígenas y la consecuente pérdida de conocimientos, historias, lenguas y formas de relación con la naturaleza.

La dimensión cultural de la sustentabilidad parte del principio de que las distintas cosmovisiones, perspectivas, ideas y prácticas procedentes de las diferentes sociedades humanas son la base para construir un mundo en el que tengan cabida los diversos mundos existentes. Esta diversidad es la raíz de la convivencia humana y un elemento fundamental en la construcción de comunidades sustentables.

Para Boff (1999), son dos los aspectos esenciales. El primero se refiere al respeto a las diferentes culturas: toda nues-

tra diversidad social muestra la riqueza de la aventura de los seres humanos, pues cada cultura representa una forma distinta de vivir en solidaridad, de festejar, de trabajar y de articular los grandes sueños con una realidad histórica. El otro elemento es la reciprocidad y complementareidad cultural. Ninguna cultura tiene la totalidad del potencial creativo humano y, por eso, las sociedades se complementan entre sí, ya que todas juntas muestran la versatilidad del misterio humano y las distintas formas de realizar nuestra humanidad.

Dentro de la noción de cultura el conocimiento ocupa un lugar central y, por tanto, resulta importante considerar la cuestión epistemológica que habitualmente se omite en los debates sobre el desarrollo sustentable. Siguiendo a Redclift (1995), se parte del supuesto de que el sistema de adquisición de conocimientos, basado en los principios científicos de la cultura occidental, constituye una epistemología universal.

En realidad, la crisis de la modernidad también significa la crisis de la ciencia occidental, al ser esta uno de los componentes centrales del discurso y práctica del proyecto modernizador. Estas relaciones entre cultura, ciencia y epistemología adquieren una relevancia medular en el presente trabajo, como se puede constatar en el capítulo IV. Por el momento baste señalar dos puntos importantes.

Desde el desarrollo sustentable se proponen enfoques alternativos de pensamiento hacia formas más plurales de acercarse a la realidad y generar conocimientos. Este pluralismo metodológico requiere recurrir a métodos no científicos y a la consideración de múltiples discernimientos. De acuerdo con las ideas de Feyerabend (1992), es posible proponer que las formas de conocimiento distintas de aquellas que se nutren de la civilización occidental son relevantes para un diálogo de saberes, tendente a considerar los problemas de las sociedades actuales. De este modo, la perspectiva de la sustentabilidad, al considerar la necesidad de contemplar las distintas epistemologías y formas de conocimiento, también lleva a promover la diversidad cultural y la participación de diferentes actores sociales en las tomas de decisiones sobre el rumbo que debe seguir el desarrollo de las sociedades, cues-

tionando así el monopolio de los científicos en estos procesos.

## Ética

El desarrollo modernizador establece sus relaciones con el mundo natural desde un enfoque antropocéntrico, en el que los “hombres” son amos y señores del mundo y por tanto los encargados de dominarlo y controlarlo para su uso. Después de cinco siglos de promover este tipo de crecimiento, el resultado actual es desolador: los seres humanos crearon relaciones injustas entre ellos y con la naturaleza. Según Boff: “La Tierra no aguanta más la máquina de muerte de la voracidad capitalista. Se impone, urgentemente, una justicia ecológica” (1999: 62; la traducción es del autor).

La dimensión ética de la sustentabilidad atiende a esta deuda de justicia con la naturaleza y propone asumir una nueva actitud para con el mundo, de benevolencia y de mutua pertenencia, pero al mismo tiempo de reparación de las injusticias practicadas. Se plantea entonces un imperativo ético para nuestros días: “Comportarse de tal manera que los efectos de nuestras acciones sean compatibles con la permanencia de la naturaleza y de la vida humana sobre el planeta” (Boff, 1999: 63; la traducción es del autor).

Esta dimensión ética implica la reconsideración de las formas de utilización de la naturaleza y el análisis del impacto de las actividades humanas en la Tierra. La sustentabilidad demanda replantear las nociones de crecimiento y desarrollo, de producción y consumo, así como redefinir el acceso a los recursos naturales y la responsabilidad social de su uso. Un reto del desarrollo sustentable estriba entonces en construir una nueva relación sociedad–naturaleza, lo que implica transitar hacia una perspectiva mucho más cosmocéntrica. Garrido Peña apunta que “[...] desde la crisis ecológica la humanidad es plenamente una especie mortal porque ya sabe que puede morir” (Toledo, 2000: 15). A partir de esa idea Toledo (2000) propone a la conciencia de especie como uno de los referentes éticos de nuestra relación con la naturaleza.

La búsqueda de la sustentabilidad se orienta hacia sociedades que puedan establecer otro tipo de relaciones con

sus sistemas naturales, en las que se incluya una percepción de responsabilidad en el uso de los recursos naturales del planeta para el mejoramiento del bienestar de todos los seres humanos de la Tierra, es decir, la ética intrageneracional. Además, es necesaria una ética intergeneracional que considere a las futuras generaciones y la disponibilidad de garantizarles recursos naturales para satisfacer sus necesidades.

Establecer otro tipo de encuentros con la naturaleza no es una idea nueva ni ajena a la historia humana. Diversas culturas en el mundo —en especial las indígenas y campesinas— incluyen en su cosmovisión un sentido de pertenencia y corresponsabilidad con la naturaleza y han establecido relaciones más equilibradas con sus entornos naturales.

### **Política**

La crisis de la modernidad pone en evidencia las formas de gobierno, el papel de los partidos políticos y los métodos de la democracia representativa. El fracaso de sus estrategias e instituciones han llevado a reconocer la dimensión política como una cuestión central en el desarrollo sustentable. Por tal motivo, se considera que los diversos actores sociales juegan un papel fundamental en los procesos de diseño y gestión de los proyectos de desarrollo, así como las organizaciones locales y sociales, pues representan un contrapoder al ejercido por la clase política. Lo anterior supone la creación de estrategias y métodos que promuevan y estimulen la capacidad de autogestión de las organizaciones y faciliten la amplia participación de los involucrados en los procesos de crecimiento.

De la ecología política provienen las aportaciones más relevantes al respecto y a partir de esta se integran “[...] por un lado, la nueva ontología y la epistemología resultados de la crisis ecológica, y por otro la experiencia histórica del movimiento ecologista y los movimientos sociales alternativos” (Garrido Peña, 1993: 3). La ecología política es una nueva corriente de pensamiento que descubre una forma distinta de entender lo político, lo económico, lo social y lo cultural, desde la perspectiva ecológica.



Para Leff, la dimensión política aparece como una respuesta social a la destrucción ecológica y a la globalización excluyente, aportando nuevas perspectivas a la cultura política, contra todas las formas de autoritarismo y concentración del poder (1994: 392). Esta propuesta se basa en la autonomía, la autogestión y la autodeterminación, con el objetivo de crear una sociedad fundamentada en la democracia participativa y la descentralización del poder.

El desarrollo sustentable también presenta como reto fundamental la cuestión de la participación ciudadana en la toma de decisiones sobre el uso de los recursos naturales y el proyecto de sociedad que se quiere construir. La dimensión política de la sustentabilidad se refiere por supuesto a la cuestión del poder y las escalas locales, comunales y regionales son los espacios que se deben considerar en la consolidación de la sustentabilidad, a partir de niveles crecientes de participación de la sociedad civil y el cambio de las relaciones entre el poder político institucional y los ciudadanos.

### ***Económica***

La dimensión económica del desarrollo sustentable ha generado una gran discusión y aún son muchos los puntos de disenso. En este ámbito son de especial relevancia las aportaciones de la economía ecológica, que concibe al medio ambiente como un sistema compuesto de subsistemas interdependientes que configuran una realidad dinámica de complejas relaciones naturales, culturales, sociales, económicas y ecológicas. La economía ecológica: “[...] propone la necesaria unidad entre ciencias naturales y sociales, reivindicando así, la interconexión entre procesos ecológicos, económicos, sociales y culturales” (González de Molina, 1994: 100).

Por su parte, Simón (2002) plantea que la economía ecológica fija como un objetivo social necesario para el logro de una sociedad sustentable y, por lo tanto, para una agricultura sustentable, la transformación del modelo económico industrialista dominante a lo largo y ancho del planeta. La reconfiguración estructural del sistema económico vigente es una necesidad social urgente si se quieren alcan-

zar mayores niveles de justicia social y si se quiere mejorar la distribución de los beneficios y costos asociados con los procesos de desarrollo.

Las propuestas de la economía ecológica señalan, por ejemplo, la imposibilidad de valorar en términos monetarios los recursos ambientales al reconocerles valores de existencia y de oportunidad, más allá de los valores de uso y de cambio; también enfatizan la ausencia de las generaciones futuras al momento de asignarles costos monetarios a precios actuales. La economía ecológica además propone repensar las bases de la economía convencional, dada su incapacidad para considerar las cuestiones naturales y busca la transformación de conceptos a instrumentos económicos, orientados hacia una nueva racionalidad productiva y ecológica (Leff, 1994: 241).

De acuerdo con Redclift (1995), el carácter global de la crisis ecológica y la globalización de las relaciones económicas asimétricas demandan una redefinición de las relaciones entre los países en vías de desarrollo y los desarrollados, si en realidad se piensa en un desarrollo sustentable. La ONU coincide con este planteamiento cuando señala que el principal problema ecológico del mundo contemporáneo es la creciente brecha entre países ricos y pobres (CMMAD, 1988).

El desarrollo sustentable plantea un profundo reto a la manera de comprender la economía. La concepción dominante ha sido incapaz de promover el uso equilibrado de los recursos naturales y propone, más bien, al libre mercado como garante de la utilización racional de la naturaleza. La búsqueda de una economía orientada al desarrollo sustentable supone la discusión de las nociones de crecimiento y desarrollo, producción, consumo, así como distribución de los bienes naturales y sus productos. Esta búsqueda también incluye el análisis de las formas de acceso a los recursos naturales y los efectos de las relaciones comerciales entre países sobre el medio ambiente.

## Capítulo III | Lo global y lo local como referentes de la sustentabilidad

---

Las estrategias orientadas hacia la sustentabilidad se ubican en espacios locales concretos y están inmersas en las tendencias de globalización económica. La construcción de procesos de desarrollo plantea la necesidad de buscar una visión alternativa de las articulaciones que se establecen entre lo local y lo global, pues ambos son referentes de la sustentabilidad.

### **La globalización neoliberal**

El pensamiento neoliberal entiende la globalización como un proceso fundamentalmente económico, como una cuestión de competitividad entre los distintos estados y regiones en su búsqueda de mejores condiciones para la productividad del capital. La globalización es, entonces, la extensión de este fenómeno económico en todos los rincones del planeta. El neoliberalismo postula una interpretación de la sociedad a través del individuo y propone a la empresa como organización modelo y al mercado como un ente mediador entre el individuo y la sociedad.

Según Ulrich Beck (1998), esta visión reduce la multidimensionalidad de la globalización a la dimensión económica desde una perspectiva lineal, pues destaca el predominio de un solo agente: el sistema de mercado mundial. Esta concepción más que globalización se ubica claramente como globalismo; en otras palabras, la idea de que “[...] el mercado mundial desaloja o sustituye al quehacer político; es decir, la ideología del liberalismo” (Beck, 1998: 27). De acuerdo con Touraine (1998), lo característico de los elemen-

tos globalizados —ya se trate de bienes de consumo, medios de comunicación, tecnologías o flujos financieros—, es que se encuentran separados de alguna organización social particular. El significado de la globalización es que esos elementos están presentes en todas partes y no se vinculan a ninguna sociedad o cultura en particular.

Una condición central de esta globalización es que “nuestra cultura ya no gobierna nuestra organización social, la cual, a su vez, ya no gobierna la actividad técnica y económica. Cultura y economía, mundo instrumental y mundo simbólico, se separan” (Touraine, 1998: 9–10). La otra condición fundamental de la globalización neoliberal es la existencia de un poder cada vez más difuso, en un vacío social y político en aumento, de acciones estratégicas cuya meta no es crear un orden social sino acelerar los procesos de circulación de bienes, capitales, servicios e informaciones.

El reto de la globalización es, por un lado, encontrar las fuerzas sociales que reintegren la economía y la cultura y, por otro, los movimientos sociales que construyan poder alternativo al político.

Si bien el inicio de la globalización económica se remonta a la invasión europea de América, sus ritmos se han intensificado de forma notable a través del tiempo y se expresan con claridad en esta etapa neoliberal. Esta fase es en esencia la continuación del proyecto civilizatorio dominante —una segunda modernización— según Beck (1998), y en ese sentido conserva los rasgos fundamentales ya discutidos en el primer capítulo. Sin embargo, hay elementos propios de la actual globalización que se presentan a continuación.

Siguiendo a Amin y Thrift (1994), los principales elementos son: el financiero —la creación, colocación y uso del crédito está centralizado, lo que resulta en un incremento del poder de las finanzas sobre la producción—; el conocimiento —los medios de comunicación facilitan la rápida transmisión de cierto tipo de conocimiento y tecnología, generados en un determinado sitio a escala global y en el que hay una primacía del conocimiento científico—; la producción —las compañías ya no se limitan a manufacturar y vender sus productos en los entornos del lugar de origen de

la empresa—; el poder y la política —hay una progresiva interrelación de empresa privada y política, en la que las multinacionales negocian de manera directa con los gobiernos, además los centros de poder no coinciden ya con los límites del estado-nación, redefiniendo así las fronteras—, y la cultura —la dispersión de nociones, significados e identidades culturales sobre el globo.

Además de estos elementos, es interesante analizar de forma breve los siguientes: el mercado, el papel del estado, las instancias supranacionales y el pensamiento único.

### ***Instancias supranacionales***

La etapa neoliberal se significa por la aparición de instancias de carácter supranacional, cuyo poder va mucho más allá de las capacidades de los estados nacionales, que ven cómo sus atribuciones son sustituidas por la acción de estos entes. Dos tipos de instancias globales resultan de especial relevancia en nuestro análisis: los llamados organismos multilaterales y las empresas transnacionales. Entre los primeros cabe mencionar al Fondo Monetario Internacional (FMI), al Banco Mundial (BM) y a la Organización Mundial del Comercio (OMC).

La influencia de estos organismos es determinante sobre el funcionamiento de la economía global. El FMI y el BM ejercen su acción por medio de mecanismos financieros condicionados a políticas públicas, definidas y evaluadas por ellos mismos. La OMC intenta imponer en todo el mundo la economía de mercado, así como establecer un marco jurídico al que se sometan todos los países miembros. La otra instancia incluye a las empresas transnacionales, las que mediante las nuevas tecnologías cibernéticas y las facilidades de movilidad de capital participan en la economía sin más objetivo que la obtención rápida de excedentes financieros. Estas compañías se ubican en aquellas regiones y países que, bajo la presión de los organismos multilaterales, les ofrecen mejores condiciones: mano de obra barata, ausencia de restricciones ecológicas y facilidades fiscales, y además tienen la capacidad de moverse con rapidez cuando esas condiciones cambian o son más atractivas en otras naciones.

***Mercado*** Un rasgo fundamental del neoliberalismo es su concepción del mercado como el centro del funcionamiento de las sociedades. Este opera más allá de las cuestiones políticas y sociales y funciona como el óptimo asignador de recursos y el generador del desarrollo económico para el bienestar general. El mercado libre es el objetivo de las sociedades que quieren llegar a ser modernas. La enfatización del mercado conlleva una racionalidad basada en criterios estrictamente económicos —productividad, competitividad— que desconocen la relevancia de las cuestiones ecológicas, sociales y culturales y se orientan a la maximización de las ganancias financieras en el menor tiempo posible.

El discurso neoliberal impone esta racionalidad como la única posible y otorga al mercado la condición del camino inevitable para el desarrollo. El mercado se vuelve entonces no una construcción social sino una verdad incuestionable que funciona bien y a cuya lógica se deben de sumar todas las sociedades.

***El papel del Estado*** Desde la perspectiva neoliberal, el Estado debe renunciar a sus funciones sociales y económicas, dejando que sea el mercado el encargado de atender las necesidades básicas de la población y la sustentabilidad ecológica. El Estado se enfoca entonces al manejo de las variables macroeconómicas y al establecimiento de la estructura institucional propicia para el libre juego de las fuerzas del mercado, todo esto en función de lograr el crecimiento económico como base del desarrollo.

Una vez que la propuesta neoliberal ubica al mercado como el centro de la economía, rechaza cualquier participación del Estado como agente económico y demanda la privatización de las empresas públicas. A partir del argumento de la eficiencia del sector privado en la gestión administrativa, las privatizaciones se orientan básicamente hacia sectores claves de la economía —telecomunicaciones, energía, transporte, bancos— y son, por lo general, las grandes empresas transnacionales las beneficiarias de los procesos de privatización.

El cambio en las funciones del Estado también conlleva la modificación de los marcos jurídicos e institucionales, de acuerdo con las recomendaciones de los organismos multilaterales, a fin de hacer más atractivas las condiciones de cada país para la inversión y la presencia de las empresas trasnacionales. Estas trasformaciones del Estado y de los procesos de globalización económica ya descritos, se reflejan en la gradual pérdida de soberanía nacional, cuyos aspectos centrales son determinados por los organismos multilaterales y las compañías trasnacionales, alejándose del control de los políticos y, de forma evidente, de los ciudadanos comunes. El neoliberalismo, en concordancia con el proyecto modernizador, apuesta por la democracia representativa como la garantía de funcionamiento para la economía de mercado y propone los esquemas políticos occidentales como la única vía para el desarrollo democrático de las sociedades modernas.

### ***Pensamiento único***

En la propuesta neoliberal existe un rasgo relevante de naturaleza ideológica y sostiene que su sustento en el mercado es el único camino posible para analizar a las sociedades humanas. Este pensamiento es la traducción en términos ideológicos de los conceptos económicos afines a las fuerzas y los intereses de los capitales internacionales que pretenden ser universales y se orienta por tanto a legitimar sus acciones y estrategias, presentando estos conceptos no sólo como inevitables sino como respaldados por una construcción científica, sólida y objetiva.

El pensamiento único sostiene la razón económica como la opción suprema y la coloca por encima de la razón política y la razón social, de tal suerte que la ciencia económica es la base conceptual a partir de la que los seres humanos deben explicar su mundo, su cultura y su historia. Este pensamiento único se presenta como el vencedor en la contienda ideológica y desde su ámbito decreta el fin de las ideologías, al afirmar su validez como matriz cognoscitiva y teórica. Según Mattelart, la globalización es presentada desde el poder como un hecho inevitable, como la única

puerta existente para alcanzar —ahora sí— el desarrollo; así el discurso dominante sentencia la desaparición de todas aquellas culturas e individuos que no aprovechen esta oportunidad y se nieguen a ser globalizados, en la constante repetición de que el desarrollo es un proceso unidireccional (1998: 26).

El pensamiento único tiene en el cientificismo una de sus más claras expresiones, pero sobre este tema se profundizará en los siguientes capítulos. Sin embargo, baste mencionar a Villoro (1996), quien señala que el cientificismo parte de que la ciencia constituye el único camino válido para la resolución de problemas y es el patrón para medir cualquier otra forma de conocimiento.

### **Globalización: una perspectiva multidimensional**

La breve visión sobre algunas de las dimensiones de la globalización permite apreciar los alcances que tiene para la vida cotidiana de los ciudadanos y las sociedades. La globalización neoliberal es, en efecto, un fenómeno de gran magnitud y de naturaleza compleja, que está siendo impuesta y fortalecida por fuerzas mundiales de gran poder económico y político. Sin embargo, no es un hecho inevitable, ni irreversible, ni inmune a los procesos sociales que a lo largo de la historia se han dado contra el capital y sus consecuencias.

Frente a las medidas que se toman para imponer esta globalización, han surgido en todo el planeta múltiples acciones que, desde diferentes movimientos sociales y en distintos contextos, se articulan para crear núcleos de resistencia de escala también global. De tal suerte que el fenómeno de la globalización neoliberal encuentra y genera movimientos sociales que presentan acciones y propuestas orientadas hacia la construcción de una globalización alternativa —una globalización desde abajo— (Beck, 1998).

La búsqueda de proyectos civilizatorios alternativos también conlleva la necesidad de redefinir las relaciones entre lo global y lo local. Para la perspectiva de la sustentabilidad, este es un reto central. La globalización neoliberal se plantea como un fenómeno esencialmente económico, en el que el mercado es el centro de la vida social y política —el globa-



lismo. Beck (1998) propone analizar la globalización desde el concepto de globalidad, entendida como la idea que desde hace bastante tiempo la humanidad vive en una sociedad mundial, donde no hay espacios cerrados y donde las distintas formas sociales, económicas y políticas se entremezclan en diferencia y pluralidad.

Siguiendo a Koc (1994), la globalización se puede contemplar como el reconocimiento de la sensibilidad global, de que compartimos el mundo, los mismos recursos, y que debemos exigir, por tanto, una relación responsable y cuidadosa entre los miembros de la comunidad mundial.

En esta perspectiva de globalidad se ubica la idea de Robertson (1992), que señala como resulta difícil reconocer una sola fuerza propulsora de la globalización y que esta, más bien, provoca y posibilita la emergencia de lo local en el mundo global, al permitir que lo local adquiera un significado global más rápido como movimiento de contestación, o como contrapunto requerido en una sociedad sosegada, homogénea y artificial. De esta manera es posible ver —desde una noción dialéctica— a la globalización como una fuerza generadora de diversidad y provocadora de una nueva construcción de lo local, donde lo local y lo global no se excluyen mutuamente sino que se complementan. Robertson (1992) propone entonces el concepto de glocalización, un neologismo formado por las palabras globalización y localización.

De acuerdo con esta idea de glocalización, las culturas y las sociedades no se pueden percibir de forma estática sino como un proceso contingente y dialéctico, en cuya unidad se aprecian y descifran elementos contradictorios, como universalismo y particularismo, ligaduras y fragmentaciones, centralización y descentralización, conflicto y conciliación, es decir, una serie de diferencias inclusivas (Robertson, 1992). El reconocimiento de la relevancia de lo local respecto a lo global también es asumido por Touraine (1998), quien señala que los movimientos sociales y las prácticas políticas innovadoras no se construyen al inicio desde el ámbito global o nacional. Es en el espacio local, alrededor de apuestas concretas y cercanas, o en las relaciones personales interdependientes, donde tienen lugar los movimientos que enfrentan a la globalización económica.

La anterior perspectiva de la globalización permite reconocer en ella efectos muy dispares, tanto absorbiendo como creando localidades o tanto limitando como ampliando las posibilidades para el desarrollo local. Esta visión implica acotar la noción generalizada de que la globalización es un proceso unidireccional y todopoderoso, que supone por necesidad una homogeneización cultural y una dominación creciente de una cultura sobre las otras, quienes, por su parte, actúan de manera pasiva ante el fenómeno (Amin y Thrift, 1994).

Toda globalización afirma la singularidad e identidad de lo local, al plantear además que se conciben lo local y lo global como espacios relacionados e inseparables, en donde no se puede considerar a lo global como estructural y a lo local como contingente. Por eso es importante ver lo local como un concepto relacional y relativo, que adquiere un nuevo significado en el contexto de la globalización, como un espacio fluido y articulador, constituido por y a través de su vinculación con lo global.

La relación entre lo global y lo local es compleja, al igual que el proceso de globalización, y exige el uso de una visión multidimensional. Así, el estudio de la globalización debe permitir trascender las antiguas polaridades global-local, para desde un enfoque analítico y descriptivo entender la realidad y actuar sobre esta. De acuerdo con Remmers: “La localidad se constituye no sólo como contrapunto a la globalidad, sino también como una entidad a desarrollar, justo para formar y reforzar su contrapeso frente a la globalidad” (1998: 4).

En este sentido, el punto central de la discusión se refiere a las múltiples vías por medio de las que la localidad se ha logrado articular con lo global, en la búsqueda de estrategias para favorecer el desarrollo local. La localidad es un lugar donde la globalidad adquiere su significado y es un sitio de potencial lucha y resistencia contra la globalización. De este modo, lo local se refiere a procesos sociales en los que la gente progresivamente percibe que tiene un mayor control sobre la dirección de sus vidas, en un esfuerzo por expresar y hacer valer, dentro de un contexto global, la peculiar calidad de su nivel de vida, tanto en su vertiente de recursos

naturales y humanos, como del control del proceso de desarrollo (Remmers, 1998). Así, lo local revierte y modifica lo global. Lo que se propone es una noción escalada de lo local y lo global, debido a que hay múltiples representaciones de ambos, aunque se enfatiza que su relación es esencialmente de poder.

Remmers (1998) dice que se habla de globalización si las reglas provienen de una localidad dominante, y de localización cuando una comunidad es capaz de apropiarse de una posición divergente y hasta reconocida respecto a la localidad dominante, o incluso cuando logra modificar determinadas reglas. Localización también se refiere a la reconstrucción no reconocida del *modus operandi* global, cuando este es adaptado a la localidad.

Esta perspectiva de articulación entre lo global y lo local resulta fundamental para la sustentabilidad y proporciona los referentes para la construcción de alternativas. Según Leff, la búsqueda de la sustentabilidad en el contexto globalizado pasa por “[...] el desafío de generar estrategias que permitan articular estas economías locales con la economía de mercado nacional y mundial, preservando la autonomía cultural, las identidades étnicas y las condiciones ecológicas” (1998: 53). De este modo, las estrategias para la construcción de sociedades sustentables a escala global pasan necesariamente por la consideración de lo local —con sus recursos naturales, su identidad, su conocimiento y su organización—, como el punto de partida y componente esencial de estos procesos.



## Capítulo IV | Hacia una propuesta epistemológica

---

La perspectiva de la sustentabilidad enfrenta como uno de sus desafíos centrales la búsqueda de enfoques científicos capaces de participar en la construcción de proyectos civilizatorios alternativos, en un momento en que la ciencia convencional se encuentra inmersa en la crisis de la modernidad y sus fundamentos son seriamente cuestionados. Desde distintos ámbitos científicos, y a partir de diversas disciplinas, se está trabajando en la elaboración de elementos epistemológicos, conceptuales y metodológicos, que contribuyan con esta tarea.

### **Sustentabilidad y conocimiento**

La crisis del proyecto civilizatorio sacude los cimientos del pensamiento moderno y, por tanto, a la ciencia, paradigma de la racionalidad occidental y uno de los rasgos centrales del proyecto. Este dominio de la ciencia sobre otras formas de conocimiento ha dado lugar al cientificismo, es decir, al hecho de convertir a la ciencia en la base ideológica del desarrollo modernizador. El cientificismo parte de la idea de que la ciencia constituye el único conocimiento válido para la resolución de los problemas. Además, considera que es el patrón para medir cualquier otra forma de acceso a la realidad, factor que le lleva también a ignorar otras vías de comprensión personal del sentido del mundo y de la vida, que no se pueden, por principio, reducir a un saber objetivo.

El cientificismo “[...]” es hermano de la actitud de desdeñosa arrogancia con que el ‘civilizado’ contempla las creencias de los grupos humanos que no han accedido a deter-

minado nivel de desarrollo técnico” (Villoro, 1996: 294–295). El desprecio por las actitudes religiosas, por las morales particulares, por las formas de sabiduría personal que no pretenden competir con la ciencia, es una forma de intolerancia que no por ejercerse en nombre del conocimiento objetivo se deja de utilizar como una arma de violencia y dominio.

La expansión colonial de Occidente ha sojuzgado pueblos enteros al destruir sus culturas, con la pretendida justificación de introducirlos a la ciencia y a la técnica moderna. En ambos supuestos predomina una actitud cuyas raíces abrevan en el significado social que se le ha otorgado a la ciencia y al conocimiento universitario como convalidadores de un cierto estatus. De este modo, el reconocimiento de la ciencia como único conocimiento válido y la descalificación de cualquier otro saber es el mecanismo ideológico con el que se intenta justificar la dominación del proyecto modernizador (Villoro, 1996).

Toda búsqueda de procesos de desarrollo sustentable pasa por un cuestionamiento a fondo de la ciencia convencional, componente esencial del proyecto dominante, y plantea por tanto la necesidad de construir nuevos enfoques científicos que den respuesta a las cuestiones que demanda la perspectiva de la sustentabilidad.

## **Elementos para una propuesta epistemológica**

En el intento de aportar ideas para la construcción de enfoques alternativos, a continuación se proponen cinco elementos para la articulación de una visión epistemológica orientada hacia la sustentabilidad.

### *Pensamiento complejo*

La ciencia convencional parte del principio epistemológico de la fragmentación de la realidad para ser estudiada y analizada, y a partir de este planteamiento entonces se desarrollan las disciplinas y las especializaciones que permiten generar el conocimiento sobre los fenómenos. Como una alternativa a esa posición se ha desarrollado el llamado pensamiento complejo y es Edgar Morin quien ejemplifica mejor los puntos centrales de esta propuesta. Para Morin

(1995), la ciencia convencional abstrae, es decir, extrae un objeto de su conjunto y de su contexto, rechazando los lazos y las interrelaciones que tiene con su medio y lo inserta en el compartimiento de una disciplina cuyas fronteras rompen de manera arbitraria con la sistemicidad y la multidimensionalidad de los fenómenos, al privilegiar lo que es calculable y formalizable.

Es en este contexto donde Morin propone el pensamiento complejo, con el que se trata de superar el conocimiento de mundos separados propios de la ciencia clásica para unir las partes a la totalidad, al articular los principios de separación y unión, de autonomía y dependencia que se encuentran dialógicamente en el seno del universo. Así, mientras el paradigma de la simplificación impone el criterio de desunir y de reducir, el pensamiento complejo reúne y distingue. Este último trata con la incertidumbre y es capaz de concebir la organización. Además, es un pensamiento apto para contextualizar y globalizar, pero al mismo tiempo para reconocer lo singular, lo individual, lo concreto. Tres son sus premisas fundamentales: la dialogicidad, el principio de recursividad y el principio hologramático (Morin, 1995).

También resulta relevante mencionar la aportación que en este sentido hace Zemelman (1997), al considerar a la totalidad como un fundamento epistemológico para organizar el razonamiento analítico en la composición de las partes y del todo presentes en los hechos sociales. Por tanto, se entiende a la totalidad como una estructura significativa para cada hecho o conjunto de hechos, lo que implica que la totalidad no sea todos los hechos sino una óptica epistemológica desde la que se delimitan los campos de observación de la realidad, los cuales permiten reconocer la articulación en que los hechos asumen su significación específica. De tal suerte que el todo es visto como una exigencia epistemológica del razonamiento y no como la estructura del objeto según lo plantea el enfoque sistémico.

Este elemento epistemológico propone que la naturaleza multidimensional de la crisis de la modernidad y sus aspectos ecológicos, sociales, económicos, culturales y existenciales demandan, desde las ciencias, la construcción de

perspectivas que trasciendan lo disciplinario que fragmenta y se orienten hacia la comprensión de la complejidad.

### ***Diálogo de saberes***

La ciencia moderna se asume como el único camino posible para conocer y, desde esa posición, excluye las formas de conocimiento propias de otras culturas bajo el argumento de ser acientíficas y, por tanto, atrasadas. La construcción de enfoques científicos desde la perspectiva de la sustentabilidad demanda cuestionar a profundidad esta posición y plantearse, en cambio, propuestas incluyentes, orientadas hacia un pluralismo epistemológico que reconozca la diversidad de conocimientos y saberes.

En la búsqueda de otras formas más incluyentes de conocimiento resulta relevante analizar las diferencias entre ciencia y sabiduría. Para Villoro hay entre ambas un desencuentro central, pues mientras la ciencia busca el saber a través de la justificación objetiva, la sabiduría busca el conocer vía la experiencia personal y, por tanto, incluye cuestiones éticas y subjetivas. Así, la ciencia no se puede plantear el conocimiento de valores ni la elección de fines, ambos son asuntos de la sabiduría, y la sabiduría no se funda en razones objetivas sino que es el fruto del conocimiento personal (1996: 228–234).

De esta manera, la ciencia es societaria, universal, general, impersonal, teórica y especializada, en tanto que la sabiduría es individual, local, particular, personalizada, concreta, práctica y globalizadora.

Una aportación de gran trascendencia es de Paulo Freire y forma parte de las ideas que han dado sustento a la educación popular, pero se abordan hasta el capítulo X. Baste adelantar que desde esta perspectiva el conocimiento se genera por el diálogo de los seres humanos en torno a su mundo, a su realidad. También son relevantes las aportaciones de Fals Borda, quien ante la concepción de ciencia dominante propone la idea de sabiduría popular, entendida como “[...] el conocimiento empírico, práctico y de sentido común, que ha sido construcción y posesión cultural e ideológica de la gente común” (1992: 70). Este conocimiento ha permitido crear, trabajar e interpretar la realidad, sin em-



bargo, al no estar codificado a la usanza dominante es despreciado y relegado, negándosele su derecho a articularse y expresarse en sus propios términos. Pero el saber popular tiene su propia racionalidad y su propia estructura de causalidad, es decir, de validez científica en sí mismo, y por eso queda naturalmente fuera del edificio científico formal construido por la minoría intelectual dominante.

Por tal motivo, este elemento epistemológico se ubica en la búsqueda de dialogar con otras formas de conocimiento, y supone el reconocimiento de racionalidades alternativas a la científica, al matizar de forma significativa la noción de objetividad del saber científico y al asumir la validez y pertinencia del saber popular. El planteamiento, sin embargo, va más allá, y apunta hacia la construcción y reforzamiento de la identidades culturales, así como a la promoción de la diversidad epistemológica y cultural.

### *Historicidad*

El análisis de los procesos de desarrollo bajo la óptica de la ciencia convencional se ha realizado desde un pensamiento normativo–descriptivo, fijando fines que se deben alcanzar socialmente, mediante la definición de contenidos históricos del crecimiento y el establecimiento de metas específicas. Así, los procesos históricos deben pasar por una serie de etapas definidas por las teorías científicas, de acuerdo con un cuerpo de conceptos con contenidos y relaciones determinadas a priori, en las que el resultado ha sido la cancelación del futuro como potencialidad social desde esta noción de desarrollo unilineal.

Desde la perspectiva de la sustentabilidad, se requieren enfoques científicos que “[...] mantengan una postura epistemológica que propicie la formación de un pensamiento abierto y problematizador —antes que teórico— y orientado a descubrir el futuro en lo real de hoy” (Zemelman, 1997: 14). La realidad es vista entonces como lo actual y como lo que está por venir, e implica por tanto la ruptura con teorías que explican a los actores sociales como punto de llegada de un proceso y a cambio atiende el proceso de transformaciones múltiples donde se construyen los actores sociales. En síntesis, es un enfoque teórico procesual y no

normativo. A partir de esta idea entonces es posible abrirse a la realidad para reconocer aquellas opciones objetivas que permitan dar una dirección al desarrollo, mediante la definición y práctica de proyectos que respondan a intereses sociales definidos.

La propuesta de Zemelman sugiere que “La realidad es histórica porque ella es un campo de alternativas, que produce otras realidades y, por tanto, se aborda desde la perspectiva de sujetos sociales que tienen posibilidad de crear historia y no un sujeto histórico que encarna socialmente” (1997: 17). Así, la historicidad es una cualidad de articulación de distintos niveles de realidad, que en su movimiento puede presentar determinaciones específicas válidas para un momento, pero no para otros. También es, en términos epistemológicos, la articulación de cualquier hecho en un contexto y supone asumir y abrirse a la posible.

Dado lo anterior, se asume que una visión articulada de lo real descansa en la praxis de los sujetos sociales y a partir de esta se pueden reconstruir relaciones micro-macro, en su dimensión social y temporal. Ambas dimensiones son importantes porque indican dos asuntos: la historicidad —contenida en lo cotidiano— y las temporalidades de la historia —gran escala y coyuntura. Siguiendo a Zemelman (1997), la propuesta se orienta hacia acentuar el plano epistemológico, que explica el momento de aprehensión de lo real, pues busca determinar una posibilidad de conceptualización y se pretende alejar de las determinaciones de la teoría fija, al evitar el momento teórico que intenta marcar el alcance de la explicación de una teoría.

Para resumir, se trata de encontrar un elemento epistemológico con una visión integrada, que no se confunda desde la partida misma del análisis con una explicación teórica sino, por el contrario, que contribuya a determinar campos de explicación posibles de apertura hacia lo real, sin prejuzgar ningún orden de determinación teórica.

### *Hacia una ciencia posnormal*

La ciencia convencional pretende tener un carácter objetivo y neutral, para excluirse de las cuestiones sociales y políticas, cuando en realidad los científicos realizan sus actividades en un entorno donde las motivaciones ideológicas

y éticas están siempre presentes. Este discurso ha servido para justificar las decisiones políticas basadas en elementos “científicos”, que excluyen del debate a los ciudadanos con el argumento de que los científicos son especialistas en el tema, y además seres objetivos y ajenos a las cuestiones políticas.

En esta perspectiva, aceptar la necesidad de contemplar diversas epistemologías y formas de conocimiento —es decir, el diálogo de saberes— lleva a considerar la participación de los diversos actores sociales en la toma de decisiones sobre los rumbos que debe seguir el desarrollo y cuestiona a fondo el monopolio de políticos y científicos en este proceso. Funtowicz y Ravetz (1993) proponen para la sustentabilidad enfoques científicos que se alejen de la deducción formalizada como modelo de argumentación y se orienten más bien hacia un diálogo interactivo y creativo entre los diversos actores sociales, quienes ponen su bienestar en juego al decidir sobre los proyectos de desarrollo.

Esta propuesta parte del reconocimiento de que los sistemas naturales son complejos y dinámicos; entonces, es necesaria una ciencia basada en la impredecibilidad, el control incompleto y una pluralidad de perspectivas legítimas. Funtowicz y Ravetz (1993) hablan de una ciencia posnormal, en el sentido de Thomas Kuhn (1987), dado que los ejercicios de solución de la ciencia normal ya no son apropiados para la complejidad de la crisis ambiental actual. La ciencia posnormal aparece como una conexión entre las incertidumbres de tipo epistemológico y ético, cuando lo que se pone en juego refleja propósitos en conflicto, entre quienes arriesgan algo en la decisión.

Siguiendo a Funtowicz y Ravetz (1993), en la ciencia posnormal los acuerdos públicos y la participación ciudadana, derivada de compromisos valorativos, son decisivos en el diseño de las políticas públicas. En este contexto, la ciencia y los insumos científicos son un enfoque complementario, en conjunto con otros más, todos legítimos y necesarios. La ciencia posnormal ya no busca alcanzar la verdad y conquistar la naturaleza, por el contrario, se orienta a las conexiones entre lo que no se sabe —incertidumbre— y lo que se sabe —conocimiento—, así como tam-

### *Saber ambiental*

bién hacia una relación armónica entre las sociedades y la naturaleza, razón por la que existe la necesidad de considerar otras formas de conocimiento propias de los actores sociales involucrados.

Así, este elemento epistemológico, al extender la legitimación de los actores sociales para participar como pares en los debates políticos y científicos, tiene importantes implicaciones, tanto para la sociedad como para la ciencia. Esta confrontación y diálogo de formas de conocimientos abre paso a la democratización genuina y efectiva de la vida cotidiana y de las ciencias.

La noción prevaleciente en la ciencia convencional percibe a la naturaleza como un objeto a transformar en beneficio de los seres humanos. Los sistemas naturales son una fuente inagotable de recursos apropiables de acuerdo con las necesidades del capital y los avances de la ciencia. La búsqueda de enfoques científicos alternativos desde la perspectiva de la sustentabilidad demanda una manera diferente de analizar las relaciones entre el conocimiento y la naturaleza.

El saber ambiental asume que la construcción de una racionalidad ambiental implica la formación de un nuevo saber y la integración interdisciplinaria del conocimiento, para explicar el comportamiento de los sistemas socioambientales complejos. Además, este saber problematiza el conocimiento fraccionado en disciplinas y la administración sectorial del desarrollo, a fin de constituir un campo de conocimientos teóricos y prácticos orientados hacia la rearticulación de las relaciones entre sociedad y naturaleza (Leff, 1998).

Este conocimiento no se agota en la extensión de los paradigmas de la ecología para comprender la dinámica de los procesos socioambientales, ni se limita a un componente ecológico en los paradigmas actuales del conocimiento. El saber ambiental se inscribe más en los términos de la sabiduría que de la ciencia y, por tanto, desborda el campo de las ciencias ambientales, para abrirse al terreno de los

valores éticos, los conocimientos prácticos y los saberes tradicionales.

También es un proceso de transformación del conocimiento, impulsado por una crisis de la racionalidad económica e instrumental de la modernidad, más que un paradigma omnicomprendivo del saber, una ecologización del conocimiento, un método general para el desarrollo de las ciencias o una reorganización sistémica de los saberes actuales.

De acuerdo con Leff, el saber ambiental problematiza desde una perspectiva crítica a toda una pléyade de conocimientos teóricos y técnicos, para incorporar en ellos un saber complejo, transformando así a las ciencias históricamente constituidas, legitimadas e institucionalizadas (1998). De esta manera, este saber transforma el campo de conocimiento, al generar nuevos objetos interdisciplinarios de conocimiento, nuevos campos de aplicación y nuevos procesos sociales de objetivación, en los que se construye la racionalidad ambiental.

El saber ambiental se construye integrando los principios y valores de la ética ecologista, las sabidurías y prácticas tradicionales del manejo de los recursos naturales, así como las ciencias y técnicas que sirven de soporte a las estrategias de desarrollo sustentable. Este saber plantea una particular relación entre realidad y conocimiento, pues no sólo busca completar el conocimiento de la realidad existente sino orientar la construcción de otra organización social diferente a la proyección hacia el futuro de las tendencias actuales. “Es en este sentido [...] que la utopía ambiental abre nuevas posibilidades a partir del reconocimiento de potenciales ecológicos y tecnológicos, donde se amalgaman los valores morales, los saberes culturales y el conocimiento científico de la naturaleza en la construcción de una nueva racionalidad social” (Leff, 1998: 199).



## **Segunda parte**

*El desarrollo y el medio  
rural*

---





## Capítulo V | Espacios rurales e industrialización de la naturaleza

---

Las diversas sociedades humanas han establecido a lo largo de la historia diferentes relaciones con la naturaleza para obtener distintos satisfactores. Las actividades rurales constituyen una conexión fundamental entre naturaleza y sociedad, dado que la producción agropecuaria y forestal se basa en la transformación de los ecosistemas para generar alimentos, fibras, materiales y energía. El presente capítulo analiza estas relaciones en los procesos de desarrollo rural, por medio de dos apartados.

### **Los espacios rurales y la naturaleza**

Los procesos de desarrollo rural implican diversas dimensiones que atienden lo ambiental, lo social, lo económico, lo político y lo cultural. Desde las ciencias convencionales, estos procesos han sido analizados por ramas particulares que partiendo de su concepción disciplinaria proporcionan una visión fragmentaria que no da cuenta de la complejidad presente en las relaciones entre las sociedades rurales y la naturaleza. Ya en el capítulo IV se señalaron las aportaciones del pensamiento complejo para la construcción de enfoques científicos alternativos y su relevancia epistemológica en la perspectiva de la sustentabilidad. A partir de esta noción de complejidad se discute la cuestión de los espacios rurales.

En un texto de Toledo, Alarcón y Barón (2002), se considera a lo rural como un referente empírico que sólo se puede analizar desde una perspectiva interdisciplinaria. Este es un territorio geográfico y un espacio social que opera como una

dimensión estratégica entre el mundo de la naturaleza y el de los artefactos —las ciudades y la industria. Por eso es una instancia de la realidad, en la que es necesario utilizar de manera integrada los enfoques de las ciencias naturales con los de las ciencias sociales y humanas. Lo rural no se puede estudiar desconectándose del universo urbano e industrial, ni tampoco desconociendo las innumerables conexiones con el mundo de la naturaleza.

Siguiendo a Toledo, Alarcón y Barón:

Las sociedades humanas producen y reproducen sus condiciones materiales de existencia a partir de su *metabolismo* con la naturaleza [...] Este metabolismo lo realizan los seres humanos a través del proceso social del *trabajo* (o labor). Dicho proceso implica el conjunto de acciones a través de las cuales [...] *se apropian, producen, circulan, transforman, consumen y excretan*, productos, materiales, energía y agua, provenientes del mundo natural (2002: 22).

Al realizar estas acciones, los seres humanos consumen dos actos: por un lado, socializan fracciones o partes de la naturaleza y, por otro, naturalizan a la sociedad al reproducir sus vínculos con la naturaleza. En este proceso se da una determinación recíproca entre ambas, pues la manera en que los seres humanos se organizan en sociedad fija la forma en que estos transforman a la naturaleza, y a su vez esta afecta la manera como se configuran las sociedades.

A través de la producción rural, las sociedades extraen materiales y energías de la naturaleza que sirven como materias primas y luego son transformadas por medio de la producción manufacturera o industrial para su posterior utilización o bien convertidas en productos —alimentos y otros bienes— para ser consumidos de manera directa por los seres humanos. Lo anterior permite visualizar a la sociedad en su relación material con la naturaleza como un organismo, cuya periferia estaría constituida por una membrana rural, compuesta por células, que serían las encargadas de extraer los elementos de la porción externa de dicho organismo y cuya parte interna tendría el rol fundamental

de transformar los bienes que la porción rural proporciona (Toledo, Alarcón y Barón, 2002).

El medio rural entonces se ubica entre las sociedades urbanas y la naturaleza y vía sus procesos productivos establece relaciones entre los seres humanos y los ecosistemas. Estas conexiones se realizan con el fin de obtener los alimentos, fibras y combustibles necesarios para los procesos de transformación industrial y las demandas urbanas e incluyen también otro tipo de recursos naturales como agua, suelo y madera, así como la posibilidad de regresar los desechos urbanos e industriales a los ecosistemas naturales. Las relaciones entre el medio rural y el medio natural expresan las formas en que las sociedades interactúan con la naturaleza para la obtención de sus satisfactores.

La apropiación de la naturaleza constituye el primer acto del proceso metabólico que la especie humana, erigida en sociedad, establece con el universo natural y este acto clave permite distinguir el universo rural del universo urbano e industrial (Toledo, Alarcón y Barón, 2002). Todo proceso de apropiación o producción es realizado por un segmento periférico de la sociedad —los productores rurales—, quienes son los encargados de introducir diversos materiales y energías de la naturaleza al organismo social. Estos se agrupan por vínculos culturales, sociales y económicos para apropiarse de los recursos naturales que detentan por medio de la agricultura, la ganadería, la pesca, la recolección y la caza. Así, las unidades de producción rural establecen dos tipos de intercambios: el ecológico, con los ecosistemas, y el económico, con la sociedad.

Toda intervención humana en la naturaleza, por medio de la agricultura y sus procesos agropecuarios y forestales, conlleva una reorientación de los flujos de energía y materia hacia aquellas especies de interés humano y, por tanto, implica la transformación de ecosistemas naturales en agroecosistemas. De esta manera, durante miles de años, las sociedades humanas han establecido por medio de la agricultura sus relaciones con la naturaleza. Siguiendo una idea de Cox y Atkins (1979), la herencia de la agricultura es el legado de la coevolución entre los humanos y la naturaleza y un proceso único de asociaciones entre personas y

especies biológicas, en diversos contextos ecológicos y en distintas culturas.

A pesar del acelerado proceso de urbanización y modernización o de las afirmaciones que desde las más variadas posiciones ideológicas continúan decretando su desaparición, a inicios del tercer milenio casi uno de cada dos habitantes del planeta vive en el medio rural. Estos agricultores, campesinos e indígenas existen, persisten y conforman un importante sector social, en términos poblacionales, productivos, económicos, culturales y políticos.

De acuerdo con la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (Food and Agriculture Organization of the United Nations, FAO, 1991), 45% de los seres humanos basan su subsistencia en el usufructo de la naturaleza, ocupando 63% de la superficie del planeta para desarrollar sus actividades agropecuarias y forestales. Además, contrario a lo planeado, la población agraria mundial pasó de 1,422 millones, en 1950, a 2,390 millones, en 1990, y se ubica en su mayoría en los países del hemisferio sur, donde se concentra 95% de los campesinos del planeta, de los cuales 45% son de América Latina. En México, 25% de la población son indígenas o trabajadores del campo (FAO, 1991).

Los campesinos constituyen a escala mundial 46% de la población económicamente activa (pea) y en los países del hemisferio sur 60%. Además, en América Latina representan 26% del pea y disponen de 33% de la superficie cultivable. Su importancia es mayor cuando se considera que estos campesinos cultivan 40% del total del consumo interno y 35% de los productos agrícolas de exportación. Asimismo, producen 77% del frijol, 51% del maíz y 61% de las papas que consumen los latinoamericanos. Así, en Bolivia aportan 80% de la producción agrícola nacional, en Perú 55%, en México 47%, en Brasil 40% y en Chile 38% (Kay, 1994).

Las culturas campesinas e indígenas se han encargado de laborar con la naturaleza a lo largo de la historia y representan “[...] un conjunto de civilizaciones alternativas que aún dominan buena parte de los espacios rurales del planeta y son poseedoras de cosmovisiones, modelos cognosci-

tivos, estrategias tecnológicas y formas de organización social y productiva, más cercanas a un manejo ecológico de la naturaleza” (Toledo, 1992: 73). Estos grupos conservan rasgos ecológicos propios de otros modelos civilizatorios que resultan de especial relevancia para buscar alternativas a la crisis del modelo modernizador tan empeñado en desaparecerlos.

## Desarrollo rural e industrialización de la naturaleza

Los procesos de desarrollo se encuentran insertos en una visión del mundo y en un proyecto civilizatorio que los fundamenta y les imprime sus características principales. En el primer capítulo se señaló que el proyecto civilizatorio occidental es el origen de los modelos dominantes y se presentaron sus rasgos fundamentales. A partir de este marco analítico se puede abordar la discusión sobre los elementos del desarrollo rural, atendiendo a cuatro de los rasgos del proyecto occidental: su relación sociedad–naturaleza, su ideal de urbanización–industrialización, sus procesos económicos, así como el papel de la ciencia y del conocimiento.

El proyecto civilizatorio occidental considera la modernización, el progreso y el crecimiento como conceptos equivalentes, y los convierte en las bases ideológicas del camino que se debe seguir en términos de desarrollo para todas las culturas humanas. Acorde con esta visión, el desarrollo rural se ubica en el paradigma occidental que establece como único referente el esquema bipolar entre tradición y modernidad, que se explica sólo en función de aspectos productivos y económicos. De esta forma, “[...] el desarrollo rural es concebido como la transformación productiva, súbita o paulatina, pero ineludible y unívoca de las formas campesinas, ‘tradicionales’ o preindustriales en modalidades agroindustriales o ‘modernas’ tanto en su versión estatal–socialista como en la del libre mercado” (Toledo, Alarcón y Barón, 2002: 31).

Los ideales de la urbanización e industrialización como referentes del desarrollo moderno han provocado la exclusión y el rechazo de todo aquello que pertenece al mundo rural y atrasado. Además, se ha impuesto la falsa idea de la supremacía del ciudadano urbano y, en general, del modo

de vida ciudadano sobre el de las comunidades del campo. Desde la ciudad se suele mirar con desdén a las culturas rurales, casi siempre consideradas como reductos sociales, de la misma manera que se observa con desprecio a la naturaleza, concebida sólo como fuente de recursos explotables. Una vez rota la conexión tangible y visual entre la producción y el consumo e industrializado y mecanizado todo el proceso por medio del cual los seres humanos satisfacen sus necesidades, la naturaleza se vuelve una entidad no sólo lejana sino inexistente, de la misma manera que se olvida que buena parte de los productos provienen de procesos en los que seres humanos se apropian de objetos del mundo natural (Toledo, 2000).

El desarrollo rural en el proyecto civilizatorio occidental no tiene como objetivo principal mejorar las condiciones de vida de los habitantes del campo sino que es concebido como un medio para la industrialización y la urbanización, cuya función es producir alimentos básicos baratos, generar divisas por la exportación, liberar mano de obra abundante para la industria, aportar recursos naturales —agua, madera, tierras— y recibir en sus espacios los desechos urbanos e industriales.

La etapa neoliberal es una profundización del proyecto de Occidente y conserva sus rasgos fundamentales con dos aspectos novedosos: el papel omnipresente del mercado y la globalización del modelo. De esta manera, el desarrollo rural es entonces la inserción en el mercado de las economías rurales, de sus recursos naturales, de su mano de obra y de sus productos, con la consabida pérdida de la diversidad, la autosuficiencia y las relaciones no mercantiles. A partir de estos principios se estructuran los programas de crecimiento del campo, orientados a modernizar a los agricultores, es decir, a inducirlos a aceptar la lógica del lucro monetario como criterio único.

En este mismo esquema social, las actividades rurales se realizan desde el ideal industrializador de la naturaleza. De acuerdo con Sevilla y Woodgate: “El enfoque industrializante de las sociedades modernas ha sido construido socialmente sobre la idea de una naturaleza inanimada, con una disposición ilimitada de recursos naturales, y cuya única

función es ser insumos de los procesos de desarrollo rural” (1997: 94; la traducción es del autor). Como resultado de esta percepción, los procesos y las estructuras ecológicas de la naturaleza han sido remplazados por métodos industriales que han roto los ciclos de la biosfera.

La propuesta modernizadora lleva en su esencia la modificación intensiva de los ecosistemas y su estilo tecnológico se basa en el monocultivo, las semillas híbridas y transgénicas, la utilización de insumos de origen industrial como los fertilizantes químicos, los plaguicidas y los combustibles fósiles. Esta manera de utilizar los recursos naturales implica la simplificación de los ecosistemas, la reducción de su diversidad propia y la sustitución de sus procesos energéticos internos. Lo anterior propicia una alta fragilidad de los ecosistemas y favorece el deterioro continuo y sistemático de estos recursos, al atentar además contra la biodiversidad regional por medio de la homogeneización de los espacios. Así, el objetivo de la agricultura moderna es la artificialización intensiva de los sistemas naturales mediante la sustitución de procesos naturales por industriales, en busca de limitados criterios de productividad y rentabilidad.

El desarrollo rural del proyecto civilizatorio occidental se orienta hacia la transformación de los ecosistemas desde la lógica de la industrialización de la naturaleza y sus estrategias están basadas en extender e implementar la agricultura industrial como única manera de producción en todos los espacios rurales. De acuerdo con Guzmán Casado, González de Molina y Sevilla:

La agricultura industrializada podría definirse como aquella forma de manejo de los recursos naturales que genera un proceso de artificialización de los ecosistemas en el que el capital realiza apropiaciones parciales y sucesivas de los distintos procesos de trabajo campesino, para incorporarlos después al manejo, como factores de producción artificializados industrialmente, o como medios de producción mercantilizados (2000: 32).

La agricultura industrializada tiene una prevaencia de insumos ajenos al reciclaje interno de energía y materiales

usados en los procesos biológicos y busca uniformizar el medio ambiente local para estabilizar la producción, controlando el riesgo y disminuyendo la biodiversidad. El papel estructurante del mercado es un rasgo central de la agricultura industrializada, pues esta se encuentra cada vez más involucrada en un complejo de industrias de producción, procesamiento y comercialización de alimentos e insumos. Estas industrias se encargan de vender insumos al agricultor y también de adquirir la producción, incrementando así la dependencia de los agricultores respecto a las agroindustrias (Guzmán Casado, González de Molina y Sevilla, 2000: 37).

Las ciencias convencionales sirven para fundamentar estas relaciones de industrialización de la naturaleza, a partir de su visión cartesiana que considera al medio natural como algo ajeno e independiente de lo humano. Siguiendo las ideas de Guzmán Casado, González de Molina y Sevilla (2000), esto sólo es posible cuando la ciencia legitima cualquier forma de intervención sobre los recursos naturales, que están subordinados definitivamente al hombre por ser el rey de la creación. Según esta visión, la agricultura industrializada tiene la capacidad de artificializar la naturaleza reproduciéndola con ayuda de la ciencia y también puede aportar algo decisivo en la configuración de la estructura social del mundo rural: el ser humano con la tecnología se puede separar de la naturaleza y dominarla. La ciencia actúa entonces como industrializadora de los espacios naturales y como modernizadora de los conocimientos campesinos locales.

A decir de Toledo, Alarcón y Barón (2002), dos modos radicalmente diferentes de apropiación de la naturaleza conforman, en la actualidad, las maneras fundamentales del uso de los recursos naturales en el mundo contemporáneo: el agrario o campesino y el agroindustrial. Ambos representan dos formas distintas de concebir, manejar y utilizar la naturaleza, es decir, dos racionalidades productivas y ecológicas. El modo campesino encuentra sus orígenes en la especie humana y en la coevolución entre la sociedad y la naturaleza. Por su parte, el modo agroindustrial es una propuesta que surge del mundo urbano e industrial, diseñado de forma especial para generar los alimentos, las



materias primas y las energías requeridas en los enclaves no rurales del planeta.

Los atributos que permiten diferenciar estas dos maneras son los siguientes:

- (1) el tipo de energía utilizada durante la producción,
- (2) la escala de las actividades productivas, (3) el grado de autosuficiencia de la unidad productiva rural, (4) su nivel de fuerza de trabajo, (5) el grado de diversidad [...]
- (6) su productividad ecológica o energética, (7) su nivel de productividad del trabajo, (8) el tipo de conocimientos empleados [...] y (9) la visión del mundo [...] como causa invisible u oculta de la racionalidad productiva (Toledo, Alarcón y Barón, 2002: 37–38).

González de Molina (1994) señala que la agricultura industrializada constituye en la actualidad una de las fuentes más importantes para crear problemas ambientales, sociales y culturales. La relación más o menos armónica que existía entre la naturaleza y las culturas locales se ha visto sumamente perturbada por la introducción de técnicas intensivas orientadas hacia la maximización rápida de la ganancia. En el presente, los impactos ambientales de la agricultura industrializada se observan en la producción de alimentos con residuos tóxicos y riesgosos, la contaminación de aguas y suelos, la salinización y sobreexplotación de acuíferos, la erosión y el deterioro de la fertilidad de los suelos, la pérdida de la biodiversidad y de la diversidad genética, la deforestación y la desaparición de especies y variedades diversas.

Si bien la agricultura industrializada ha logrado incrementar de forma temporal los rendimientos de algunos cultivos a costa de los recursos naturales, esto no se ha reflejado en un aumento de la calidad de vida de los habitantes del medio rural, ni ha servido para mitigar el hambre en el mundo, por el contrario, a medida que se extiende la agricultura industrializada en el planeta se intensifica la marginación de las culturas rurales, al tiempo que la pérdida de la autosuficiencia y la diversidad abren camino al aumento del hambre y la desnutrición. Como ejemplo baste señalar

que en América Latina 80% de los indígenas viven en pobreza extrema, en tanto que 47% de los pobres se ubicaba en el campo, en 1984, pero ocho años después la cifra alcanzó al 51% de la población rural (Rubio, 2001).

Los impactos culturales de la agricultura industrializada y su estrategia de homogeneizar los ecosistemas naturales también tienen la idea de modernizar a aquellas culturas campesinas e indígenas con otras racionalidades productivas y ecológicas, por medio de programas de desarrollo. El resultado de estas acciones ha sido la ruptura de las economías familiares y de las estructuras comunitarias, que a su vez ha provocado una migración masiva del medio rural a las ciudades. Así, desde esta perspectiva de desarrollo, además se asiste a la desaparición acelerada de diversas culturas milenarias y a la homogeneización cultural del planeta.

Estos procesos de desarrollo rural y la agricultura industrializada han ocasionado una compleja crisis global que pone en riesgo a las poblaciones rurales y a los ecosistemas naturales, razón por la que han sido cuestionados por diferentes actores sociales. La crisis, sin embargo, no es una situación aislada sino que refleja con claridad el estado crítico del proyecto civilizatorio occidental.

## Capítulo VI | Movimientos sociales rurales

---

**L**os ecosistemas naturales son transformados en espacios rurales, por medio de las actividades productivas que realizan las sociedades rurales. Tanto a nivel mundial, como en el caso de México, la gran mayoría de estos habitantes son campesinos e indígenas, quienes junto con sus familias son actores sociales centrales en los procesos de desarrollo rural.

### **Campesinos**

El campesinado sólo existe como un proceso, es decir, en su cambio, donde las diferencias regionales reflejan además sus historias diversas. Sin embargo, es posible encontrar un tipo general de acuerdo con cuatro elementos comunes a las sociedades campesinas. El primero es la granja familiar como unidad básica de una organización multidimensional; el segundo es el cultivo de la tierra como el medio principal para satisfacer la mayor parte de sus necesidades de consumo; el tercero es una cultura construida con base en la forma de vida de comunidades pequeñas, y el cuarto es la dominación ejercida por externos (Shanin, 1979).

Un segundo nivel de análisis es el referido a la comunidad.

[La comunidad campesina] es una población habitada (o principalmente habitada) por familias que trabajan en explotaciones campesinas [...] Una de las características fundamentales de la comunidad aldeana, a saber, [son] los fuertes vínculos sociales basados en los contactos personales, reforzados por el parentesco, el origen

común y la homogeneidad social, es asimismo un rasgo característico que deriva del modo de explotación campesino (Galeski, 1977: 145).

La comunidad campesina desempeña una función social principal como fuente de un sistema vinculante de normas y valores, como grupo de referencia que define la posición del individuo y la familia, así como factor esencial en la asimilación social de la generación joven. Para González de Molina y Sevilla (1992), la comunidad es el núcleo básico de las relaciones sociales establecidas entre los grupos domésticos que la integran. Así, la dimensión comunitaria de solidaridad como formas múltiples de ayuda mutua también es un elemento central en la caracterización de los grupos domésticos campesinos.

Un tercer nivel es el de la familia campesina como la unidad básica de producción de las comunidades agrarias y, en ese sentido, posee una lógica específica al manejar recursos, limitaciones y posibilidades en función de sus objetivos de producción y reproducción y de acuerdo con sus conocimientos propios (Galeski, 1977: 110–114). Vale la pena mencionar, aunque sea de forma breve a Chayanov y sus aportaciones al funcionamiento de la unidad económica campesina, pues demostró como esta responde a una lógica diferente a los postulados de la economía de mercado. Para Chayanov: “La composición familiar define los límites máximos y mínimos del volumen de sus actividades económicas” (1974: 101). Por lo tanto, la fuerza de trabajo de la unidad económica doméstica está determinada por la disponibilidad de miembros capacitados en la familia, y entonces existe una alta correlación entre el número de personas en la familia, la superficie cultivada y el volumen de la actividad.

A partir de estos tres niveles de acercamiento: las sociedades, las comunidades y la familia es posible señalar que el campesinado mantiene una relación de dependencia con el resto de la sociedad, en términos económicos, culturales y políticos (Wolf, 1982). Un campesino produce básicamente para su conservación y la de los suyos, así como para mantener asegurada su producción y sus consu-

mos futuros —fondos de reemplazo—; sin embargo, parte de su producción se debe destinar a mantener sus relaciones sociales, de parentesco y religiosas —fondo ceremonial. Además, el campesino se ve sometido a relaciones asimétricas de poder, en el sentido de que tiene la obligación de producir más allá de los fondos de reemplazo y ceremonial, debido a la extracción que en forma de renta le hace la sociedad externa. Shanin define al campesinado como:

*[...] pequeños productores agrícolas que, con la ayuda de equipo sencillo y el trabajo de sus familias, producen sobre todo para su propio consumo y para el cumplimiento de sus obligaciones con los detentadores del poder político y económico. Tal definición implica una relación específica con la tierra, con la granja familiar campesina y con la comunidad aldeana campesina, como las unidades básicas de la interacción social (1979: 215–216).*

Desde la perspectiva de Toledo (1994), es necesario incluir en el concepto de campesinado al menos tres dimensiones de la realidad que interactúan con los factores sociales y económicos: la ecológica, relacionada con el tipo de ecosistemas que la unidad productiva campesina se apropia; la cultural, ligada sobre todo a los conocimientos y cosmovisiones que los campesinos ponen en acción, y la energética, centrada en los tipos de energía empleados en la producción. Toledo define al campesino “[...] como el poseedor de un fragmento de naturaleza del cual se apropia de manera directa y a pequeña escala, con su propio trabajo manual, teniendo como fuente fundamental de energía la de origen solar y como medio intelectual para la apropiación, sus propios conocimientos y creencias” (1994: 24). Tal apropiación constituye su ocupación exclusiva o principal, a partir de la que consume de primera mano, en todo o en parte, los frutos obtenidos, satisfaciendo con estos, de manera directa o mediante su intercambio, las necesidades familiares.

La idea central de Shanin de que el campesinado existe sólo como un proceso lleva a señalar algunas consideracio-

nes acerca de sus reacciones ante el entorno actual. Así, para Sevilla y Sevilla (1984: 95), los campesinos se han visto sometidos a unos procesos de cambio que exigen formas de readaptación respecto a las características vinculadas al pequeño mundo rural. El proceso global que en la actualidad, y como consecuencia de una “economía mundo” consolidada están experimentando los campesinos, ha determinado una ampliación de su ámbito de percepción del universo social de su comunidad hasta abarcar con mayor realismo la complejidad del sistema social en que están inmersos.

La condición campesina no es reiteración sino mudanza, es decir, un modo específico de cambiar. Al analizar el caso de los campesinos en México, Armando Bartra señala que “En un país como el nuestro, de tradición indígena y reciente pasado agrarista, el campesino es una célula socioeconómica —la unidad doméstica— pero también un tejido social más extenso cuyo centro de gravedad es la comunidad agraria” (1998: 11). El campesino no es pues la persona o la familia sino ese entramado de relaciones económicas, sociales y culturales, cuyos nudos son la comunidad, el gremio agrícola, la región y el barrio de migrantes en las ciudades. El núcleo duro de la sociabilidad campesina aún está en la comunidad agraria, pero su mundo ya no termina a las orillas de la aldea, en virtud de que sus relaciones se extienden por la región, recorren el país, cruzan las fronteras nacionales.

*Proyectos  
alternativos y  
cultura  
campesina*

Según se remarcó en el capítulo I, el proyecto modernizador tiene entre sus principales rasgos el predominio de la ciencia convencional, así como la exclusión y el desprecio por otras formas culturales y de conocimiento, sobre todo si esas culturas provienen de sectores sociales considerados como atrasados y condenados a desaparecer, tal y como sucede con los campesinos e indígenas. Toledo afirma “[...] que bajo la influencia de la ideología, generada por los efectos de la civilización occidental, el campesinado ha sido siempre un sector atrasado, arcaico, ignorante e improductivo, al que hay que desaparecer de la faz de la Tierra, para alcan-

zar la modernidad rural” (1992: 72). De esta manera, durante décadas los ejércitos ilustrados de la civilización contemporánea han llegado siempre a los escenarios rurales para enseñar, educar, tecnificar, desarrollar o modernizar las formas productivas y el uso de los recursos naturales.

De acuerdo con Toledo (1991), todos olvidaron que los campesinos y sus familias son actores sociales capaces de generar y transmitir conocimientos, de acumular experiencia, de inventar e innovar en su eterna labor de obtener bienes de la naturaleza. Junto con esta omisión también se borró el hecho de que estos productores rurales pertenecen o pertenecieron a culturas arraigadas durante mucho tiempo a tales escenarios y que por lo mismo son poseedores de una larga historia de relación con la naturaleza y sus recursos. Esta supresión “[...] no ha sido sino una imposición más de una civilización dominante, empeñada en destruir cualquier vestigio de modelos civilizatorios diferentes al suyo” (Toledo, 1991: 1).

La cultura está integrada con la producción y con la naturaleza como los tres dominios inseparables de la realidad ecológico-social. De este modo, se consideran como parte fundamental de las culturas rurales los medios intelectuales que el campesino utiliza durante su apropiación del medio natural, lo cual incluye tanto las formas de conocimiento de los ecosistemas que se apropia —componentes, procesos y usos—, como las concepciones que estos grupos humanos tienen de la naturaleza. Hay un rasgo cultural común a las diversas sociedades campesinas e indígenas que según Toledo (1991) atañe a la visión que estos grupos humanos tienen sobre la naturaleza, pues mientras que el productor rural moderno visualiza al medio natural desde una perspectiva esencialmente pragmática y racionalista, dado que reconoce a la naturaleza como una entidad separada de lo social y como una reserva potencial de riqueza económica —recursos—, el campesino la percibe como un mosaico de vivencias, polivalente y multidimensionable. Si la primera es una visión de carácter moderno y occidental, es decir, gestada a partir de la revolución industrial y científica que se originó en Europa, la segunda hunde sus raíces en el pasado más remoto de la humanidad y se nutre de

cosmovisiones en las que lo objetivo y lo subjetivo no son dimensiones separadas sino amalgamadas.

Existe otro rasgo cultural de carácter cognoscitivo:

El empleo por parte de los campesinos de un conocimiento ecológico de carácter local o regional, históricamente acumulado. Ello permite distinguir un conocimiento campesino sobre la naturaleza de sentido diacrónico, es decir, transmitido de generación en generación, durante cientos de años, aunque espacialmente limitado y de carácter generalmente oral (Toledo, 1991: 23).

Los movimientos contemporáneos de campesinos e indígenas plantean la defensa de la naturaleza, pues sin esta las culturas rurales pierden su profundidad y fortaleza, pero también proponen un proyecto civilizatorio alternativo al moderno en el que las relaciones con el medio natural se fundamenten desde otras perspectivas. Para Toledo (1992), en estos nuevos movimientos la transformación de la naturaleza en objeto y sujeto de la lucha política conlleva un salto ideológico que restablece la presencia de elementos que operan como la fuente primaria de todo el proceso de producción, además recupera una dimensión fundamental de la cultura campesina y, por último, inserta las movilizaciones de un creciente número de actores sociales a escala planetaria.

Asimismo, la defensa de la naturaleza toma la forma de una demanda política concreta: la protección de la cultura, pues según Toledo (1992), no se trata sólo de alcanzar la autogestión económica, por medio del establecimiento de formas de producción respetuosas de los procesos naturales, sino de llegar a ese estado con los elementos que forman parte de la propia cultura. Así, las cosmovisiones indígena y campesina encajan sin problemas en la demanda global de realizar una apropiación ecológicamente correcta de los recursos naturales.

Dado lo anterior, los movimientos campesinos e indígenas proponen un proyecto civilizatorio alternativo al desarrollo modernizador que retoma los aspectos culturales y ecológicos más relevantes para enriquecer los procesos de búsqueda. Al situarse como parte de una lucha generaliza-



da por la supervivencia de lo humano y su entorno, se vuelven parte de un movimiento mucho más amplio y global que busca caminos alternativos desde la sustentabilidad e incluye una gama diversa de movimientos sociales. De esta manera, sus luchas locales participan en las contiendas globales por la defensa de los recursos naturales y la especie (Toledo, 1992).

Así, en una curiosa paradoja, “Los campesinos e indígenas, despreciados y condenados por la civilización moderna —ahora en crisis—, con sus cosmovisiones, sus hábitos comunitarios, su fuerza espiritual y sus culturas, son una parte sustancial de las fuerzas emancipadoras que promueven el cambio civilizatorio que la humanidad requiere” (Toledo, 1992: 83). Para el caso de Latinoamérica y en concreto de México, las culturas indígenas y campesinas, como agentes de una matriz civilizatoria diferente, están llamadas a jugar un papel central del lado de las fuerzas que luchan por la supervivencia de la especie. Su contribución es múltiple, ya que para defender su cultura están obligados a proteger la naturaleza, y al realizar esta doble función garantizan, a escala local, la autogestión política y económica de sus comunidades y, en el ámbito global, su aporte solidario con el resto de los seres que forman la especie humana.

## **Movimientos sociales**

Los movimientos sociales contemporáneos suceden en un contexto, donde el desarrollo modernizador, en especial su etapa neoliberal, tiene un gran peso que se extiende por muchos territorios del planeta, al abarcar a buena parte de los seres humanos. El neoliberalismo es dominante y se encuentra presente en las actividades económicas, en los discursos y las acciones políticas, en los medios de comunicación y en distintos ámbitos de la vida cotidiana. En el plano ideológico se estructura a partir del pensamiento único, que como se mencionó con anterioridad, postula como fundamentos el fin de la historia y el triunfo del mercado, al asumirse como el único camino posible para el desarrollo de las sociedades. De este modo, los movimientos sociales se enfrentan al reto de construirse en un contexto adverso, donde el peso y la prevalecencia del pensamiento domi-

nante es un factor de desmovilización y desánimo entre los ciudadanos ante la dimensión de la tarea.

El contexto actual también se caracteriza por la naturaleza compleja de la crisis de la modernidad, que incluye aspectos ecológicos, económicos, sociales, culturales y humanos y que en su conjunto constituyen un entramado de interrelaciones difíciles de identificar con claridad. De tal suerte que los problemas de los distintos grupos sociales no sólo son económicos, ecológicos o políticos sino más bien responden a una compleja red de causas, que además rebasa ampliamente los límites espaciales de estos grupos y va más allá de su composición de clase, etnia o género. Los movimientos sociales se construyen entonces intentando fijar una visión amplia de la problemática en su conjunto, y para ser coherentes buscan articular las distintas demandas de los diversos grupos sociales atendiendo a puntos de confluencia comunes.

Otro elemento del contexto en el que se gestan los movimientos sociales viene dado por el descrédito y el escepticismo que la democracia representativa y sus componentes han generado entre los ciudadanos. El papel que juegan los partidos políticos, los sindicatos y las organizaciones políticas es puesto cada vez más en cuestión ante su incapacidad para resolver las demandas de la sociedad que, a su vez, intenta tener mayores niveles de participación en las decisiones sobre el desarrollo. Los movimientos sociales tienen ante sí el desafío de imaginar y practicar nuevas formas de gestión política que se orienten hacia formas de democracia participativa, local y descentralizada, para que respondan a las necesidades de los distintos actores sociales y reviertan el escepticismo actual ante el hacer político, buscando justamente otras formas de organizar a la comunidad.

Estos movimientos se generan en un contexto complejo y novedoso que plantea enormes retos, así como la búsqueda continua de alternativas ante la crisis actual. De acuerdo con Touraine, los movimientos sociales son, por un lado, una lucha por el poder y, por otro, el combate por una visión de la sociedad y del mundo. Por eso los movimientos sociales defienden un modo de uso social de valores morales en oposición al que trata de imponer su adversario so-

cial (1998: 100–104). Referencias morales y conciencia de un conflicto con un adversario social son las dos caras inseparables de los movimientos sociales. Estas referencias morales no se pueden confundir con el discurso de las reivindicaciones materiales —porque estas procuran modificar la relación entre costos y beneficios—, en virtud de que el discurso moral de los movimientos sociales habla de libertad, de proyecto de vida, de respeto a los derechos fundamentales, es decir, cuestiones que no se pueden reducir a ganancias materiales o políticas.

Según Touraine (1998), los movimientos sociales son un esfuerzo por unir la lucha contra unos enemigos siempre amenazantes y por defender los derechos sociales y culturales, esfuerzo que nunca alcanza su meta por completo, de modo que los movimientos son siempre fragmentarios y llenos de contradicciones. Es fundamental entonces el papel de la sociedad civil, entendida como el vínculo de las acciones colectivas en pro de la liberación de actores y movimientos sociales, pues está contra el funcionamiento de la economía dominada por la ganancia y la voluntad política de dominación. Siguiendo a Touraine, los movimientos sociales son un conjunto cambiante de debates, tensiones y desgarramientos internos, donde conciencia, recreación estética, estrategia política y solidaridad de base se mezclan, relacionan y articulan, sin la formulación de un mensaje doctrinario y político, sino ante todo ético (1998: 100–104).

En este libro se ha discutido cómo el proyecto civilizatorio occidental se orienta hacia la modernización de las culturas campesinas e indígenas y a la industrialización de los espacios rurales como paso inevitable hacia el desarrollo. Los impactos sociales, ecológicos, culturales y económicos de este desarrollo han sido muy graves para la población rural del mundo que a través de la historia ha realizado diversos procesos que combinan resistencia, movilización y rebelión para defender sus formas de vida. Los tiempos recientes han sido testigos de la emergencia de actores y movimientos sociales campesinos e indígenas, tanto en México como en América Latina y el mundo, que en sus demandas y estrategias presentan innovaciones relevantes respecto a las formas de movilización y organización y que

desde una perspectiva global intentan articularse para construir caminos alternativos al desarrollo rural de corte neoliberal.

### **Movimientos campesinos**

Los campesinos a lo largo de la historia han desempeñado un papel relevante en las transformaciones sociales y en la actualidad mantienen un importante peso político, económico y cultural en el mundo, en especial, en los países del hemisferio sur. Las sociedades campesinas han sido destacados actores políticos y participantes directos en las principales transformaciones sociales y políticas. Eric Wolf (1982) muestra en forma clara el decisivo rol que han desempeñado en las revoluciones del siglo XX, al analizar en detalle los casos de México, Rusia, China, Vietnam, Argelia y Cuba. Para el caso de América Latina, Huizer (1980) aborda en profundidad el potencial revolucionario de los campesinos y documenta cómo en diferentes contextos han tenido, y continúan teniendo, plena vigencia como actores políticos transformadores. Una breve revisión de los principales movimientos sociales latinoamericanos, desde la época colonial y las rebeliones de indios, pasando por las luchas de independencia hasta los tiempos actuales, revela la presencia campesina e indígena en las movilizaciones sociales.

El proyecto modernizador y sus estrategias —industrialización de la agricultura y mercantilización de las economías campesinas— ha tenido impactos devastadores en las culturas rurales, en sus organizaciones comunitarias y en sus recursos naturales. Esta situación se ha agudizado en la etapa neoliberal, pues se han intensificado los procesos de modernización del campo en todo el mundo, pero de una manera más grave en los países del sur, donde además no existen los mecanismos estatales de protección y subsidio a los campesinos. A partir de los resultados obtenidos estos cuestionan al proyecto modernizador y, por tanto, a la industrialización y la urbanización como objetivos del desarrollo.

Los movimientos campesinos recientes proponen una nueva relación entre la agricultura y la naturaleza, valorada desde otras racionalidades económicas, pero también su-

gieren una nueva vinculación entre el campo y la sociedad urbana en la que las culturas rurales y sus formas de vida sean reconocidas y aceptadas. Los movimientos campesinos son de naturaleza muy diversa y sus demandas contemplan una amplia gama de aspectos como tierra, mercados, precios, créditos o protección ecológica. Sin embargo, y más allá de esta diversidad, coinciden en la búsqueda de mantener su identidad cultural como campesinos, por medio de formas de organización y producción que les permitan continuar siendo culturas rurales.

En esta búsqueda, los movimientos campesinos han experimentado cambios en sus estrategias y después de formar parte orgánica de organizaciones políticas y partidos, en la actualidad sus esfuerzos se orientan a establecer articulaciones con movimientos sociales de muy diferentes tipos —ecologistas, de consumidores, indígenas, urbanos, organizaciones no gubernamentales—, con la perspectiva de construir acuerdos comunes y, a partir de estos, ampliar su fuerza política en las ciudades. Además, han iniciado trabajos de relación con movimientos similares en otras partes del mundo que les han servido para constituir redes y organizaciones que actúan en un ámbito global.

Un ejemplo de los movimientos actuales es Vía Campesina, una instancia global de agricultores formada por 69 organizaciones de 37 países de los cinco continentes, que van desde la Confederación Campesina de Francia hasta el Movimiento Sin Tierra de Brasil. Vía Campesina ha insertado de nuevo la cuestión rural en el debate público internacional y viene defendiendo a la agricultura como un elemento central en las estrategias de desarrollo rural. Esta instancia propone la integración productiva de los campesinos, así como la autosuficiencia y soberanía alimentaria, además exige la renegociación de los acuerdos comerciales, el control social de las empresas agroalimenticias, el freno a las importaciones de transgénicos y el fortalecimiento de la economía familiar campesina. También cuestiona de forma amplia a la Organización Mundial del Comercio (OMC) y sus políticas neoliberales en el sector rural. De igual forma ha participado de manera activa en las redes inter-

nacionales por una globalización alternativa en Seattle, Génova y Porto Alegre (Bové y Dufour, 2001).

Vía Campesina defiende la libertad de los pueblos a elegir sus alimentos y su cultura, pues desde su perspectiva la agricultura no es un sector aparte ni se puede reducir a una mera actividad productiva. Los hábitos de consumo, la calidad de los alimentos, la gastronomía, la identidad cultural y el vínculo social dependen de la agricultura y conforman lo agro cultural, por tanto, el porvenir de los campesinos es indisoluble del futuro del resto de los ciudadanos. “[...] la agricultura se ha convertido en un motor de cambio, porque ni el mundo ni los seres humanos podemos ser tratados como simples mercancías” (Bové y Dufour, 2001: 18).

### **Movimientos indígenas**

Los pueblos indígenas conforman, junto con los campesinos, la mayoría de los productores rurales del mundo y son los pobladores originarios de los territorios, pues sus culturas han habitado estos espacios durante muchas generaciones. De acuerdo con Toledo (2000), varios criterios definen a los pueblos indígenas: son descendientes de los habitantes originales de un territorio sometido por conquista; son pueblos agrarios que trabajan como agricultores, pastores, cazadores, recolectores, pescadores y artesanos, que adoptan una estrategia de uso múltiple de la naturaleza; practican una forma de producción rural a pequeña escala, intensiva en trabajo, con pocos excedentes y necesidades energéticas bajas; no tienen instituciones políticas centralizadas sino comunitarias que funcionan con base al consenso; comparten lenguaje, religión, creencias, valores morales, vestimentas y otras características identitarias, así como la relación con un terreno particular; tienen una cosmovisión de respeto hacia la tierra y los recursos naturales, basada en un intercambio simbólico con el universo natural; viven subyugados por una cultura y una sociedad dominantes y se componen de individuos que subjetivamente se consideran a sí mismos como indígenas.

Los movimientos indígenas en América son el resultado de dilatados procesos de lucha, que desde la invasión europea han mantenido los pueblos originarios en demanda del

respeto a sus culturas, a sus derechos y a sus territorios. Sin embargo, es más reciente la estrategia de los movimientos indígenas para articularse entre ellos y a partir de ahí relacionarse con otros movimientos sociales en el contexto de luchas más amplias, como por ejemplo en contra del proyecto civilizatorio occidental y sus consecuencias. Este proyecto ha sido durante siglos la causa principal de la destrucción de las culturas indígenas en todo el mundo, y al intensificarse su profundidad y alcance durante esta etapa neoliberal sus impactos sobre los pueblos originarios han sido aún más dramáticos. En la actualidad, los indígenas son los más pobres y marginados, sus culturas están desapareciendo rápidamente y sus espacios naturales se degradan en forma acelerada, mientras los estados nacionales se empeñan en modernizarlos para integrarlos al desarrollo.

Estos movimientos, al cuestionar el proyecto occidental, someten a la discusión pública la necesidad de considerar distintas alternativas de crecimiento y fortalecen la idea de que la diversidad cultural es en sí una riqueza que la humanidad en su conjunto debe conservar y favorecer. Además, proponen la construcción de proyectos civilizatorios alternativos que consideren sus conocimientos, sus prácticas y, de manera especial, sus formas de relación entre cultura y naturaleza, pues estas han demostrado a lo largo del tiempo que pueden ser más sustentables que en las sociedades modernas, así como que resultan de gran relevancia en la actual crisis ecológica.

La diversidad de las demandas de los movimientos indígenas es muy amplia y está estrechamente vinculada con los contextos particulares de cada pueblo indio, sin embargo, según De la Peña (1998), se pueden agrupar en los siguientes grandes temas: el territorio comunitario inalienable; la vigencia de las formas propias de gobierno y derecho consuetudinario; el establecimiento de territorios e instituciones multicomunitarias regionales, el respeto a sus lenguas y otras expresiones culturales; el apoyo a los sistemas de producción comunitarios y a las formas locales de protección al medio ambiente, y la participación en las propias instituciones centrales de un estado pluricultural y pluriétnico.

Desde esta posición, estos movimientos han ido incrementando las articulaciones entre ellos y han ido construyendo agendas comunes de demandas y reivindicaciones, más allá de la dimensión local, para atender una perspectiva más global que conlleva el establecimiento de redes y organizaciones nacionales, continentales e internacionales. Esta estrategia ha caminado en forma paralela a la construcción de relaciones con diversos movimientos sociales —campesinos, ecologistas, organizaciones no gubernamentales, ciudadanos urbanos— en torno a aspectos compartidos, permitiendo difundir de manera más amplia sus planteamientos y abrir mayores espacios de participación social y política.

A manera de ejemplo vale la pena referirse al caso de los indígenas de Chiapas, organizados en el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), pues este movimiento recoge la larga tradición de resistencia de los indígenas mayas y, desde sus formas de organización cultural, construye una fuerza ética que cuestiona a fondo el proyecto neoliberal del gobierno mexicano y la racista indiferencia de la sociedad mexicana. Los indígenas zapatistas decidieron manifestarse ante la puesta en marcha del Tratado de Libre Comercio firmado con Estados Unidos y Canadá, que significa una grave amenaza contra la economía campesina del país. Las reivindicaciones de los indígenas han movilizado la solidaridad y el apoyo activo de una gran diversidad de organizaciones y movimientos, a escala nacional e internacional, que han impedido la represión abierta del estado mexicano. Los zapatistas también han lanzado una serie de novedosas propuestas políticas, desde una perspectiva global, que sugieren maneras alternativas de gobernarse y desarrollarse para hacer frente al neoliberalismo y que han demostrado la potencialidad de los movimientos indígenas para el diseño social de proyectos civilizatorios alternativos.

### **Movimientos ecologistas**

En los procesos por encontrar alternativas al desarrollo modernizador, el ecologismo ha jugado un papel fundamental en su crítica a los impactos ambientales y humanos de las sociedades industrializadas, y en ese camino han en-



contrado múltiples coincidencias con los campesinos e indígenas que defienden sus hábitats y sus culturas. Según Leff, el ecologismo “[...] replantea las formas de incorporación de la población a la vida económica y política, mediante la distribución del poder y de la riqueza, la propiedad de la tierra y los medios de producción, el acceso y apropiación de los recursos naturales” (1994: 393). Así, este movimiento promueve la participación democrática de la sociedad en el aprovechamiento de sus recursos productivos, tanto de los actuales como de los potenciales, para satisfacer las necesidades y aspiraciones de las mayorías que pueblan el mundo actual, así como para asumir un compromiso con quienes lo habitarán en el futuro. El ecologismo promueve nuevos estilos de desarrollo, orientados por principios de descentralización económica, autogestión productiva, diversidad étnica y calidad de vida.

Con estos planteamientos, los movimientos ecologistas proponen alternativas al desarrollo neoliberal dominante, intentando encontrar salidas a la crisis ambiental global y, por tanto, a la crisis de la modernidad, al ubicar el debate en sus causas más profundas —las relaciones entre sociedades y naturaleza. Estos movimientos tienen en consecuencia una composición transectorial y trasclasista y sus demandas adquieren dimensiones globales, orientándose hacia la construcción de una conciencia de especie como el punto de encuentro de proyectos de desarrollo alternativos.

Un ejemplo es el movimiento iniciado por Chico Mendes con los seringueiros en Brasil, que en su lucha por defender el Amazonas y la conservación y el manejo local de la naturaleza puso en evidencia el carácter global de la depredación de los recursos naturales y los intereses de gobiernos y empresas transnacionales. También demostró como estos esfuerzos de resistencia mantienen puntos de encuentro con otros movimientos en el mundo, permitiendo de esta manera articulaciones sociales de presencia global e incorporando a muy diversos actores locales, nacionales y mundiales.

Los movimientos ecologistas son una realidad y, a pesar de sus diversos tipos y diferentes formas de organización, aparecen como movimientos sociales de gran relevancia y

potencialidad. Según Leff, el movimiento ecologista en América Latina se encuentra “[...] constituido por agrupaciones dispersas que muestran una débil identidad, cohesión y continuidad así como la falta de una estrategia eficaz frente al poder hegemónico del Estado y al orden económico mundial” (1994: 392). Sin embargo, en el espacio de marginación, segregación y exclusión que produce la actual racionalidad económica y el poder centralizado, estos nuevos protagonistas sociales han poblado la escena política, demandando formas autogestionarias de organización que rebasan a los partidos políticos y contribuyen a la emergencia de una nueva cultura política y de proyectos alternativos de desarrollo.

### ***Organizaciones no gubernamentales***

Otro movimiento social de reciente aparición y una creciente presencia en el entorno global son las organizaciones no gubernamentales. Si bien estas han adquirido especial relevancia como una reacción ante la desconfianza e ineficiencia de los gobiernos y los partidos tradicionales, su crecimiento se debe fundamentalmente a su capacidad para actuar como espacios de encuentro entre diversos actores de la sociedad civil, quienes buscan formas más autogestivas y participativas de organizarse para sus proyectos de desarrollo. Las organizaciones no gubernamentales se van construyendo como una red de relaciones entre ciudadanos, quienes comparten sueños y preocupaciones, así como una actitud de intervenir en los problemas de su tiempo.

Estas organizaciones aglutinan una amplia diversidad de temáticas, ámbitos, actores y espacios, y entonces resulta difícil encontrar un concepto que abarque dicha diversidad. Para efectos de este libro se integraron en este término las llamadas organizaciones de base, las organizaciones de apoyo a bases, las organizaciones de desarrollo y las distintas redes que se forman entre ellas, sea a escala local, nacional o global. Resulta relevante incluir también a las organizaciones y movimientos de solidaridad y cooperación, que se generan desde iniciativas ciudadanas y que suelen tener afinidades con el pensar y el hacer de las organizaciones no gubernamentales.

El movimiento de este tipo de instancias ha ido construyendo caminos alternativos al desarrollo y su participación es especialmente relevante en aspectos como los derechos humanos, las etnias, el género, el medio ambiente, el desarrollo rural y la economía social. En este quehacer se han encontrado con las organizaciones campesinas e indígenas y han desempeñado un papel importante acompañando a las experiencias locales y de base. Estas experiencias son innumerables en distintas partes del mundo y representan un cuestionamiento directo a los gobiernos, pues han sido capaces de generar, con reducidos recursos financieros y humanos, resultados e impactos favorables a las mayorías, en abierta contradicción con los planes de gobierno.

La situación anterior replantea a fondo las relaciones entre estados y ciudadanos y pone en tela de juicio las formas de gobierno del desarrollo modernizador. El debate se extiende hacia cuestiones como la autonomía, la descentralización y la autogestión, en la perspectiva de incentivar democracias mucho más participativas que signifiquen una alternativa al actual sistema representativo, en el que las decisiones sobre el desarrollo de las sociedades, así como el uso y la distribución de los recursos son ajenas en su totalidad a los ciudadanos.

### **Rasgos comunes**

Una vez discutidos algunos de los elementos más importantes de los movimientos sociales se presentan aquellos rasgos comunes que son más relevantes. El primero se refiere al cuestionamiento que hacen del proyecto civilizatorio modernizador y sus procesos de desarrollo rural. Este planteamiento es sobre todo ético y se realiza desde diferentes perspectivas, socavando los fundamentos del modelo de crecimiento dominante. De esta manera, los ecologistas cuestionan las relaciones entre las sociedades y la naturaleza, mientras que las organizaciones no gubernamentales proponen formas alternativas de gestión del desarrollo. Por su parte, los indígenas cuestionan la matriz cultural del proyecto modernizador y proponen la diversidad cultural como una opción, en tanto que los campesinos a su vez demandan una reconsideración de la vida rural y comunitaria en

oposición a la industrialización de la naturaleza. Así pues, existe un rasgo común presente en estos movimientos sociales y se expresa en el rechazo al desarrollo dominante y a sus impactos ecológicos, sociales, económicos y culturales en el medio rural.

Otro rasgo consiste en la capacidad de los movimientos campesinos e indígenas de formular propuestas viables de desarrollo rural que pueden ser implementadas como políticas públicas. Los movimientos sociales del campo, a partir de sus experiencias locales, han sido capaces de aportar elementos relevantes para las estrategias de desarrollo rural y también han mostrado capacidad de negociación y discusión con las instancias internacionales en los foros globales. Entre los elementos comunes a las diferentes propuestas se encuentran los siguientes: el fortalecimiento de la agricultura familiar; la multifuncionalidad de las actividades agropecuarias; el acceso a la tierra y los recursos naturales; la promoción de la cultura y la vida en el campo; la sostenibilidad rural; el comercio justo, y la gestión local de los procesos de desarrollo.

Hay un tercer rasgo presente que se refiere a la búsqueda de nuevas formas de relación entre estos movimientos y se expresa en articulaciones alrededor de acciones y demandas comunes que van más allá del carácter clasista o territorial de los involucrados. Los movimientos sociales rurales buscan, desde lo local, organizarse en redes o instancias orientadas hacia lo global y mantienen una distancia crítica respecto a los partidos y las organizaciones políticas convencionales. Un componente central de este rasgo consiste en la diversidad de actores, temas, estrategias, demandas y formas de organización que los constituyen. Esta diversidad, si bien refleja una sana pluralidad de movimientos y propuestas, también ha ocasionado una amplia dispersión y ausencia de cohesión más allá de ciertas coyunturas. La presencia e importancia de este rasgo en los movimientos sociales demanda la construcción creativa de estrategias diferentes que fortalezcan y potencien esta diversidad.

## Capítulo VII | Políticas agrícolas y desarrollo rural

---

Las políticas agrícolas se diseñan e instrumentan en el contexto de determinados modelos de desarrollo y su operación corresponde a las nociones que sobre lo rural son establecidas en los proyectos civilizatorios.

Según Dufumier, las políticas agrícolas son “[...] aquellas intervenciones destinadas a organizar las condiciones técnicas, sociales, económicas y ambientales de la producción agropecuaria [y] expresan la voluntad política de orientar la agricultura de acuerdo a la correlación de fuerzas entre actores sociales vigente en las sociedades” (1990: 22; la traducción es del autor). Por tanto, el análisis de estas se debe hacer en esos marcos contextuales que las originan y les otorgan sentido.

### **Neoliberalismo y medio rural**

El neoliberalismo es en esencia la continuación del proyecto civilizatorio occidental y, en ese sentido, conserva sus rasgos fundamentales; sin embargo, presenta algunos elementos novedosos —la globalización económica, el mercado, el papel del estado, el pensamiento único— para mantener su hegemonía. A partir de estos elementos se analizan las grandes líneas sobre las que se estructuran las relaciones entre el desarrollo neoliberal y el medio rural.

### *Cambios en la estructura productiva*

El cambio en la estructura productiva de los sectores agropecuarios ha pasado de la producción preferente de cultivos para el consumo interno a la producción para el

mercado externo. Siguiendo a Appendini (1995), las políticas agrícolas se diseñaron para flexibilizar al sector agropecuario hacia producciones diversificadas y sumamente rentables, en contraste con los rígidos cultivos básicos, y sobre esta base se desarrollaron las producciones de ganado bovino, hortalizas, frutales y flores para el mercado externo. Estas políticas se han orientado hacia la especialización y las ventajas comparativas, incrementando de forma considerable la dependencia alimentaria del exterior.

La situación anterior es en especial drástica para aquellos países que han reconvertido su sector agrícola hacia la exportación y, por tanto, tienen que recurrir a importaciones masivas de los productos básicos para consumo popular que cada vez se alejan más de las posibilidades de las mayorías, de acuerdo con Appendini (1995). Esta dependencia alimentaria también ocasiona la disminución de los márgenes de autonomía política de estas naciones frente a quienes les venden los granos básicos.

Así, se camina hacia una nueva especialización entre países, pues los más desarrollados protegen sus agriculturas y se dedican a producir y exportar granos básicos a las naciones del hemisferio sur, que son productores a su vez de artículos menos esenciales e importadores de alimentos básicos. Esta modificación de la estructura productiva cambia los patrones de intercambio tradicionales entre países, al utilizar como criterio para definir la producción agrícola de una nación la demanda del mercado externo más que la satisfacción de las necesidades alimentarias de la población.

Sin embargo, en torno a este tema hay conflictos constantes, dado que los países desarrollados y las organizaciones multilaterales presionan hacia una mayor liberalización de la agricultura en el ámbito global, aunque al interior de sus fronteras fomentan acciones de proteccionismo para sus granos y productos básicos. Dicha contradicción siempre está presente en las negociaciones mundiales sobre el tema y refleja las tensiones que el sector agrario genera por su papel estratégico en la seguridad alimentaria de las sociedades.

### **Instancias multinacionales**

Los cambios en la estructura productiva de los sectores rurales están estrechamente relacionados con la irrupción en la agricultura de los nuevos agentes económicos de carácter supranacional: las empresas transnacionales y los organismos multilaterales. De acuerdo con McMichael, “Hoy, los alimentos se producen no tanto como mercancías negociables en los mercados mundiales sino más como productos de las relaciones de la agricultura mundial (‘world farm’), donde las agroempresas integran las regiones de agroexportación en relaciones globales de recursos (*inputs* y/o productos finales)” (1998: 125).

El actual funcionamiento de la agricultura global proviene tanto de la creciente dominación que los grandes complejos agroalimentarios imponen en los mercados masivos de consumo urbano, como del agresivo movimiento que tendente a su dominio persiguen los promotores de la globalización. La determinación de las políticas alimentarias, resultado de las presiones de estas empresas, surge de la utilización de la Organización Mundial del Comercio (OMC), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) para desregular las políticas agrícolas y alimentarias en todo el mundo, desde la perspectiva de universalizar el modelo de agricultura industrial del hemisferio norte, bajo la bandera del libre mercado.

Los complejos agroalimentarios incluyen en sus procesos productivos desde el paquete tecnológico en los cultivos por contrato con los agricultores, pasando por la transformación y transporte de los alimentos, hasta los supermercados de consumo, según McMichael (1998). En estos complejos participan de diversas formas las grandes empresas transnacionales, quienes controlan parcial o totalmente los procesos. Las corporaciones se benefician de la liberalización y la desregulación, ya que premian la movilidad del capital por medio de la reducción de los costos institucionalizados. Las compañías de alimentos, los comerciantes de granos y la industria química utilizan a la OMC para hacer desaparecer de manera progresiva las protecciones a la agricultura, eliminar la administración de la oferta y bajar precios mediante la exposición de los agricul-

tores a los costos diferenciales de la mano de obra y la regulación ecológica.

Por medio de la reducción de apoyos a los precios, las empresas organizan ventajas comparativas mundiales, obteniendo materias primas de una amplia variedad de regiones, que son incorporadas al mercado libre mundial, y reciben ganancias de los subsidios indirectos para exportación a la agricultura de Estados Unidos y la Unión Europea. Los complejos agroalimentarios además ganan acceso a los nuevos mercados de consumidores, los que se forman al eliminar las protecciones al consumo y a las producciones locales.

La influencia de los complejos agroalimentarios “[...] sobre las políticas agrícolas nacionales es una estrategia tanto comercial como productiva. Las compañías intentan capturar nuevos mercados a través de la compra directa de cultivos y alimentos procesados o tratan de organizar directamente la producción agrícola” (McMichael, 1998: 151). Así, emergen nuevas formas de comercialización masiva de las mercancías producidas bajo contrato en múltiples localidades, en especial de frutas y hortalizas, impulsadas por el fenómeno del hipermercado. Esta relación contractual integra a los productores en una empresa esencialmente industrial, en la que las semillas híbridas se combinan con insumos químicos. La coordinación global de sitios múltiples de producción para obtener productos frescos todo el año se logra por medio de la tecnología de la información.

### ***Los estados y el desarrollo rural***

Las propuestas neoliberales respecto a las funciones del Estado han tenido un impacto crucial en la agricultura, un sector que por sus características propias ha figurado en la escena de la intervención gubernamental. En el contexto actual, las decisiones sobre políticas agrícolas rebasan de manera amplia a los estados nacionales y son tomadas por organismos multilaterales, quienes atienden a las presiones de los países desarrollados y de las empresas transnacionales. Estas políticas se reflejan, por ejemplo, en los programas de ajuste de impuestos a las naciones con crisis económica como condición para otorgarles apoyos financieros.



Las nuevas políticas gubernamentales se basan en la privatización económica, la inversión extranjera y la apertura comercial, junto con la disminución de los subsidios, del gasto público y el retiro del estado de los procesos de regulación y comercialización de la actividad agropecuaria. Estas políticas también incluyen cambios en las legislaciones agrarias y pretenden crear las condiciones para transformar el capital privado, nacional y extranjero en el principal agente de reactivación del sector agropecuario.

Teubal (1998) señala que entre las políticas agrícolas más comunes se encuentra el fin de los subsidios, de los precios sostén o de garantía y de los créditos accesibles. Estas acciones son acompañadas por abruptas medidas de liberalización arancelaria y aperturas al exterior que, en muchos casos, imposibilitan a las agriculturas nacionales competir con productos internacionales sumamente subsidiados en sus países de origen —como es el caso de la Unión Europea y Estados Unidos. Además, el crédito se hace caro y los agricultores se enfrentan con precios cambiantes e inestables. Asimismo, se reducen los recursos públicos destinados a la asistencia técnica y la extensión, a la investigación científica y tecnológica, así como a la inversión en infraestructuras.

En América Latina, las reformas a la agricultura precedieron a la ronda de Uruguay del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (General Agreement on Tariffs and Trade, GATT) y a los cambios en las políticas agrícolas europea y estadounidense, que se remontan a la década de los años ochenta del siglo XX. De acuerdo con Fritscher, “[...] a raíz de la crisis de la deuda en los años ochenta, los países en desarrollo fueron conminados por las agencias financieras internacionales (FMI y Banco Mundial) a emprender un proceso de ajuste en sus economías, que contenían desregulaciones, privatizaciones, la cancelación de apoyos y subsidios estatales y finalmente la apertura comercial” (1998: 69). Esto significó en la práctica que el otorgamiento de nuevos préstamos se condicionaba a la puesta en marcha de las reformas mencionadas, de tal forma que la globalización de la agricultura encontró en los

países latinoamericanos un terreno ya preparado para sus políticas.

Los estados nacionales, atendiendo a los dictados del pago de la deuda y de la reforma del mercado, están reconstruyendo a las regiones rurales del hemisferio sur como plataformas de la agroexportación. Los agronegocios prosiguen con el proyecto neocolonial de socavar a los campesinos locales con importaciones de alimentos subsidiados y extienden la tecnología de la revolución verde a la producción de nuevos cultivos de exportación. Así, la seguridad alimentaria nacional de los países del cono sur se convierte en dependencia de las regiones granero del mundo, es decir, de los países desarrollados (McMichael, 1998).

### *Relaciones entre agricultura y naturaleza*

En capítulos previos se señaló cómo el desarrollo modernizador considera a la naturaleza una fuente inagotable de recursos y cómo la industrialización de la agricultura muestra con claridad la concepción que el proyecto civilizatorio occidental tiene de sus relaciones con el medio ambiental. Sin embargo, y a pesar de la crisis ecológica de carácter global que eso ha provocado, la etapa neoliberal promueve la intensificación en el uso de los recursos naturales y propone al mercado como el agente racionalizador de su uso.

Congruente con esta postura, el neoliberalismo sostiene que las agriculturas de todos los países se deben estructurar en torno a los postulados de la economía de mercado, pues esta garantizará la conservación y utilización a largo plazo de los ecosistemas. Dado lo anterior, las formas comunitarias y tradicionales de la economía rural no sólo son un obstáculo para el desarrollo moderno sino que además son la razón del deterioro de la naturaleza y, por tanto, un impedimento para el equilibrio ecológico, entonces estos agricultores y campesinos deben ser incorporados a la economía de mercado.

El desarrollo neoliberal se encamina a intensificar los procesos de industrialización de la agricultura, y afirma su confianza en las ciencias convencionales que proponen lograr la modernización, por medio de un uso masivo de los paquetes tecnológicos surgidos a partir de la revolución

verde y que en la actualidad están acompañados por las nuevas biotecnologías. La propuesta tecnológica se basa en el monocultivo, la mecanización y la utilización de semillas transgénicas, fertilizantes químicos, hormonas, combustibles fósiles y plaguicidas, a fin de lograr la competitividad en los mercados internacionales. Esta propuesta se estructura en torno a la noción de productividad económica como único criterio para evaluar el comportamiento de las actividades agropecuarias y excluye cualquier visión más amplia que incorpore criterios sociales, culturales o ecológicos. Así, por ejemplo, los impactos ecológicos causados por las externalidades de los procesos productivos no son responsabilidad de quien los ocasiona sino que constituyen una forma de aumentar los rendimientos o bien de reducir costos para incrementar la productividad del capital.

En los países del Sur esta situación alcanza niveles preocupantes, pues los gobiernos están empeñados en seguir las instrucciones de los organismos multilaterales y abren las agriculturas nacionales a los complejos agroalimentarios con toda clase de ventajas institucionales, financieras y fiscales. Las empresas instalan sus formas de agricultura por contrato para exportar y emplean paquetes tecnológicos sumamente contaminantes —que incluso pueden estar prohibidos en sus países de origen—, desplazan a los cultivos tradicionales con sustitutos como las hortalizas, las flores, el ganado o los frutales, y utilizan de forma intensiva los recursos naturales. De este modo, la competitividad de los países tiene costos ecológicos que no asumen las compañías, ni los consumidores de las naciones desarrolladas, sino que son cargados a los campesinos y ciudadanos de los países del Sur. El ciclo se cierra cuando el estado de degradación de los recursos hace inviable la operación de las empresas y estas se retiran buscando nuevos ecosistemas en otras regiones.

### **Políticas agrícolas y sustentabilidad rural**

Los impactos de la agricultura industrializada están reconocidos y es claro el riesgo que su utilización conlleva para los ecosistemas naturales. Este factor, aunado a la creciente presión ciudadana que demanda un medio ambiente más

sano y una alimentación confiable, ha llevado a los gobiernos nacionales a aceptar estos riesgos y a poner en funcionamiento legislaciones y acciones normativas que tienden a controlar, por ejemplo, el uso de agroquímicos tóxicos en alimentos, aguas y suelos como un intento de paliar los efectos negativos en la salud humana.

Ya se ha dicho como la crisis ecológica global ha llevado a cuestionar los modelos de desarrollo dominantes y a buscar alternativas desde la sustentabilidad. La agricultura industrializada es responsable de una importante cantidad de daños ambientales y no ha podido escapar a este cuestionamiento, que en diversos matices proviene de diferentes actores sociales e instituciones. La crítica más profunda ha sido de los movimientos sociales que se analizaron en el capítulo anterior. Este apartado da cuenta de algunos planteamientos y experiencias que en el ámbito institucional se han hecho para la agricultura y la sustentabilidad rural.

Si bien la tendencia prevaleciente en las políticas agrícolas globales se orienta hacia una lógica de utilización intensiva de los recursos naturales, también se van generando ideas emergentes que buscan revertir o por lo menos disminuir los impactos ambientales de la agricultura industrializada y los riesgos que esta implica para las sociedades humanas. A continuación se presentan dos casos que, por la importancia y peso político de las instituciones involucradas, resultan ilustrativos de lo que sucede a escala global. Uno es la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y otro es la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), institución que agrupa a los 25 países más industrializados y de la que México es miembro desde 1994. También se analizarán las políticas agrícolas de la Unión Europea hacia la multifuncionalidad rural, así como la experiencia del estado de Rio Grande do Sul, en Brasil, y sus esfuerzos por lograr el desarrollo rural sustentable.

### *Organización de las Naciones Unidas*

El trabajo de la ONU en torno a la agricultura sustentable se ubica dentro del marco de los acuerdos establecidos por 170 países del mundo, durante la Cumbre de la Tierra cele-

brada en Río de Janeiro, en 1992, y plasmados en la llamada *Agenda 21*. Esta última dedica al tema el capítulo 14 titulado “Fomento del desarrollo agrícola y rural sostenible”. Al igual que el resto de la *Agenda 21*, este es un documento que formula recomendaciones a los gobiernos y a las organizaciones internacionales sin establecer compromisos, ni mecanismos de seguimiento y evaluación (Grupo de Estudios Ambientales, GEA, 1993).

Algunos de los aspectos más relevantes del texto referido son los siguientes: políticas agrícolas para el abasto alimentario y el desarrollo sustentable; participación popular y el desarrollo de recursos humanos; mejorar los sistemas agrícolas y diversificar el empleo agrícola y no agrícola; la planeación, información y educación agropecuarias; la rehabilitación y conservación de los suelos; la conservación y uso sustentable del acervo genético de las plantas y el manejo integrado de plagas (ONU, 1993). También contiene algunos avances significativos en el contexto de las tendencias emergentes entre las que destacan: la necesidad de la seguridad alimentaria en las regiones y países; la relevancia de que participen los movimientos populares, las mujeres, los agricultores, los pueblos indígenas y las comunidades rurales; la importancia de la biodiversidad; el reconocimiento de la agricultura alternativa; el apoyo a los sistemas de conocimiento tradicional e indígena, y el llamado a instaurar una red internacional de agricultura ecológica (GEA, 1993).

La *Agenda 21*, en concreto el capítulo 14, no incluye la totalidad de las demandas de los ciudadanos y organizaciones, pero sobre todo muchos países nunca han cumplido los compromisos asumidos. Sin embargo, el documento y sus propuestas son un ejemplo relevante de la existencia de una tendencia emergente que atiende a las cuestiones de la agricultura sustentable. Además, proporciona un marco ético y jurídico de carácter internacional que da fundamento y resonancia a las reivindicaciones y luchas de las organizaciones ecologistas, campesinas e indígenas, en sus respectivos países y contextos.

## *Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos*

La postura de la OCDE resulta interesante porque representa el punto de vista de los países más industrializados del mundo acerca de las cuestiones de la sustentabilidad de las actividades agropecuarias y además refleja el nivel de preocupación y aceptación que esas naciones tienen sobre los riesgos de la agricultura industrializada. Es claro que en ese grupo de países están quienes imponen las condiciones de la agricultura mundial y también que sus niveles de consumo y formas de producción presionan fuertemente hacia la insustentabilidad de la agricultura. Sin embargo, es relevante reconocer la existencia de una tendencia que reclama considerar estos aspectos.

De acuerdo con la OCDE, la agricultura al ocupar una superficie importante de los ecosistemas terrestres debe considerar de vital importancia la cuestión de la sustentabilidad. Para los países en los que sus sectores agrícolas son capaces de satisfacer las necesidades domésticas de alimentos y fibras, así como de exportar excedentes, su preocupación actual es conservar el capital natural —fertilidad de los suelos, agua limpia, ecosistemas naturales—, para legar a las futuras generaciones su nivel de bienestar (OCDE, 1995). Las naciones reconocen que la expansión de las ciudades y la urbanización son factores que influyen en la sustentabilidad de sus sectores agrícolas, sin embargo, la degradación de los ecosistemas rurales es causada por las tecnologías y las formas de hacer agricultura, basadas en agroquímicos y combustibles fósiles, que además son financiados con los subsidios que los estados proporcionan a los agricultores.

Para esta organización, la exclusión de las externalidades ecológicas —positivas y negativas— en los costos de producción es la causa central de la distorsión de los precios agrícolas en los mercados mundiales. Los países de la OCDE comienzan a introducir políticas agrícolas orientadas desde su particular concepción de sustentabilidad, que apoyan ciertas prácticas productivas, la agricultura orgánica y los servicios de investigación y de extensión (OCDE, 1995).

## *Unión Europea*

El concepto de multifuncionalidad ha sido generado en la Unión Europea como una forma de reconocer a la agricul-

tura por las múltiples funciones que realiza y también para diferenciarla de otras actividades como la industria. Su propuesta señala que la agricultura por esta multifuncionalidad debe recibir un tratamiento especial en las negociaciones de la OMC y que no se debe abrir al libre comercio en la forma en que lo ha hecho la industria. Siguiendo la idea de Rosset (2000), un sistema agrícola no sólo cumple funciones productivas y económicas sino que también tiene funciones ambientales en el manejo de los recursos naturales. La agricultura además tiene impacto sobre la cultura y el modo de vida y los agricultores y sus familias son los custodios de esa cultura rural.

Con el concepto de multifuncionalidad, la Unión Europea asume que la agricultura cumple funciones que no son mercantiles —como las ecológicas, sociales y culturales— y reconoce el fracaso de la industrialización de la agricultura. Se trata de una pequeña revolución frente al neoliberalismo y sus promotores, pues es un camino hacia una agricultura sustentable, más respetuosa con los seres humanos, los animales y el ambiente (Bové y Dufour, 2001).

Para estas naciones de Europa, la diversidad de los paisajes rurales y la riqueza de sus agroecosistemas representan un irrenunciable patrimonio social, cultural, ecológico y económico de las sociedades. En un escenario dominado por las negociaciones en la OMC, la multifuncionalidad es un elemento fundamental de la política agrícola como parte de un nuevo paradigma de desarrollo rural para defender este patrimonio común.

La multifuncionalidad reconoce las diferentes aportaciones de la agricultura a las sociedades, y se orienta hacia estrategias que incluyen: el agroturismo; la conservación de paisajes rurales; la diversificación de actividades y cultivos; los productos locales y de calidad; la agricultura sustentable; nuevas formas de organización rural; apoyo a la agricultura familiar e interacciones con consumidores urbanos (Van der Ploeg, Long y Banks, 2002: 3; la traducción es del autor).

### *La experiencia de Rio Grande do Sul*

Estas tendencias emergentes hacia la agricultura sustentable de los países industrializados tienen múltiples contradicciones con las políticas prevalecientes. Sin embargo, reflejan con claridad las tensiones que existen entre la agricultura industrializada y la naturaleza en las sociedades desarrolladas. Las políticas acordadas por las naciones si bien son parciales y responden a una visión limitada de la sustentabilidad, también abren una vía institucional para las demandas campesinas y ciudadanas que buscan otros caminos para hacer agricultura.

En el contexto de las políticas públicas de desarrollo rural orientadas hacia la sustentabilidad en América Latina, la experiencia del estado de Rio Grande do Sul, en Brasil, resulta una importante referencia. Si bien su puesta en marcha es reciente —1999— y aún es pronto para evaluar sus impactos, ya muestra algunos resultados relevantes, así como posibles acciones institucionales.

La propuesta se realiza desde la institución de extensión rural y asistencia técnica del estado de Rio Grande do Sul, como parte del programa de gobierno del Partido de los Trabajadores. Esta institución llamada Emater-RS —Associação Riograndense de Empreendimentos de Assistência Técnica e Extensão Rural—, asume como misión: promover la construcción del desarrollo rural sustentable con base en los principios de la agroecología, por medio de acciones de asistencia técnica y extensión rural, así como de procesos educativos participativos, que fortalezcan la agricultura familiar y sus organizaciones, para incentivar el pleno ejercicio de la ciudadanía y el mejoramiento de la calidad de vida (Caporal y Costabeber, 2000).

Las acciones de Emater-RS se inspiran en los siguientes valores institucionales: una conducta ética y ciudadana; la cooperación y la solidaridad; la gestión democrática y transparente; el incentivar y respetar la participación; la preservación del medio ambiente y de la vida, así como el conocimiento y la credibilidad. La visión de esta institución es ser una referencia en extensión rural comprometida y actuante en los procesos de desarrollo rural sustentable. Para



alcanzar este propósito Emater-RS tiene como estrategias de acción: privilegiar el uso de metodologías participativas; incorporar una visión holística de los procesos de desarrollo; estimular y apoyar formas de diagnóstico y planeación participativa; apoyar la consolidación de redes entre instituciones públicas y privadas; estimular formas asociativas de reflexión y acción; tomar al agroecosistema como unidad básica de trabajo, y apoyar la utilización de la reforma agraria como un instrumento concreto de desarrollo rural sustentable (Caporal y Costabeber, 2000).

El eje central del trabajo de esta institución brasileña es la extensión rural agroecológica, definida como un proceso de intervención de carácter educativo y transformador, que se basa en metodologías de investigación-acción participante, cuyo objetivo es permitir el desarrollo de una práctica social mediante la que los sujetos del proceso buscan la construcción y sistematización de conocimientos que los lleven a incidir de manera consciente en la realidad. La extensión rural agroecológica tiene como meta alcanzar un modelo de desarrollo socialmente equitativo y ambientalmente sustentable, adoptando los principios de la agroecología como criterio para el desarrollo, así como la selección de las soluciones más adecuadas y compatibles con las condiciones de cada agroecosistema y del sistema cultural de las personas involucradas en su manejo (Caporal, 1998).

### **Tendencias en las políticas agrícolas**

Una primera tendencia de carácter prevaleciente se expresa en la profundización y extensión del modelo civilizatorio occidental, al intensificar los procesos de modernización rural, por medio de las propuestas neoliberales. Esta lógica se basa en el mercado como eje de la industrialización de la agricultura y excluye las consideraciones sociales, ecológicas y culturales, en razón del crecimiento económico. Los organismos multinacionales y las empresas transnacionales imponen a los países —en especial del Sur— políticas agrícolas que privilegian la exportación sobre la seguridad alimentaria, buscando la competitividad internacional de los sectores agrarios.

La segunda tendencia es de carácter emergente y atiende los impactos ambientales y sociales de la industrialización de la agricultura. Es una tendencia que de forma paulatina obtiene consensos en el ámbito internacional, los que se reflejan en acuerdos globales entre países y son avalados por organizaciones como la ONU. Esta tendencia también existe en las naciones más industrializadas, quienes reconocen la necesidad de establecer —al menos en sus países— políticas que favorezcan procesos agrícolas menos comprometedores para sus recursos naturales, desde una perspectiva de sustentabilidad. Así, mientras promueven la industrialización de la agricultura en todo el planeta, las naciones industrializadas se intentan proteger de los riesgos ambientales y asegurar su producción agroalimentaria para el futuro.

La última tendencia presente se expresa en la reconsideración de la agricultura, trascendiendo los aspectos productivos y económicos y asumiendo la idea de la multifuncionalidad, que se ubica desde la perspectiva de la seguridad alimentaria y, por tanto, como una cuestión estratégica nacional. La multifuncionalidad de las actividades rurales está en el centro del actual debate internacional, en las negociaciones de la OMC y es un punto neurálgico del conflicto entre los distintos países.

## **Tercera parte**

*El desarrollo rural  
sustentable*

---



## Capítulo VIII | Los pasos hacia la sustentabilidad rural

---

**E**l desarrollo modernizador ha tenido profundos impactos en el medio rural y sus efectos se perciben con mayor crudeza en esta etapa neoliberal, tanto en las culturas campesinas e indígenas, como en el estado de los ecosistemas. Para hacerle frente a esta concepción, en diversos contextos y ubicaciones se han puesto en práctica diferentes estrategias orientadas a encontrar caminos alternativos.

### **Construyendo otras vías para el desarrollo rural**

En el modelo de desarrollo dominante, las actividades rurales, en especial aquellas que conforman la agricultura, se realizan desde el ideal industrializador de la naturaleza. Así, el objetivo de la agricultura moderna es la artificialización intensiva de los ecosistemas, por medio de la sustitución de procesos naturales por operaciones industriales e insumos químicos, en pos de ciertos criterios de productividad y rentabilidad. La industrialización de la naturaleza también conlleva la desaparición de aquellas culturas rurales y campesinas con otra racionalidad productiva y ecológica. Desde este discurso modernizante se asiste a la desaparición acelerada de culturas rurales e indígenas y con estas a la pérdida de la diversidad cultural del planeta.

De la constatación de los impactos que el desarrollo modernizador y la agricultura industrializada han tenido sobre el campo, sus habitantes y sus ecosistemas han surgido diferentes intentos por buscar procesos alternativos de desarrollo rural. La perspectiva de la sustentabilidad ha ubicado de nuevo al campo en el debate público, en el po-

lítico y en el académico. En la actualidad, la concepción modernizadora que ve al medio rural como el encargado de sostener el desarrollo urbano e industrial, con el menor empleo de mano de obra posible y una orientación hacia la máxima productividad, es cuestionada desde múltiples dimensiones.

Como ya se apuntó en el capítulo anterior diferentes organizaciones internacionales plantean la necesidad de modificar los enfoques convencionales del desarrollo rural. La *Agenda 21*, resultado de la Cumbre de la Tierra auspiciada por la Organización de las Naciones Unidas (ONU), señala la necesidad de aplicar políticas, planes, normas e incentivos que promuevan el desarrollo rural sustentable y la agricultura sustentable (ONU, 1993). Por su parte, los países más industrializados del mundo, agrupados en la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), reconocen la necesidad de apoyar la agricultura sustentable e integrar este enfoque en sus políticas de desarrollo rural y protección del medio ambiente (OCDE, 1995).

Sin embargo, el cuestionamiento a fondo de la agricultura industrializada proviene de movimientos ciudadanos: los ecologistas y sus demandas de espacios naturales protegidos; los consumidores urbanos y su preocupación por los agroquímicos en los alimentos; los técnicos y científicos agrícolas con su desafío a la agronomía convencional, y las culturas rurales e indígenas que demandan el respeto a sus entornos, a sus territorios y a sus formas de utilizar los recursos naturales.

Para estas culturas el equilibrio con sus ecosistemas también representa su permanencia como identidades culturales y su posibilidad de seguir existiendo como pueblos, entonces no resulta sorprendente saber que la sustentabilidad es un punto de reivindicación en la agenda política de diversos movimientos sociales. Tal es el caso de los indígenas zapatistas de Chiapas, que en los Acuerdos de San Andrés, firmados con el gobierno mexicano, plantean a la sustentabilidad como uno de los cinco principios para una nueva relación entre el Estado y los pueblos indios (EZLN, 1997).

Las orientaciones en el pensamiento sobre el desarrollo rural y la cuestión de la sustentabilidad pueden ser ubica-

das en dos perspectivas: una, desde el pensamiento científico convencional, y otra, desde el pensamiento alternativo. Las orientaciones teóricas que soportan la primera perspectiva se refieren a la escuela estadounidense de desarrollo comunitario, a las teorías de la modernización agraria y desarrollo rural integrado, y al enfoque de investigación en sistemas agrarios (Sevilla y Woodgate, 1997).

Esta perspectiva alternativa del desarrollo rural sustentable tiene como orientaciones teóricas cuatro líneas fundacionales. La primera comprende a los neopopulistas rusos y los marxistas heterodoxos; la segunda incluye a las teorías de la dependencia; la tercera se refiere a los estudios campesinos, y la última se nutre de la agroecología (Sevilla y Woodgate, 1997).

La búsqueda de alternativas para el desarrollo rural actual se construye desde diferentes enfoques conceptuales que, aunque se ejecutan en distintos ámbitos, comparten elementos comunes. Algunos de estos son los siguientes: el consenso respecto a los efectos negativos del desarrollo modernizador; su realización con la participación de diversos actores sociales —organizaciones de agricultores, de mujeres, de indígenas, no gubernamentales, universidades y centros de investigación; su operación en regiones rurales marginadas, y la preocupación por la cuestión medio ambiental. A partir de estos procesos y experiencias de búsqueda se han venido aportando las ideas y los elementos que van permitiendo avanzar en la construcción de una matriz conceptual y metodológica para el medio rural, desde la perspectiva del desarrollo sustentable.

**Del  
ecodesarrollo  
al desarrollo  
rural  
sustentable**

El camino hacia el desarrollo rural sustentable se origina a partir de diferentes estrategias, orientadas hacia la búsqueda de alternativas al desarrollo modernizador. A continuación se presentan aquellos enfoques que realizan las aportaciones más relevantes a los conceptos y prácticas del desarrollo rural sustentable.

**Ecodesarrollo** El ecodesarrollo constituye la propuesta que primero incorporó la preocupación medio ambiental en sus planteamientos. Nació a fines de los años setenta del siglo XX como resultado de la Conferencia de la ONU, en Estocolmo, a partir del reconocimiento de los efectos ambientales del desarrollo modernizador y del carácter global y amenazante de la crisis ambiental. De acuerdo con Sachs, “El ecodesarrollo es una estrategia en la cual el crecimiento es fundamento necesario, la igualdad el principio que orienta la distribución de la renta, la calidad de vida un objetivo de la sociedad, y el uso del ambiente un medio para realizar una gestión racional de los recursos, controlando al mismo tiempo el impacto de los seres humanos sobre la naturaleza” (1982: 96).

Esta estrategia integra como características: la inclusión de la dimensión ambiental en la planeación del desarrollo; la consideración de que la calidad de vida incluye un medio ambiente sano; la preservación de la base ecológica para la satisfacción de las necesidades humanas; la vinculación del desarrollo económico con la conservación del medio ambiente; una nueva ética hacia la naturaleza con las dimensiones intra e intergeneracional; la generación y uso de tecnologías adecuadas; el énfasis en la educación ambiental; así como la atención a los niveles de consumo y al despilfarro de los recursos naturales (Sachs, 1982).

A partir de este planteamiento surgen algunas de las ideas que luego formarían parte de las propuestas de sustentabilidad en el medio rural. En primer término destaca la consideración de incluir la dimensión ambiental en el concepto de desarrollo y la relación de este con la conservación del medio ambiente. También es relevante la noción de una nueva postura ética en relación con la naturaleza y las dimensiones intra e intergeneracional del uso de los recursos naturales.

**Desarrollo local** En Europa, a mediados de los años ochenta, nació el desarrollo local promovido para aquellas regiones rurales más marginadas. Este es entendido como un proceso localizado de cambio social y crecimiento económico sostenible, que



tiene como objetivo el progreso permanente de la comunidad y sus individuos. Además, se orienta a resolver los desequilibrios de la modernización en tres aspectos centrales: el deterioro de los recursos naturales, la despoblación del medio rural, así como el desempleo rural y urbano (Unión Europea, 1992). Estos procesos son objeto de políticas agrícolas prioritarias que disponen de una importante cantidad de apoyos y subvenciones.

El desarrollo local se apoya en los siguientes elementos: la organización de los representantes locales; la creación de estructuras estables de desarrollo; la movilización de agentes y actores sociales locales; la planeación participativa del desarrollo; la articulación micro y macro espacial; la formación de capital humano; la preservación del medio natural; la recuperación y fomento de la identidad; la conservación de la agricultura tradicional y familiar, y la potenciación de los recursos locales (Unión Europea, 1992).

Esta idea de desarrollo presenta algunas aportaciones a la noción de sustentabilidad en el medio rural. La primera se refiere a la naturaleza local y específica del desarrollo, en contraste con la visión homogeneizante y generalizante. Un segundo elemento es la movilización de los actores sociales locales en contraposición a las políticas verticales originadas desde el estado. La tercera aportación interesante es la necesidad de establecer políticas agrícolas que acompañen y fortalezcan la agricultura tradicional y familiar.

### **Desarrollo endógeno**

El desarrollo endógeno nació en América Latina a mediados de los años ochenta como resultado de la práctica de las organizaciones no gubernamentales y se extendió a Europa en los años noventa, especialmente en regiones marginadas de Italia, España, Portugal y Grecia (Van der Ploeg y Long, 1994). Este se entiende como un proceso generado en sus inicios por iniciativas y apoyado básicamente con recursos locales —humanos y ecológicos—, en el que la población ejerce el control y busca los beneficios del desarrollo para sí.

Siguiendo a Van der Ploeg y Long (1994), el desarrollo endógeno tiene como fundamentos: la determinación local

de las opciones de desarrollo; el control local del proceso de desarrollo; la distribución y retención de los beneficios; el respeto a la cultura y los valores locales; la utilización y potenciación de los recursos locales; el énfasis en el conocimiento y el trabajo local, y la revaloración de los patrones de producción y consumo. En síntesis, este pretende partir de los elementos locales internos que, combinados en un modelo coherente, se articulen con los elementos externos para consolidar y fortalecer los procesos locales.

Desde la perspectiva del desarrollo rural sustentable esta concepción del desarrollo endógeno presenta propuestas particularmente interesantes. La idea de que el proceso se debe apoyar básicamente en los recursos humanos y ecológicos locales resulta de especial relevancia en el horizonte de procesos orientados hacia la autogestión y la autosuficiencia, por eso también resulta importante el énfasis que se hace en el conocimiento y el trabajo local. Otra idea relevante se refiere a las formas de articulación entre los elementos locales y los externos para buscar que los beneficios regresen a la comunidad. También es muy importante la noción de que el control de los procesos de desarrollo se encuentre en manos de la población local.

### ***Desarrollo comunitario sustentable***

El concepto de desarrollo comunitario sustentable es propuesto por Toledo (2000) y lo plantea como una alternativa para los poblados rurales e indígenas de México. Este es un mecanismo de carácter endógeno, por medio del cual una comunidad toma o recupera el control de los procesos que la determinan y la afectan. El desarrollo sustentable a escala comunitaria promueve y fortalece la conciencia del grupo y se orienta hacia mecanismos de carácter endógeno que faciliten la autogestión, entendida esta como la capacidad de tomar el control de los procesos territoriales, ecológicos, culturales, políticos, sociales y económicos. Siguiendo a Toledo (2000), el desarrollo comunitario sustentable se orienta a la búsqueda de procesos de equilibrios dinámicos en el ámbito espacial, productivo, comunitario y familiar. Para tales efectos, las estrategias se dirigen hacia la diversidad pro-

ductiva, la autosuficiencia, la integración de actividades, la equidad y la justicia económica.

La noción de que la sustentabilidad implica que la comunidad asuma el control sobre los diferentes procesos que la afectan es la primera idea interesante de esta propuesta y entonces el desarrollo rural sustentable conlleva fortalecer los mecanismos de poder locales —el empoderamiento— para buscar la autogestión y, por tanto, una relación más equilibrada con los poderes externos. También resulta relevante la idea de los equilibrios dinámicos en distintos ámbitos. Para finalizar esta propuesta además aporta los objetivos hacia donde se deben dirigir las estrategias de desarrollo.

El proceso de construcción de una matriz conceptual que contemple el desarrollo rural desde la perspectiva de la sustentabilidad es aún reciente y son muchas las cuestiones que se deben proponer y discutir. Por otro lado, los movimientos sociales rurales e indígenas también demandan el diseño y puesta en práctica de estrategias de desarrollo rural que incluyan a la sustentabilidad como uno de sus elementos centrales. Entre estas dos tensiones se ubica la búsqueda de las bases conceptuales y metodológicas del desarrollo rural sustentable. Aún así, es posible aventurarse y proponer algunos elementos que parecen relevantes en la conceptualización del desarrollo rural sustentable.

- La sustentabilidad en el medio rural es una dimensión del desarrollo en su sentido amplio y una decisión de la sociedad que va relacionada con un compromiso por la sustentabilidad en otros ámbitos como el urbano, el industrial y los servicios. El aspecto central radica en la construcción social de proyectos de desarrollo en los que la perspectiva de la sustentabilidad esté presente en los sectores productivos, la sociedad civil y las instituciones, así como en la utopía del imaginario social.
- El desarrollo rural sustentable atraviesa por la activa participación y movilización de los actores sociales locales y se orienta hacia la autogestión y el control de los procesos de desarrollo por parte de las comunidades. La

democracia participativa y la organización ciudadana son aspectos claves en las estrategias.

- El punto de partida para el desarrollo rural sustentable son los recursos humanos locales, que incluyen conocimientos, cultura, organización, así como los recursos naturales existentes en las comunidades y regiones. La dimensión local constituye entonces un aspecto fundamental en el desarrollo rural sustentable.
- El entorno global, nacional y regional donde se insertan las comunidades locales es el contexto en el que se ubican las potencialidades y limitaciones para la sustentabilidad. Las articulaciones entre los diferentes ámbitos del entorno y la dimensión local son otro aspecto clave en las estrategias de desarrollo rural sustentable.
- La sustentabilidad en el medio rural demanda una reconsideración de las formas de utilización de los recursos naturales en los procesos agropecuarios y forestales, por tanto, es necesaria la transición hacia una agricultura sustentable y multifuncional con criterios como la autosuficiencia, la diversificación, la equidad, la productividad y la estabilidad.
- La sustentabilidad rural se orienta hacia un proceso de construcción de saberes y conocimientos para buscar alternativas tecnológicas que permitan el manejo sustentable de los recursos naturales. Este proceso se inscribe en la búsqueda de acercamientos conceptuales y metodológicos capaces de dar cuenta de los complejos procesos de desarrollo sustentable.

### **Agricultura y sustentabilidad rural**

La idea de que la naturaleza es un espacio para ser industrializado por medio de la agricultura moderna ha causado graves impactos sobre los ecosistemas y sobre las culturas rurales, además sigue sin resolver los problemas de hambre y desnutrición. La búsqueda de la sustentabilidad en el medio rural también demanda formas de realizar los procesos productivos de manera sostenible. En el diseño y puesta en práctica de las maneras de hacer agricultura, coherentes con esta perspectiva alternativa, es evidente que

la concepción modernizadora presente en la agronomía convencional no ofrece ninguna utilidad.

En el sector rural existen amplias regiones, especialmente en comunidades campesinas e indígenas, donde las actividades agropecuarias y forestales —la agricultura en su acepción amplia— son parte fundamental de la economía y de la vida de los habitantes del campo. En esas regiones, el diseño y puesta en práctica del desarrollo rural sustentable requiere estrategias de producción coherentes con esta perspectiva alternativa y un elemento importante en esta discusión es la noción de la agricultura sustentable.

Un primer acercamiento a esta idea es propuesto por Altieri, quien la define como el desarrollo de sistemas agropecuarios capaces de mantener su producción a través del tiempo, mejorando la eficiencia biológica y atendiendo a las condiciones sociales y económicas y a las características ecológicas (1999: 65–66). En la propuesta de Altieri aparecen con claridad dos elementos centrales de la agricultura sustentable: el mantenimiento de la producción a través del tiempo y la atención a las condiciones económicas y ecológicas locales.

Este tipo de agricultura comprende los siguientes componentes:

[...] una menor dependencia de los insumos externos; la seguridad y autosuficiencia alimentaria; los procesos de autogestión y participación comunitaria; el uso de recursos renovables locales; el mantenimiento de la capacidad productiva; el respeto a la diversidad cultural; impactos benignos sobre el medio ambiente; el uso de la experiencia y conocimiento local; el mejoramiento de la diversidad biológica y la atención a los mercados locales y externos (Gliessman, 1990: 380; la traducción es del autor).

Estos componentes muestran los puntos a enfatizar dentro de las estrategias para la agricultura sustentable y también evidencian las diferencias con el enfoque de la agricultura industrial. Además, la propuesta es útil para definir parámetros de sustentabilidad en los procesos de desarrollo rural.

Otra iniciativa relevante para la agricultura proviene de Menezes, quien propone los siguientes componentes: énfasis en la agricultura familiar; una agricultura diversificada y orientada hacia la seguridad alimentaria; con reformas agrarias; que mejore las condiciones de vida en el medio rural; soportada por políticas agrarias de crédito extensión e investigación; con participación campesina y ciudadana; que fiscalice las agriculturas ecológicamente nocivas (1995: 34–35). Esta idea presenta una concepción amplia de la agricultura sustentable y precisa sus dimensiones sociales y políticas, dejando claro que esta es mucho más que un enfoque tecnológico y se ubica como elemento de procesos de desarrollo alternativos.

Para finalizar también resulta importante la idea de Pretty, quien señala que la agricultura sustentable requiere cuatro condiciones para desarrollarse:

El uso de tecnologías agropecuarias sustentables; la puesta en marcha por parte de grupos y organizaciones locales; el apoyo de instituciones externas, y políticas agrícolas favorables. Existen suficientes evidencias en el mundo que muestran las posibilidades y viabilidad de la agricultura sustentable, sin embargo, el reto se ubica en el último punto: lograr políticas de apoyo que a escala global y nacional favorezcan procesos de sustentabilidad en el medio rural (1995: 21; la traducción es del autor).

La búsqueda de estrategias de desarrollo rural que incluyan a la agricultura sustentable entre sus elementos ha llevado, por un lado, a cuestionar a las ciencias agrícolas basadas en el ideal industrializador de la agricultura y, por otro, a emprender la construcción de enfoques científicos más amplios e incluyentes, capaces de aportar de forma significativa las maneras alternativas de hacer agricultura. Desde la perspectiva de este libro se considera que la agroecología propone conceptos y metodologías que la convierten en una herramienta de gran potencialidad para el trabajo con comunidades rurales y por eso en este capítulo se presentan sus principales elementos.

### **Influencias en la agroecología**

La modernización del medio rural y la consiguiente industrialización de la agricultura han dejado sentir su impacto en los aspectos sociales, culturales, ecológicos y económicos, pero también han mostrado su incapacidad para resolver los problemas del hambre y la pobreza en el campo. Así, crece la búsqueda de alternativas de desarrollo rural con una perspectiva de sustentabilidad y en este esmero se ubica la agroecología. Para su formación participan una gama amplia de factores de naturaleza muy diversa y en este apartado se discute la influencia que han tenido cada uno de estos en la génesis de la agroecología.

La primera influencia se refiere a los intentos que desde el campo de las ciencias se han hecho para construir una matriz conceptual alternativa a las ciencias agrarias con-

vencionales. Una segunda influencia se debe a los movimientos sociales que promueven formas de desarrollo alternativas al modelo dominante, y por último se analizan las prácticas de la agricultura.

En la formación de la agroecología confluyen ciencias y actores sociales, así como las prácticas agrícolas, situación que le da un carácter original, en el que se articulan los conocimientos de diversas culturas acerca de la agricultura, junto con las demandas y luchas de movimientos sociales interesados en modificar el actual esquema de desarrollo y los intentos por buscar soluciones a la crisis en el medio rural, a partir de las ciencias alternativas.

**Ciencias** Hecht (1999) señala que la agroecología puede ser un desafío normativo a las maneras en que varias disciplinas enfocan los problemas agrícolas, en virtud de que tiene sus raíces en las ciencias agrícolas, la ecología, la antropología, la sociología y la economía. Cada una de estas áreas de investigación tiene objetivos y metodologías muy diferentes, sin embargo, consideradas en su conjunto, han sido influencias legítimas e importantes en el pensamiento agroecológico.

**Ciencias agrícolas** Las ideas iniciales acerca de la agricultura ecológica son aportación de Klages, según Altieri (1983), pues propuso tomar en cuenta los factores fisiológicos y agronómicos que influían en la distribución y adaptación de especies de cultivos, con el objetivo de comprender las complejas relaciones entre plantas y medio ambiente. Después su definición incluyó factores históricos, tecnológicos y socioeconómicos. La integración de la ecología agrícola a los cursos de agronomía, en los años setenta, y el trabajo de varios investigadores representan un cambio gradual hacia un enfoque ecosistémico en la agricultura (Hecht, 1999). En las ciencias agrícolas de México es necesario dejar referencia de los trabajos de Hernández Xolocotzi (1977), quien desde los años cincuenta del siglo XX inició investigaciones acerca de la agricultura tradicional mexicana y sus agroecosistemas.



**Ecología** La ecología ha tenido un peso fundamental en el desarrollo de la agroecología por cuatro razones fundamentales: la primera se refiere al hecho de que el marco conceptual y el lenguaje de la agroecología son esencialmente ecológicos. La segunda razón es el interés que han despertado siempre los agroecosistemas en los ecólogos para evaluar los diversos componentes de los ecosistemas. Otra razón ha sido el incremento de los estudios sobre sistemas tropicales y las consecuencias que en estos causan los monocultivos, especialmente sobre la diversidad y complejidad de dichos ecosistemas. Finalmente, un importante número de ecólogos han dirigido su atención a las dinámicas ecológicas de los sistemas tradicionales y mostrado la necesidad de estudiarlos profundamente (Hecht, 1999: 24–25).

Por otra parte, los ámbitos de la investigación académica en los que las aportaciones de los ecólogos han sido centrales para la agroecología son tres: el ciclo de los nutrientes, las interacciones entre plaga y plantas, y la sucesión ecológica. De este modo, el enfoque meramente ecológico ha ido superando sus limitaciones por medio de la incorporación de diversas disciplinas y de una perspectiva más holística en el estudio de los sistemas campesinos e indígenas.

**Sistemas nativos de producción** Los trabajos realizados por antropólogos y geógrafos en los que se describen y analizan las prácticas y lógicas de pueblos campesinos e indígenas han sido fundamentales en el desarrollo de la agroecología: “[...] estos estudios se han preocupado del uso de recursos y del manejo no sólo del predio agrícola sino de toda la base de subsistencia, y se han concentrado en cómo los pueblos locales explican esta base y en cómo los cambios sociales y económicos afectan los sistemas de producción” (Hecht, 1999: 26).

Una línea de trabajo cercana dio lugar al nacimiento de la etnoecología, que permitió acercarse al amplio y complejo conocimiento local sobre el medio natural y su utilización en actividades productivas. Lo anterior ha facilitado el paulatino reconocimiento de la validez y pertinencia del conocimiento local. Estas investigaciones han cuestionado

el uso de parámetros y métodos de la ciencia para analizar culturas y conocimientos locales, que se desenvuelven bajo sus propios marcos culturales y cognoscitivos. En esta línea es necesario dejar constancia de Víctor Manuel Toledo y sus trabajos ilustrativos para el caso de México.

### **Estudios del desarrollo**

Los estudios sobre el desarrollo rural han documentado la relación que existe entre los factores socioeconómicos con la estructura y la organización social de la agricultura. Para la agroecología son especialmente importantes:

[...] el cambio de cultivos, el impacto de las tecnologías inducidas desde afuera, los efectos de la expansión de mercados, las implicancias de los cambios de relaciones sociales y la transformación en las estructuras de tenencia de tierra y de acceso a los recursos económicos. Todos estos procesos están íntimamente ligados [y] afectan los agroecosistemas [a través] de complejos procesos históricos y políticos (Hecht, 1999: 28).

Un ejemplo interesante ha sido el estudio de la revolución verde en el desarrollo rural, en el que la participación de especialistas de diversas disciplinas contribuyó al análisis holístico de las estrategias de desarrollo agrícola y rural. Esta fue la primera evaluación ampliamente difundida que incorporó críticas ecológicas, tecnológicas y sociales, pero además sus análisis revelaron como la revolución verde ocasionó serios problemas en las zonas rurales del tercer mundo y confirmó la necesidad de contar con enfoques de desarrollo alternativos.

### **Actores sociales**

Las reacciones al modelo dominante de desarrollo contemplan un amplio espectro de actores y movimientos sociales que, desde diferentes ópticas, buscan formas de crecimiento más coherentes con las identidades culturales y más armónicas en su relación con el medio natural. En este libro se analiza cómo estos movimientos han cuestionado a fondo al desarrollo modernizador y sus formas de utilizar los

recursos naturales. Uno de los puntos centrales en cuestión es la agricultura industrial y sus impactos en la diversidad cultural y biológica de las regiones rurales.

Los actores sociales demandan enfoques alternativos para el uso de los recursos naturales y eso atañe de forma directa a las ciencias agrarias y a sus investigadores. De esta manera, crecientes sectores de científicos han reaccionado ante esta presión social y han comenzado la construcción de enfoques alternativos que sean capaces de dar respuesta a los desafíos planteados por los movimientos sociales y su búsqueda de la sustentabilidad.

La agroecología, de acuerdo con Altieri (1983), surge en Latinoamérica como una respuesta para encarar la crisis ecológica y los problemas sociales y medioambientales generados por ella, a partir del manejo sostenible de los recursos naturales y el acceso igualitario a estos. En el capítulo VI se discutió el papel de los diversos movimientos sociales en la construcción de alternativas hacia la sustentabilidad. Estos movimientos también han tenido una influencia fundamental en el desarrollo de la agroecología y se merecen destacar, por su especial influencia, los movimientos rurales y los movimientos ambientalistas.

Con mucha frecuencia los movimientos rurales —campesinos e indígenas— son acompañados por organizaciones no gubernamentales, universidades y centros de investigación. Estos técnicos, asesores y científicos han desarrollado estrategias y experiencias agroecológicas en su intento de dar respuesta a las necesidades y demandas de los habitantes rurales. De estas experiencias han surgido profundos retos para las ciencias agrarias y también un importante bagaje conceptual y metodológico que ha sido central en la construcción de la agroecología.

Los ambientalistas han cuestionado los impactos de la agricultura industrializada sobre los ecosistemas y sobre la salud humana y sus acciones se dirigen hacia políticas que regulen y controlen estos impactos. Gracias a su intervención han colocado en el debate público al modelo de producción dominante y a las ciencias agropecuarias que lo fundamentan. Lo anterior ha permitido un creciente en-

torno social favorable al desarrollo de la agroecología como un enfoque alternativo para el desarrollo rural.

### *Prácticas de la agricultura*

Una influencia central de la agroecología es la propia agricultura. Un número importante de sus conceptos y métodos viene de la práctica cotidiana de la agricultura en el mundo y, en especial, de las regiones campesinas e indígenas. La coevolución a través de la historia entre culturas y naturaleza ha dado lugar a una serie de tecnologías que constituyen un componente fundamental de la agroecología.

El uso contemporáneo de este término data de los años setenta del siglo XX, pero la ciencia y su práctica son tan antiguos como los orígenes de la agricultura. Para Hecht: “El ‘redescubrimiento’ de la agroecología es un ejemplo poco común del impacto que tienen las tecnologías pre-existentes sobre las ciencias, donde, adelantos que tuvieron importancia crítica en la comprensión de la naturaleza, fueron el resultado de una decisión de los científicos de estudiar lo que los campesinos ya habían aprendido a hacer” (1999: 17). Así, siguiendo a Kuhn (1987), en muchos casos los científicos lograron meramente validar y explicitar, en ningún caso mejorar, las técnicas desarrolladas con anterioridad.

Parte importante de los conceptos y procesos propuestos por la agroecología provienen de las prácticas agrícolas desarrolladas por los agricultores, desde hace mucho tiempo, que en numerosos casos han sido arrasadas por la agricultura industrializada e ignoradas y despreciadas por los científicos agrícolas. Reciente es que la atención se ha dirigido hacia el estudio de los agroecosistemas tradicionales, pues se han empezado a descubrir las amplias enseñanzas que estos ofrecen para el manejo equilibrado de los recursos naturales y se ha iniciado un proceso de revalorización del conocimiento local agrícola.

Según Hecht:

El estudio de sistemas agrícolas nativos ha proporcionado gran parte de la materia prima para el desarrollo de hipótesis y sistemas de producción alternativos para

la agroecología. Cada vez es más amplio el estudio de la agricultura nativa realizado por equipos multi-disciplinarios para documentar las prácticas y se han desarrollado categorías de clasificación para analizar los procesos biológicos y para evaluar aspectos de las fuerzas sociales que influyen en la agricultura (1999: 27).

## **Fundamentos de la agroecología**

En este apartado se presentan en primera instancia diferentes aportaciones conceptuales que abonan a la definición de la agroecología y se discuten las bases epistemológicas que la fundamentan. La sección concluye con una exposición de lo que constituyen las bases teóricas de esta propuesta científica orientada hacia la sustentabilidad de los procesos de producción agropecuarios y forestales.

Para Hecht: “[...] la agroecología a menudo incorpora ideas sobre un enfoque de la agricultura más ligado al medio ambiente y más sensible socialmente; centrada no sólo en la producción sino también en la sostenibilidad ecológica del sistema de producción” (1999: 17). Esta definición presenta tres elementos centrales en la identidad de la agroecología: el primero se refiere a un enfoque de la agricultura más atento a las cuestiones del medio ambiente; el segundo es la sensibilidad hacia las cuestiones sociales involucradas en la agricultura, y el último es el interés no sólo en los aspectos productivos sino además en las cuestiones de sostenibilidad ecológica de los sistemas de producción.

Según Altieri:

La disciplina científica que enfoca el estudio de la agricultura desde una perspectiva ecológica se denomina aquí “agroecología” o “ecología agrícola” y se define como un marco teórico cuyo fin es analizar los procesos agrícolas en la manera más amplia. [...] a la investigación agroecológica le interesa no la maximización de la producción de un componente particular, sino más bien la optimización del agroecosistema como un todo (1983: 14).

Esta propuesta presenta aportaciones importantes en la construcción del concepto de agroecología. La primera es la definición como disciplina científica que parte desde una perspectiva ecológica hacia un marco de análisis amplio de la agricultura. También destaca la idea de que la visión agroecológica contempla no sólo la maximización de la producción sino la optimización del agroecosistema.

La agroecología se orienta hacia la búsqueda de formas de agricultura sustentable como elementos de estrategias de desarrollo alternativo y en ese sentido se inscribe de manera natural en aquellas corrientes de pensamiento que cuestionan el desarrollo modernizador y el papel que en este ha desempeñado la ciencia. Así, las cuestiones planteadas desde las propuestas epistemológicas para la sustentabilidad y discutidas en el capítulo IV son compartidas y asumidas desde la agroecología. Sin embargo, existen aspectos específicos de sus enfoques y sus métodos que la agroecología debe resolver y comienzan a ser formulados en una búsqueda aún incipiente.

Esta disciplina “[...] tiene raíces diferentes que la mayoría de las ciencias occidentales. Tener raíces diferentes es ser radicalmente diferente en el verdadero sentido de la palabra. Las diferencias llevan a contradicciones importantes de enfoque” (Noorgard, 1983: 25). Por eso, en la búsqueda de la objetividad, los biólogos realizan experimentos controlados en laboratorios, los agrónomos en parcelas de estaciones experimentales y los ecólogos en ecosistemas alterados. Los agroecólogos estudian ecosistemas transformados por los seres humanos, en los que la experimentación objetiva es con frecuencia imposible y los seres humanos y sus culturas son tan importantes como los sistemas ecológicos en sí mismos.

La agroecología desafía los conceptos occidentales de conocimiento objetivo y modernización, de tal forma que mientras los científicos agrícolas aplican tecnologías basadas en el conocimiento científico para modernizar la agricultura tradicional, los agroecólogos estudian las tecnologías tradicionales basadas en otras formas de conocimiento para obtener saberes científicos modernos.

Noorgard (1983) propone discutir las bases epistemológicas de la agroecología a partir de seis premisas:

- Los sistemas sociales y ecológicos poseen potencial agrícola. Este potencial ha sido captado por los agricultores tradicionales, mediante un proceso de ensayos, errores, selección natural y aprendizaje cultural.
- Los sistemas sociales y ecológicos han coevolucionado de manera tal que la sustentación de cada uno depende de las relaciones con el otro.
- Los conocimientos desarrollados por las culturas tradicionales, mediante el aprendizaje cultural, estimulan y regulan las retroalimentaciones de los sistemas sociales a los ecosistemas.
- La naturaleza del potencial de los sistemas sociales y biológicos se puede comprender, dado nuestro estado actual de conocimiento formal, social y biológico, estudiando la agricultura de las culturas tradicionales que ha captado tal potencial.
- El conocimiento obtenido de los agroecosistemas tradicionales, así como el saber y algunos insumos desarrollados por las ciencias agrícolas convencionales, junto con la experiencia acumulada por sus tecnologías e instituciones agrarias, se pueden combinar para mejorar tanto los agroecosistemas tradicionales como los modernos.
- El desarrollo agrícola, mediante la agroecología, puede mantener más opciones culturales y ecológicas para el futuro y producir menos efectos perjudiciales que los enfoques de la ciencia agrícola convencional.

***Bases teóricas  
de la  
agroecología***

La agroecología proviene de múltiples influencias científicas y sociales y por eso construir un marco teórico constituye un enorme desafío. Además, pretende el manejo ecológico de los recursos naturales por medio de un enfoque holístico y mediante una estrategia sistémica, orientada al diseño de sistemas alternativos de agricultura sustentable. En la agroecología juegan un papel central la dimensión local, el

conocimiento campesino, el potencial endógeno y la diversidad cultural y biológica (Sevilla, 1995: 8).

**Manejo  
ecológico de los  
recursos  
naturales**

Un primer concepto esencial es la consideración del agroecosistema como la unidad de análisis de la agroecología y su importancia es tal que el apartado siguiente está dedicado a su discusión. Este concepto viene de la ecología —ecosistema— y permite a la agroecología ubicar su ámbito de acción en los ecosistemas transformados por las sociedades rurales, mediante la agricultura, en agroecosistemas. La agricultura crea un agroecosistema equilibrado, cuya productividad global se puede mantener a lo largo del tiempo, en la medida que mantenga o potencie la estructura y los procesos básicos del ecosistema transformado, aprovechando los recursos ecológicos presentes y conservando las bases del ecosistema.

La agricultura industrializada provoca una alteración profunda y, en ocasiones irreversible, en aquellos ecosistemas sobre los que actúa. Esta alteración la lleva a introducir insumos energéticos externos que si bien aumentan la producción de una especie vegetal, también comprometen la existencia del resto de los elementos y procesos del ecosistema. Por eso la alteración de los ecosistemas por parte de las sociedades humanas para obtener alimentos debe hacerse respetando los procesos de equilibrio y renovación de la naturaleza. Aquí se ubica una característica de la agroecología, el respeto a las leyes ecológicas para de allí obtener como una especie más el acceso a las formas de reproducción social (Sevilla, 1995: 10). La crisis ecológica actual comienza a tambalear los cimientos del pensamiento científico, haciéndole aceptar la racionalidad ecológica de las culturas campesinas en su proceso de adaptación simbiótica a la naturaleza, mediante el proceso de coevolución social y ecológica.

**Enfoque  
holístico**

El reconocimiento de las limitaciones causadas por el enfoque atomístico de las ciencias agrícolas ha llevado a la bús-



queda de visiones más amplias capaces de acercarse a fenómenos complejos como la agricultura. Para Sevilla:

La agroecología contempla el manejo de los recursos naturales desde una perspectiva globalizadora; es decir, que tenga en cuenta los recursos humanos y naturales que definen la estructura de los agroecosistemas: sus factores sociales, étnicos, religiosos, políticos, económicos y naturales (agua, suelo, energía solar, especies vegetales y animales). Su análisis implica, por tanto, una perspectiva sistémica contraria a la parcelación sectorial clásica de los especialistas en las distintas ciencias tanto sociales como naturales (1995: 12).

Este enfoque holístico de la agroecología contempla una aproximación globalizadora al análisis de los recursos naturales, lo que supone la ruptura de las etiquetas disciplinares y la utilización de un enfoque complejo que permita capturar las interrelaciones entre los múltiples elementos que intervienen en los procesos artificializadores de la naturaleza. Así, la agricultura debe ser contemplada como la intersección de sistemas naturales, sociales y económicos, pues las bases de este enfoque globalizador y sistémico provienen de las aportaciones de la ecología (Sevilla, 1995).

#### Coevolución social y ecológica

La artificialización de los ecosistemas es el resultado de una coevolución, es decir, de una evolución integrada entre cultura y medio ambiente. En sólo unos cientos de años, los seres humanos han desarrollado formas de producir que están rompiendo las bases de renovabilidad de los ecosistemas, situación que obliga a replantear los mecanismos productivos. Siguiendo a Sevilla: “El hecho de que la agricultura consista en la manipulación por parte de la sociedad de los ‘ecosistemas naturales’ con el objeto de convertirlos en agroecosistemas supone la alteración del equilibrio y la elasticidad original de aquellos a través de una combinación de factores ecológicos y socioeconómicos” (1995: 13). Desde esta perspectiva, la producción agropecuaria es el resultado de las presiones socioeconómicas que

### Dimensión local y los límites de lo endógeno

realizan las sociedades sobre los ecosistemas naturales en el tiempo. La agroecología pretende participar en ese replanteamiento, partiendo del análisis de la coevolución social y ecológica para aprender de aquellas experiencias en las que las culturas humanas han desarrollado formas equilibradas de reproducción social y ecológica de los ecosistemas (Sevilla, 1995).

La agroecología parte del agroecosistema como unidad de análisis para explorar las formas equilibradas de artificialización de la naturaleza y por eso el primer ámbito de estudio tendrá un carácter local. De acuerdo con Sevilla, “[...] la vinculación del campesino con la naturaleza se realiza a través de una específica relación, por un lado con la explotación agrícola familiar que se materializa en una característica estructura ocupacional, y, por tanto, con la comunidad campesina, que posee una particular influencia del pasado y unas específicas pautas de organización social” (1995: 16). Estos son los marcos sociales que han permitido la adaptación simbiótica de los seres humanos a la naturaleza y a su localidad, al artificializar los ecosistemas manteniendo las bases de su renovabilidad.

Una estrategia de la agroecología se desarrolla en los marcos sociales del campesinado: la unidad agrícola familiar y la comunidad local. En la primera tiene lugar el desarrollo de las tecnologías campesinas de uso múltiple de los recursos naturales, cuya actual racionalidad ecológica es la base para el diseño de modelos de agricultura alternativa (Sevilla, 1995). Por otra parte, en la comunidad local se mantienen las bases de la renovabilidad sociocultural del conocimiento campesino generado en las unidades agrícolas familiares, dado que comparte su identidad al estar unidos por un sistema de lazos y relaciones sociales, por intereses comunes, por pautas compartidas de normas y por valores aceptados desde la conciencia de ser distintos a los demás.

A partir de este planteamiento aparece un concepto agroecológico central en la ejecución de formas de desarrollo rural sustentable, denominado potencial endógeno en su doble dimensión: el potencial ecológico —formado por

los ecosistemas y agroecosistemas existentes en una comunidad— y el potencial humano —integrado por la cultura, el conocimiento y las formas de organización comunitarias. Así,

[...] la caracterización e identificación del potencial endógeno, [...] su fortalecimiento, a través de formas de investigación acción participativa, y la evaluación del impacto de tales acciones para el establecimiento de infraestructuras agroecológicas de funcionamiento [se] constituyen en los pasos iniciales para la implementación de formas de desarrollo rural sostenible de naturaleza endógena (Sevilla, 1995: 17).

### Conocimiento campesino

La agroecología tiene entre sus raíces fundacionales a la práctica agrícola realizada por las culturas rurales, a través de la historia de la humanidad. Por otra parte, cuestiona los postulados de la ciencia agrícola convencional respecto al uso del método científico como la única forma de conocimiento. Finalmente, reconoce en la coevolución social y ecológica formas de manejo de los agroecosistemas, que permiten el equilibrio en el uso de los recursos naturales. Todo esto permite a la agroecología otorgarle un papel central al conocimiento campesino como un elemento básico del potencial endógeno y como punto de partida y componente de las estrategias de agricultura sustentable.

La cuestión del conocimiento local parte de que el conocimiento de la naturaleza es un componente decisivo en la ejecución de las estrategias campesinas de producción, basadas en el uso múltiple del ecosistema. Toledo (1993) afirma que en contraste con los sistemas modernos de producción, en las culturas tradicionales existen formas de apropiación y gestión de los recursos naturales que responden a una racionalidad ecológica campesina y que se orientan hacia el logro de sistemas ecológicos estables. Entre las características de estas últimas están: la producción orientada hacia la autosuficiencia; el trabajo familiar y uso mínimo de insumos externos; la diversidad de actividades agrícolas, ganaderas, forestales y de recolección; las pequeñas superficies de tie-

ra, la diversificación de especies, cultivos y recursos; el uso múltiple del ecosistema, y la heterogeneidad espacial y medioambiental.

La sabiduría campesina es “[...] un conjunto amalgamado de conocimientos objetivos y creencias subjetivas, donde se interrelacionan las percepciones, los mitos, las creencias y los conocimientos, a través del tiempo” (Toledo, 1991: 15). Por eso es que el conocimiento campesino está formado por un corpus que refleja el conjunto de símbolos, conceptos y percepciones de un sistema cognoscitivo con racionalidades diferentes. El corpus también es la síntesis de la práctica, integrada por tres tipos de experiencia: histórica, transmitida por generaciones previas —intergeneracional—; actual —intrageneracional—, y particular de cada campesino. El conocimiento campesino se integra por cuatro tipos diferentes: estructural, relacional, dinámico y utilitario (Toledo, 1991).

Para Gliessman: “Los campesinos tradicionales han desarrollado un conocimiento que les ha permitido establecer a través del tiempo sistemas de uso mínimo de insumos externos, con una gran confianza en los recursos renovables y una estrategia basada en el manejo ecológico de los mismos” (1990: 379; la traducción es del autor). Esto hace indispensable reconocer y valorar este conocimiento, tomándolo como punto de partida para el diseño de sistemas de agricultura sustentable. Por su parte, Altieri (1999) menciona que el valor y uso del conocimiento tradicional es de suma importancia en la agroecología y en la búsqueda de un nuevo paradigma basado en la sustentabilidad.

En otro trabajo, Altieri (1991) señala que es imposible separar los agroecosistemas de las culturas que los crean y entonces es indispensable considerar la complejidad de los sistemas agrícolas y la sofisticación del conocimiento local de la gente que los utiliza. A juicio de este autor tres son los elementos más relevantes del conocimiento tradicional: el conocimiento sobre el medio ambiente, las taxonomías biológicas folclóricas y las prácticas agrícolas. Según Reijntjes, Haverkort y Waters-Bayer, “[...] el saber autóctono va mucho más allá de la mera tecnología. Implica muchas nociones, percepciones e intuiciones relacionadas con el

medio ambiente”. Además, está integrado a creencias, valores, tradiciones, mitos y a las formas de organización y cooperación social: “El conocimiento autóctono puede ser visto como una acumulación dinámica y siempre cambiante de la experiencia colectiva a través de las generaciones” (1995, 36–37).

Este enfoque que se busca acercar al conocimiento campesino, al conocimiento popular, tiene una dimensión subversiva y crítica que surge del rechazo al mito de la superioridad del mundo urbano-industrial sobre el mundo rural, ya que este ha sido una parte esencial de los argumentos utilizados para justificar la destrucción de las culturas campesinas e indígenas como una condición para la modernización de la producción rural (Toledo, 1993: 213–215). Por su parte, Sevilla (1995: 20) considera que este enfoque ofrece una suerte de relativismo que permite reconocer otros modos de apropiación de la naturaleza, basados en premisas diferentes al racionalismo y el pragmatismo de la ciencia convencional. Además, permite obtener herramientas de análisis que esbozan la aparición de un nuevo paradigma científico, por medio del cual los investigadores se acercan al estudio de las culturas tradicionales no como un sector a modernizar sino como una parte de la sociedad que posee una especial sabiduría ecológica.

### Diversidad ecológica y diversidad cultural

Los ecosistemas naturales presentan una amplia diversidad de estructuras, componentes y procesos. El mantenimiento de esta diversidad además constituye la base de su estabilidad y renovabilidad. Su transformación en agroecosistemas conlleva una reducción de la diversidad para favorecer a las especies buscadas por los seres humanos, sin embargo, a lo largo de la historia diferentes culturas humanas han establecido agroecosistemas que manejan la diversidad ecológica en favor de una mayor productividad global del sistema y del mantenimiento de las bases ecológicas del mismo.

La agricultura industrializada representa el ejemplo extremo de la simplificación ecológica y de la pérdida de diversidad. Su tecnología promueve la alteración de los

ecosistemas, desde una perspectiva homogeneizante que ignora totalmente las diferencias entre los ecosistemas y las potencialidades productivas de la diversidad ecológica. Así, el paisaje agrícola moderno y productivo consiste en enormes extensiones de monocultivo, en las que el suelo existe como sustrato físico de la producción y el resto de las especies animales y vegetales presentes son enemigos a vencer. La agricultura industrializada tiene un alto impacto en la pérdida de la biodiversidad.

Para la agroecología esta diversidad biológica es un elemento central en sus estrategias de agricultura sustentable. Altieri (1999) sostiene que dada la heterogeneidad ecológica y productiva no existe en América Latina un tipo único de intervención tecnológica y entonces surge la necesidad de un enfoque amplio como la agroecología. Esta provee las bases ecológicas para el mantenimiento de la biodiversidad en la agricultura, restablece el balance ecológico de los agroecosistemas y permite alcanzar una producción sostenible. La biodiversidad promueve una variedad de procesos de renovación y servicios ecológicos en los agroecosistemas y su pérdida implica costos energéticos y ecológicos muy altos.

Siguiendo a Altieri (1999), la agroecología enfatiza un enfoque de ingeniería ecológica consistente en ensamblar los diversos componentes del agroecosistema —cultivos, animales, árboles— de manera que las interacciones temporales y espaciales entre ellos se traduzcan en rendimientos derivados de fuentes internas, reciclaje de nutrientes, materia orgánica, insectos, agentes patógenos y relaciones tróficas que resalten integraciones y sinergismos.

Además, este enfoque considera de suma relevancia la diversidad cultural, y desde la perspectiva coevolucionista estas culturas al actuar sobre diferentes ecosistemas han dado lugar a una amplia diversidad productiva. Los conocimientos y tecnologías que las diferentes culturas han desarrollado a lo largo del tiempo muestran su identidad y su sentido de la vida y son un aspecto fundamental del potencial endógeno. La defensa de las identidades culturales es una demanda de importantes movimientos indígenas y campesinos en los países del Sur, quienes están amenaza-

dos por los procesos homogeneizantes y entonces se vinculan con la agroecología para pelear por su derecho a conservar sus recursos ecológicos y sus formas e identidades culturales.

Como bien señala Toledo, la biodiversidad y la diversidad cultural son cuestiones estratégicas para los países en vías de desarrollo, pues contienen en sus territorios una rica diversidad biológica y una gran diversidad cultural. Ello constituye una importante base para el planteamiento de formas sustentables de hacer agricultura y construir procesos de desarrollo incluyentes que valoren y asuman el carácter pluriétnico de estas sociedades (1996: 29).

### **Un concepto central: el agroecosistema**

La agroecología considera que el agroecosistema es su unidad básica de trabajo y un concepto fundamental en su estructura teórica. Por eso este apartado está dedicado a presentar sus elementos principales. Uno de los intentos iniciales para conceptualizar al agroecosistema proviene de Hernández Xolocotzi, que lo definió “[...] como un ecosistema, modificando [sic] en mayor o menor grado por el hombre, para la utilización de los recursos naturales en los procesos de producción agrícola, pecuaria, forestal o de la fauna silvestre” (1977: XIX).

La propuesta de Gliessman considera que el concepto de partida es el ecosistema y lo define como “[...] un sistema funcional de relaciones complementarias entre los organismos vivos y su medio ambiente, delimitado por fronteras más bien arbitrarias y que en el espacio y el tiempo se orientan a mantenerse en un equilibrio dinámico” (1990: 379–380; la traducción es del autor). El agroecosistema se crea por la manipulación humana con el propósito de establecer la producción agrícola. Cuatro nociones ecológicas son centrales en el análisis de los agroecosistemas: el flujo de energía, los ciclos de nutrientes, los mecanismos de regulación de poblaciones y el equilibrio dinámico. Se entiende al agroecosistema como la respuesta a las relaciones dinámicas que se establecen entre las culturas humanas y sus ambientes físicos, biológicos y sociales a lo largo del tiempo. El entendimiento de estas relaciones provee de una he-

rramienta de gran utilidad para la producción agrícola sostenible (Gliessman, 1990).

Para Altieri, el agroecosistema es el resultado de la coevolución entre los procesos sociales y los procesos naturales que se desarrollan en forma paralela e interdependiente en un contexto histórico específico (1999: 59). Así, el desarrollo y la adaptación de sistemas y tecnologías es el resultado de las interacciones de los agricultores con sus conocimientos y su entorno biofísico y socioeconómico. El entendimiento de esta coevolución y de las relaciones entre procesos provee las bases para el estudio y diseño de agroecosistemas sustentables. El concepto de agroecosistema rebasa pues el ámbito ecológico y se adentra en lo social. En términos de Sevilla (1995), el agroecosistema es una construcción social producto de la coevolución entre las culturas humanas y la naturaleza. La manera en que cada grupo humano altera la estructura y dinámica de cada ecosistema supone la introducción de un nuevo tipo de diversidad —la humana—, al incluir en el manejo de los recursos el sello propio de su identidad cultural.

### *Principios de los agroecosistemas*

Los agroecosistemas funcionan con base en una serie de principios:

- El agroecosistema es la unidad ecológica principal y contiene componentes abióticos y bióticos que son interdependientes e interactivos y que sirven para procesar los nutrientes y el flujo de energía.
- La función de los agroecosistemas se relaciona con el flujo de energía y el reciclaje de los materiales, por medio de los componentes estructurales del ecosistema, y se realiza mediante el manejo del nivel de insumos.
- La cantidad total de energía que fluye a través de un agroecosistema depende de la cantidad fijada por las plantas o productores y los insumos provistos.
- El volumen total de materia viva se puede expresar en términos de biomasa. La cantidad, distribución y composición de biomasa varía con el tipo de organismo, el



ambiente físico, el estado de desarrollo del ecosistema y de las actividades humanas.

- Los agroecosistemas tienden hacia la maduración y pueden pasar de formas simples a estados más complejos. Esta tendencia es inhibida en la agricultura moderna al mantener monocultivos caracterizados por la baja diversidad y la baja maduración.
- La principal unidad funcional del agroecosistema es la población de cultivos. Esta ocupa un nicho en el sistema que juega un rol particular en el flujo de energía y en el reciclaje de nutrientes.
- Los cambios y las fluctuaciones en el ambiente —explotación, alteración y competencia— representan presiones selectivas sobre la población.
- La diversidad de las especies está relacionada con el ambiente físico. Un ambiente con una estructura vertical más compleja alberga más especies que uno más simple (Altieri, 1999: 47–48).

### ***Sustentabilidad en los agroecosistemas***

En la agricultura industrializada, los seres humanos han simplificado la estructura del ambiente sobre vastas áreas, reemplazando a la diversidad de la naturaleza con un reducido número de plantas cultivadas y animales domésticos. Este proceso de simplificación alcanza una forma extrema en el monocultivo. El objetivo de esta simplificación es aumentar la proporción de energía solar, fijada por las comunidades de plantas que estén directamente disponibles para los seres humanos. El resultado neto

[...] es un ecosistema artificial que requiere de la intervención humana constantemente. La preparación comercial de un semillero y la siembra mecanizada reemplazan los métodos naturales de esparcimiento de semillas; los plaguicidas químicos reemplazan los controles naturales sobre las poblaciones de malezas, plagas y agentes patógenos; además la manipulación genética reemplaza los procesos naturales de la evolución y selección de plantas (Altieri, 1999: 60).

De acuerdo con este autor, para mantener los niveles de productividad tanto de largo como de corto plazo, los agroecosistemas modernos requieren considerablemente más control ambiental que los sistemas agrícolas tradicionales. Los sistemas modernos necesitan grandes cantidades de energía importada para realizar el trabajo que en sistemas menos perturbados es ejecutado por procesos ecológicos naturales. Así, a pesar de ser menos productivos que los monocultivos modernos, los policultivos tradicionales por lo general son más estables y más energéticos.

Desde la agroecología se intenta trascender los criterios simples de las ciencias agrícolas convencionales, enfocadas a medir sólo la productividad de un cultivo y a buscar parámetros más amplios que incluyan la evaluación de diferentes factores que intervienen en el funcionamiento de un agroecosistema. Una propuesta interesante es la que elaboró Conway (1987), en la que plantea cuatro indicadores diferentes para evaluar los agroecosistemas desde una perspectiva amplia:

- **Sustentabilidad:** se refiere a la capacidad de un agroecosistema para mantener cierto nivel de producción a lo largo del tiempo. También indica la plasticidad de un agroecosistema para recuperarse después de situaciones de estrés por cuestiones ecológicas y socioeconómicas.
- **Equidad:** mide que tan equitativos están distribuidos los productos del agroecosistema entre los productores y consumidores locales.
- **Estabilidad:** es la constancia de la producción, bajo un conjunto dado de condiciones ambientales, económicas y de manejo.
- **Productividad:** es la cantidad de producto o de biomasa total por unidad de superficie, de insumos o de inversión.

Una aportación muy interesante la hace Marten (1988), que presenta a la autonomía como un quinto elemento para agregar a los cuatro indicadores propuestos por Conway. Para Marten (1988), la autonomía tiene dos dimensiones:

la autosuficiencia —el grado de integración de los intercambios internos—, y la autogestión —el control sobre las decisiones de funcionamiento— en un agroecosistema.

Por su parte, Altieri (1999) señala una serie de principios agroecológicos para el manejo sustentable de los agroecosistemas: la diversificación vegetal y animal a nivel de especies y de genética en tiempo y espacio; el reciclaje de nutrientes y materia orgánica, optimizando la disponibilidad y balance de nutrientes; la provisión de condiciones edáficas óptimas vía materia orgánica, estimulando la biología del suelo; la minimización de pérdidas de suelo y agua; el control de la erosión y manejo del microclima, y la explotación de sinergismos vía interacciones plantas–plantas, plantas–animales y animales–animales.

## Métodos de la agroecología

La agroecología cuestiona los enfoques teóricos de la ciencia agrícola convencional y propone un marco de análisis más amplio e incluyente. Sin embargo, el cuestionamiento se extiende hacia las formas de realizar las acciones de investigación y experimentación en el medio rural y se orienta hacia la búsqueda de métodos coherentes con los principios de la agroecología. En este ámbito, el camino aún es largo y se han generado múltiples planteamientos que buscan hacer aportaciones. La variedad es muy amplia y va desde simples readaptaciones de las estrategias convencionales hasta métodos complejos que integran principios y técnicas de diversas ciencias.

A continuación se presenta una breve síntesis de diversas propuestas metodológicas que pueden ser inscritas dentro de los intentos de la agroecología por construir métodos alternativos de investigación orientados a la agricultura sustentable. Se sugiere profundizar en las características y elementos de estos métodos consultando las fuentes originales citadas en la bibliografía. También se recomienda consultar el libro de Frans Geilfus, intitulado *80 herramientas para el desarrollo participativo*, que ofrece una interesante muestra de diversas metodologías de utilidad en el trabajo hacia la agroecología.

### ***Estudio de agroecosistemas tradicionales***

Este esfuerzo pionero proviene de Hernández Xolocotzi (1977), quien propone que los trabajos de investigación deben tomar en cuenta que hay diferencias básicas entre agroecosistemas y ecosistemas. Las principales son: que los sistemas agrícolas se asemejan a fases incipientes de sucesión en ecosistemas naturales; que se produce un rejuvenecimiento de los niveles tróficos inferiores; que los agroecosistemas tienden a la simplicidad, reduciendo la diversidad; que los agroecosistemas tienden a reducir los mecanismos reguladores, presentando dificultades para aumentar su complejidad, y por último, que en los agroecosistemas los desequilibrios se pueden alcanzar con mayor facilidad, existiendo la posibilidad de regresiones a niveles inferiores e irreversibles de organización.

Las etapas de la metodología propuesta por Hernández Xolocotzi son: selección del área de estudio; introducción al área; observación para regionalizar; recopilación de información ecológica; registro de calendarios agrícolas y definición de los agroecosistemas; formulación de hipótesis de trabajo; cotejo experimental y evaluación participativa de la tecnología agrícola tradicional.

### ***Análisis de agroecosistemas***

Esta metodología ha sido propuesta por Conway y pretende “[...] combinar herramientas de análisis rigurosas con la flexibilidad necesaria para el enfoque interdisciplinario —fundamental para comprender los complejos agroecosistemas campesinos—, a través de técnicas de diagnóstico rápido” (1985: 37; la traducción es del autor). La metodología está basada en conceptos ecológicos y socioeconómicos y propone un nivel de análisis aplicable a la jerarquía de sistemas y sus diferentes niveles, reconociendo las relaciones entre las propiedades de los agroecosistemas en el desarrollo agrícola.

Además, puede evaluar el comportamiento del agroecosistema y servir de base para mejorarlo. Así, es posible comprender el funcionamiento de los agroecosistemas desde cuatro aspectos: la sustentabilidad, la estabilidad, la equidad y la productividad. Estos aspectos se expresan en cuatro patrones básicos —espacio, tiempo, flujos y decisiones— y las etapas de la metodología son: definición de objetivos; defini-

ción del sistema, sus límites y jerarquías; análisis de los patrones básicos; preguntas clave y guías de acción; hipótesis de trabajo y diseño de la investigación (Conway, 1985).

La metodología hace énfasis en el trabajo interdisciplinario, en el análisis colectivo, en las visitas de campo y en el uso de técnicas visuales, como transectos agroecológicos, mapas, calendarios, diagramas y árboles de decisión.

### ***Diagnóstico rural rápido***

El término incluye una importante cantidad de métodos con grandes similitudes entre ellos —diagnóstico rápido de sistemas rurales, diagnóstico rápido para el desarrollo agrícola— y surge con una gran influencia de Chambers y sus colaboradores en Gran Bretaña. Esta metodología se puede definir como una actividad sistemática y semiestructurada, realizada en el campo por un equipo multidisciplinario y planeada para obtener rápidamente nuevas informaciones e hipótesis sobre la vida rural. De acuerdo con Chambers (1992), los fundamentos de la metodología son:

- Las relaciones entre el principio de la ignorancia óptima —ignorar lo que no es necesario saber— y la imprecisión adecuada —no medir nada con más precisión de la que fuere necesario.
- Evitar dispersiones, investigar más profundamente ciertos puntos clave y no pretender contemplar demasiados aspectos de relevancia discutible.
- Hacer triangulaciones, es decir, no utilizar una sola fuente de información sino usar al menos tres versiones sobre el mismo tema.
- Aprender con la población rural directamente, cara a cara, procurando obtener información acerca del conocimiento autóctono.

Las técnicas propuestas son: la revisión de datos secundarios; la observación directa, los diagramas, las entrevistas semiestructuradas; los juegos analíticos, y los retratos e historias (Chambers, 1992).

### ***Desarrollo participativo de tecnologías***

Esta metodología se origina a partir del trabajo realizado en diferentes partes del mundo por el Centro de Información para la Agricultura Sustentable de Bajos Insumos Externos, ubicado en Holanda. Para Reijntjes, Haverkort y Waters-Bayer, los principios del desarrollo participativo de tecnologías son: un enfoque que se orienta a fortalecer la capacidad local de experimentación e innovación; alentar a los agricultores para crear y evaluar tecnologías autóctonas, así como para elegir, ensayar y adaptar tecnologías externas con base en su saber y su sistema de valores; un proceso complementario que vincula la ciencia agronómica con las prioridades y capacidades de los agricultores para desarrollar sistemas agrícolas sustentables, y propiciar y desarrollar la capacidad, dignidad y confianza de los agricultores en sí mismos (1995: 138).

La secuencia general de las etapas de esta metodología son: el lanzamiento del programa; la definición de temas de ensayo; la planeación de las experimentaciones; la puesta en común de los resultados y el mantenimiento del proceso (Reijntjes, Haverkort y Waters-Bayer, 1995). El desarrollo participativo de tecnologías considera como esencial promover los siguientes procesos: vínculos directos entre agricultores; vínculos a través de organizaciones no gubernamentales y organizaciones de agricultores; modificación de actitudes en investigadores y extensionistas, y formación de redes de agricultores (regionales, nacionales e internacionales).

### ***Diagnóstico rural participativo***

Al igual que en otras propuestas metodológicas, en este término se integran varias metodologías con bastante proximidad en sus planteamientos y principios. De todas las iniciativas se considera que la más acabada es la de Tillmann y Salas (1994). Para estos autores el diagnóstico rural participativo es un proceso de diálogo y concertación que genera conocimiento social para transformar la realidad y fomenta la organización democrática de pueblos y comunidades. El proceso se orienta a fortalecer la identidad y la cultura de la población local y va creando una capacidad reivindicadora de los marginados que contribuye a mejo-

rar el control de las comunidades sobre sus recursos locales. Además, es un proceso de investigación y un conjunto de técnicas que exigen una actitud democrática por parte de quien la aplica.

El método tiene como características principales las siguientes: la relativización del concepto de ciencia; la valoración del conocimiento campesino; el abordaje de la cuestión del poder; la democratización del saber, y el aprendizaje del investigador. El diagnóstico rural participativo también propone un conjunto de herramientas: las entrevistas semiestructuradas; la observación participante; el análisis de fuentes secundarias; los mapas y fotografías aéreas; los perfiles; los diagramas de Venn; los diagramas históricos; los dibujos; los sociodramas, y los juegos comunales.

## **Metodología**

### **MESMIS**

Una propuesta muy interesante es el Marco para la Evaluación de Sistemas de Manejo Incorporando Indicadores de Sustentabilidad (MESMIS), que ha sido desarrollado por Masera, Astier y López, a partir de sus experiencias en el Grupo Interdisciplinario de Tecnología Rural Apropiada (GIRA), en Pátzcuaro, México. El MESMIS tiene como objetivo principal brindar un marco metodológico para evaluar la sustentabilidad de diferentes sistemas de manejo de recursos naturales a escala local —comunidad, granja, parcela—, bajo las siguientes premisas:

- El concepto de sustentabilidad se define a partir de siete atributos generales de los agroecosistemas: productividad, estabilidad, confiabilidad, resistencia, adaptabilidad, equidad y autogestión.
- La evaluación de la sustentabilidad es válida sólo para un sistema de manejo en un espacio y contexto específico, una escala espacial y una escala temporal previamente determinadas.
- La evaluación de la sustentabilidad es una actividad participativa, que requiere una perspectiva y un equipo interdisciplinario.
- La evaluación de la sustentabilidad no se puede medir per se sino de una manera comparativa, ya sea un mis-

mo agroecosistema a través del tiempo —comparación longitudinal—, o bien con otros sistemas de referencia —comparación transversal.

- La evaluación de la sustentabilidad es un proceso cíclico que tiene como objetivo central el fortalecimiento, tanto de los sistemas de manejo como de la metodología utilizada (Masera y López-Ridaura, 2000).

El MESMIS propone un ciclo de evaluación que comprende los siguientes pasos: la definición del objeto de evaluación; la determinación de los puntos críticos de los agroecosistemas a evaluar; la selección de indicadores; la medición y monitoreo de indicadores; la presentación e integración de resultados, y las conclusiones y recomendaciones (Masera y López-Ridaura, 2000).

A manera de conclusión, es posible observar que las propuestas metodológicas presentadas contienen importantes diferencias, tanto en los aspectos que reconocen como en el énfasis puesto en ellas. Sin embargo, también existen puntos de encuentro y es posible detectar los siguientes rasgos comunes:

- El reconocimiento de la complejidad de los agroecosistemas y la consiguiente necesidad de analizarlos desde un enfoque trasdisciplinario.
- La relativización de los enfoques convencionales de la investigación científica.
- La importancia de la participación de los habitantes rurales.
- La necesidad de utilizar métodos de investigación más rápidos y operativos.
- El uso de técnicas cualitativas y visuales.
- La revalorización del conocimiento local.



## Capítulo X | La investigación participativa

---

La puesta en práctica del modelo modernizador en el medio rural se realiza a partir de una estructura teórica y metodológica orientada a capacitar y educar a los campesinos y pobladores del campo. Desde esta perspectiva, las actividades de extensión, formación y capacitación rurales se dirigen a seres humanos pasivos, atrasados e ignorantes, a quienes es necesario educar para lograr una mentalidad moderna. Además, esta visión hace énfasis en la ciencia y la técnica agropecuaria —en forma de paquetes tecnológicos— como contenidos fundamentales de estas actividades.

El diseño de formas alternativas de desarrollo en el medio rural también requiere la búsqueda de elementos conceptuales y metodológicos que se orienten hacia la participación activa de los diversos actores sociales en estos procesos. Desde esta perspectiva, la educación adquiere una dimensión totalmente diferente y, por tanto, las formas de creación, transmisión y utilización del conocimiento demandan un tratamiento distinto al utilizado en el enfoque modernizador.

La investigación participativa propone elementos importantes en este sentido y es una herramienta de especial relevancia en la búsqueda y diseño de estrategias de desarrollo rural sustentable.

## Educación popular y el contexto de la investigación participativa

La educación popular es la matriz filosófica y epistemológica de la investigación participativa, una construcción conceptual y metodológica que tanto debe al pedagogo brasileño Paulo Freire.

A partir de los trabajos de alfabetización realizados por Freire en Brasil, en los años setenta del siglo XX, inicia esta propuesta educativa, que se extendería por América Latina y que pasaría a ser una práctica metodológica de una amplia gama de comunidades eclesiales de base, organizaciones no gubernamentales, populares y ciudadanas. La educación popular también ha sido utilizada en campañas de alfabetización masiva y popular en Nicaragua, Guinea Bissau, Sao Tomé y Príncipe, que lograron reducir de forma notable los niveles de analfabetismo de la población.

Esta propuesta educativa parte de una postura epistemológica al considerar los procesos educativos como un diálogo entre los seres humanos, acerca de su mundo, de su realidad concreta. Para Freire: “[...] nadie dice la palabra solo. Decirla significa necesariamente un *encuentro de los hombres*. Por eso, la verdadera educación es diálogo. Y este encuentro no puede darse en el vacío, sino que se da, en situaciones concretas, de orden social, económico, político” (1985: 16). Así, al conocer cada quien una parte de la realidad —su visión de la realidad— y establecer un diálogo en torno a ella con otros seres humanos, nadie educa a nadie y todos se educan entre sí, es decir, todos somos sabios y todos somos ignorantes respecto a los diversas dimensiones de la realidad (Freire, 1985).

Lo anterior origina una postura de naturaleza ética en la educación popular, en la que ya no cabe más la distinción entre educador y educando. Según Freire: “No más educando, no más educador, sino *educador-educando con educando-educador*, como el primer paso que debe dar el individuo para su integración en la realidad nacional, tomando conciencia de sus derechos” (1985: 16). La educación verdadera es praxis, reflexión y acción de los seres humanos sobre el mundo para transformarlo. Es pues, un acto de coraje, es una práctica de la libertad dirigida hacia la realidad para transformarla, una propuesta pedagógica de los

seres humanos en proceso de permanente liberación (Freire, 1985: 16–19).

Esta consideración fundamental de la educación popular trasciende el enfoque convencional de la educación que considera a los educandos seres pasivos e ignorantes, a quienes hay que llenar de contenidos, a través de un educador que sí sabe y que sí conoce. Esta educación bancaria —en el sentido de que alguien deposita conocimientos en una persona que está para recibirlos— representa una limitación estructural a los procesos educativos para las transformaciones sociales y económicas que requiere el desarrollo (Freire, 1985).

De tal suerte que la educación popular presenta otra consideración de naturaleza política: “[...] al asumirse como uno de los procesos que participa en la creación de una nueva propuesta cultural, política e ideológica alternativa a la hegemonía dominante” (Barreiro, 1974: 25). Además, propone generar procesos de toma de conciencia, es decir, de conocimiento y, por lo tanto, de aprendizaje particular y social de la realidad de quienes se educan, así como de su medio social y material. “Esta conciencia posibilita la transformación de la realidad, la construcción colectiva de un proyecto histórico propio. La educación se concibe entonces, como uno de los elementos que acompaña la transformación de los seres humanos marginados desde su existencia material, hacia su existencia ciudadana y política” (Barreiro, 1974: 29).

Un elemento central en la propuesta de la educación popular es el concepto de concientización. Para Freire (1983), la concientización implica trascender la esfera espontánea de la aprehensión de la realidad para llegar a una esfera crítica en la que la realidad se da como objeto cognoscible y en la que los seres humanos asumen una posición epistemológica. Por eso la concientización es compromiso histórico, es conciencia histórica. Es, en fin, inserción en la historia, donde los seres humanos asumen el papel de sujetos hacedores y rehacedores del mundo, así como reconocen que entre más concientizados están más existen.

De esta forma, al ser la educación popular un elemento que contribuye a la participación social en los procesos de

liberación, cuatro son los sentidos del proceso de concientización, base pedagógica de la educación popular. El primero es la concientización como descubrimiento de la dimensión de la persona y como compromiso con sus consecuencias. Un segundo elemento es la concientización como conquista de la conciencia crítica a lo largo de una escala progresiva de descubrimientos relacionales. El tercero es la concientización como pasaje de la conciencia oprimida hacia la conciencia de opresión y, por último, la concientización como emergencia de la existencia oprimida hacia la conciencia del oprimido (Barreiro, 1974: 43).

La investigación participativa nace y crece en América Latina durante la década de los años sesenta y comienzos de la década de los años setenta del siglo XX. En esos momentos la región sufre múltiples intentos de cambio y transformación en muy diversos ámbitos de la vida política, social y académica. El modelo de desarrollo modernizador mostraba ya sus limitaciones y la búsqueda de alternativas presentaba una gama muy amplia, que iba desde movimientos insurreccionales hasta formas novedosas de organización de la sociedad civil, pasando por la participación en formatos institucionales de democracia representativa. Esa época también fue la génesis de muy diversos movimientos sociales que fueron ampliando la agenda política de las demandas ciudadanas. La emergencia de movimientos de mujeres, jóvenes, indígenas, pobladores urbanos, cristianos, ecologistas, homosexuales y lesbianas, entre otros, demandó la búsqueda de nuevos referentes teóricos, más amplios e incluyentes, que trascendieran las visiones unilaterales del desarrollo.

El contexto donde nace la investigación participativa además incluye un crecimiento en el trabajo de base, tanto con los sectores “tradicionales” —es decir obreros y campesinos— como con los actores sociales emergentes. Se hacen múltiples esfuerzos organizativos y educativos orientados hacia la transformación de las estructuras sociales y económicas de América Latina, crecen en forma importante las organizaciones no gubernamentales y adquieren un papel público relevante en actividades que van desde la gestión de proyectos de desarrollo hasta la defensa de los derechos

humanos. Las organizaciones populares también crecen y asumen en ciertas coyunturas una función como interlocutores de los ciudadanos ante el poder del estado.

La dinámica social y política se reflejó necesariamente en el ámbito académico, en especial en las ciencias sociales, donde surgieron diversas escuelas de pensamiento que intentaron explicar la situación latinoamericana, a partir de las propias miradas de la región. Así, vale la pena mencionar a manera ilustrativa la teoría de la dependencia, el análisis de las sociedades indígenas, la educación popular, la teología de la liberación y la reflexión sobre la identidad latinoamericana, entre otros.

Estas escuelas de pensamiento comparten un cuestionamiento a fondo de los modelos teóricos occidentales —en especial el positivismo y el marxismo dogmático— y tienen en común la intención de crear teorías propias, coherentes con las condiciones de América Latina. Además, comparten la búsqueda latinoamericana de participar desde su realidad en la discusión internacional sobre los caminos hacia el desarrollo.

## **Investigación participativa**

La propuesta de la educación popular y la búsqueda de caminos alternativos al desarrollo son el contexto donde se construye la investigación participativa. El trabajo de base y la puesta en práctica de los métodos de educación popular plantearon una serie de retos acerca del conocimiento, su generación y utilización en la transformación de la realidad. Paulo Freire enuncia la cuestión de la siguiente manera:

Si se entiende la realidad como la conexión entre la objetividad y la forma en que las personas se hallan involucradas en los hechos, procesos y estructuras, y la percepción e interpretación de dicha realidad, habrá entonces que plantear para la investigación de esa realidad métodos en los que los sujetos participen activamente como investigadores de la realidad, y no como objetos pasivos de investigación (1982: 29; la traducción es del autor).

Desde esta perspectiva, la investigación participativa busca desaparecer las diferencias entre investigadores e investigados y entre sujetos y objetos de producción de conocimiento, por medio de la participación de la gente en la apropiación y creación del saber. En este proceso, la investigación no es sólo un medio de creación del conocimiento sino una herramienta para la educación y el desarrollo de la conciencia y una estrategia de movilización para la acción. La investigación participativa es entendida entonces como una actividad integrada que combina investigación, educación y acción.

Asimismo, nace como necesidad y es el resultado de la práctica de equipos de trabajo en contacto con diversos actores sociales, interesados en la transformación de sus comunidades. Si bien se ubica en una matriz conceptual y filosófica bien definida, en principio no surge y se desarrolla de una determinada teoría del conocimiento sino de la práctica concreta de grupos comprometidos con el cambio social. Por eso la investigación participativa se origina con diversos nombres en diferentes países y regiones. Se trata entonces de un descubrimiento, de un encuentro común y colectivo de un amplio número de personas, organizaciones populares y no gubernamentales, implicados en prácticas de transformación social.

Una revisión de algunas experiencias iniciales de investigación participativa incluye trabajos elaborados en América Latina desde los años sesenta, las experiencias de Paulo Freire y la investigación temática, la investigación acción de Orlando Fals Borda, en Colombia, y la observación militante de Darcy de Oliveira (Hall, 1983). En África es relevante la experiencia de Swantz y su equipo, en Tanzania, con sus estudios sobre la desnutrición. En Europa, una relectura de los textos de la Escuela de Frankfurt, en especial de Habermas y Adorno, llevó a la sociología-acción como punto de la agenda de investigadores sociales, como por ejemplo Jan de Vries, quien desarrolló experiencias educativas desde esta perspectiva, en Holanda, o Paolo Orefice en la Universidad de Nápoles ha investigado las cuestiones de concientización comunal. El Centro Highlander de Tennessee, Estados Unidos, utiliza el enfoque para estu-

dios sobre tenencia y uso de la tierra, en tanto que Stimson ha utilizado métodos de investigación participativa en trabajos de desarrollo de la comunidad, en Canadá.

### **Propuestas conceptuales**

La investigación participativa se ha desarrollado en ámbitos muy diferentes y desde prácticas sociales muy diversas, hecho que la hace ser un cuerpo conceptual y metodológico de naturaleza muy dinámica y, por tanto, resulta reduccionista y hasta inútil el intento de definir un concepto. Dado lo anterior, en este apartado se presentan distintas propuestas conceptuales de la investigación participativa y, a partir de esta diversidad, se plantean los puntos de encuentro entre ellas.

Para Schutter y Yopo, la investigación participativa

Es una conjugación de una crítica teórica epistemológica, una ruptura con los procesos que existen, por un lado y, por otro, el resultado de una reestructuración de elementos innovadores provenientes de diversas experiencias prácticas y de los avances teóricos recientes. De esta manera se ha convertido en una praxis nueva que se presenta como una opción metodológica y un enfoque estratégico para la acción (1983: 58-59).

Además, se entiende como un enfoque mediante el que se pretende la plena participación de la comunidad en el análisis de su propia realidad, con el objeto de promover la transformación social para beneficio de los participantes de la investigación. Esta actividad es, por lo tanto, educación, investigación y acción social (Schutter y Yopo, 1983).

La concepción anterior implica un esfuerzo por construir un enfoque capaz de resolver la tensión permanente entre el proceso de generación del conocimiento y el uso del conocimiento; entre el mundo académico y el mundo real; entre los intelectuales y la gente común; entre la ciencia y la vida; entre la teoría y la práctica. Dos ideas resultan de interés en la aportación conceptual de Schutter y Yopo: la primera es la noción de la investigación participativa como una opción teórica y metodológica, pero también como una

estrategia para la acción. La segunda se refiere al reto que se le presenta para resolver la contradicción entre el mundo académico y el mundo real, entre la ciencia y la vida.

Otra propuesta conceptual importante es la de Schutter, para quien la investigación participativa “[...] es la producción de conocimientos sobre las relaciones dialécticas que se manifiestan en la realidad social, es decir, entre las estructuras objetivas —a nivel macro y micro— y la manera en que se perciben a sí mismos los seres humanos en su relación histórica con esas estructuras” (1981: 175). Esta definición tiene una consecuencia metodológica: es necesario involucrar a los sujetos como investigadores que estudian esas relaciones dialécticas. Schutter además dice que este tipo de investigación “[...] tiene como objetivo conocer y analizar la realidad en sus tres momentos constitutivos: los procesos objetivos, la percepción —nivel de conciencia— que sobre estos procesos tienen los seres humanos y la experiencia vivencial dentro de las estructuras sociales” (1981: 176).

Así, la investigación participativa es en sí misma un método educativo y un instrumento para la concientización y la acción transformadora. Lo anterior supone otra consecuencia metodológica: la participación se visualiza en el diseño y la ejecución de la investigación y también en la utilización de los conocimientos, por parte de los sujetos, en acciones que cambien su realidad. En la propuesta de Schutter resulta relevante su idea de los tres momentos constitutivos de la realidad y, por ende, la importancia de reconocerlos en los procesos de investigación participativa. También es interesante su propuesta de considerarla como un método educativo, pero además como un instrumento para la concientización y la acción transformadora.

Anisur y Fals Borda consideran a la investigación acción participativa como un término intercambiable con el de investigación participativa y la conceptualizan “[...] como una metodología de investigación con evolución hacia la relación sujeto/sujeto para conformar patrones simétricos, horizontales y no-explotadores en la vida social, económica y política, y como una parte del activismo social con un compromiso ideológico y espiritual para promover



la praxis popular (colectiva)” (1991: 40). Para estos autores, la investigación participativa intenta combinar el saber popular y el conocimiento científico, a fin de construir procedimientos con el pueblo como sujeto de la historia y de tener control sobre el proceso de generación del conocimiento, con el objeto de avanzar hacia una sociedad más justa, más productiva y más democrática (Anisur y Fals Borda, 1991). La propuesta explicita la dimensión política de la investigación participativa, entendida como un elemento para apoyar la participación popular en la generación y utilización del conocimiento, así como en la perspectiva de construir una sociedad alternativa.

Una iniciativa más se debe a Park, quien la define como “[...] un marco dentro del cual, la gente que busca superar situaciones de opresión pueda llegar a entender las fuerzas sociales que operan y obtener fuerza en la acción colectiva. Sus funciones son, pues, cognoscitivas y transformadoras; produce conocimiento y lo vincula simultánea e íntimamente con la acción social” (1992: 136). Es un proceso educativo continuo que no termina con la finalización de un proyecto sino que continúa viviendo en la conciencia crítica y en las prácticas transformadoras de los participantes. De especial interés es la claridad con la que Park plantea a la investigación participativa como una actividad que integra aspectos cognoscitivos y transformadores, produciendo conocimiento y vinculándolo con la acción social. También resulta relevante la idea de considerarla como un ciclo continuo de conocimiento–concientización–transformación.

En medio de esta diversidad de orígenes y contextos es posible ofrecer un consenso acerca de los siguientes elementos conceptuales comunes a las acciones de la investigación participativa:

- La consideración de este tipo de investigación como una opción teórica y metodológica que posibilita la integración verdadera entre la gente y los investigadores para conocer y transformar la realidad.
- El entendimiento de que el desarrollo tiene una dimensión endógena y es a la propia gente a quien corresponde conducirlo. Así es como este tipo de investigación

adquiere sentido como un instrumento viable para la promoción de estos procesos.

- La idea de la investigación participativa como un proceso educativo, de investigación y de transformación de la realidad.
- La factibilidad e importancia de generar conocimiento popular y el reconocimiento de su validez, así como la necesidad de establecer el diálogo entre el conocimiento científico y el popular.
- La necesidad de desmitificar a la ciencia dominante y a sus métodos de generación e investigación de la realidad.
- La perspectiva de la investigación participativa como un elemento relevante de los procesos de construcción de sociedades alternativas, más justas y más democráticas.

### ***Elementos metodológicos***

La existencia de una diversidad de propuestas conceptuales trae como resultado que también haya una amplia gama de elementos metodológicos en la investigación participativa. En este apartado se presentan aquellos que se consideran representativos de esa diversidad. Por ejemplo, para Fals Borda (1991) las etapas metodológicas son cinco:

- Investigación colectiva: se refiere al uso de información recolectada y sistematizada en una base grupal, como fuente de datos y conocimientos resultantes de reuniones, sociodramas, giras experimentales, asambleas y demás actividades colectivas. En esta etapa no sólo se producen datos sino también se provee la validación social de estos. De esta manera, la confirmación se obtiene de los valores positivos del diálogo, la discusión, la argumentación y el consenso, en la investigación de las realidades sociales.
- Recuperación crítica de la historia: consiste en el esfuerzo de descubrir de manera selectiva y por medio de la memoria colectiva, aquellos elementos del pasado que pueden ser usados en las luchas del presente para aumentar la concientización. Aquí los instrumentos de investi-

gación priorizan los cuentos y leyendas populares, rescatando la tradición oral vía los testimonios, entrevistas y relatos vivenciales.

- Valoración de la cultura popular: implica el reconocimiento de los valores esenciales de la gente. Lo anterior permite que elementos frecuentemente ignorados en la práctica educativa y política sean revalorados. Desde esta perspectiva, adquieren otra dimensión manifestaciones culturales como el arte, la música, el drama, los deportes, las creencias, los mitos y otras expresiones relacionadas al sentimiento, la imaginación y las tendencias lúdicas.
- Producción y difusión del nuevo conocimiento: integra formas de sistematización y comunicación del conocimiento generado. Se priorizan aquellos métodos de comunicación basados en lenguajes totales que incluyen imágenes, sonidos, teatro popular, sociodramas, radio, música, poesía, marionetas o videos.
- Devolución sistemática: se refiere a la socialización de los conocimientos generados entre todos los participantes en el proceso. Esto es una obligación, dado que son las comunidades y las personas participantes los dueños de este conocimiento y entonces son ellas quienes pueden determinar las prioridades respecto a su uso, al igual que establecer las pautas para la publicación y difusión de este saber. Esta etapa se orienta hacia el objetivo de transformar el conocimiento popular en conocimiento crítico, integrado por el conocimiento experimental y el teórico.

Por su parte, Schutter y Yopo señalan como características metodológicas de la investigación participativa las siguientes:

- El punto de partida lo constituye la visión de la realidad como una totalidad.
- Los procesos y estructuras son comprendidos en su dimensión histórica.
- La relación sujeto-objeto se convierte en una relación sujeto-sujeto, por medio del diálogo.

- La educación, la investigación y la acción se convierten en un solo proceso.
- El carácter sincrónico y cuantitativo de la investigación tradicional es reemplazado por una orientación diacrónica y una integración de elementos cuantitativos y cualitativos.
- La comunidad y los investigadores producen de manera conjunta conocimientos críticos dirigidos hacia la transformación social.
- Los resultados de la investigación son aplicados a la realidad concreta (1983: 68).

Pero es Park quien hace la aportación más relevante acerca de la metodología de la investigación participativa, pues desde su perspectiva

El proceso comienza con un problema que surge de la gente afectada por él y cuyo interés exige una solución. El problema es social por naturaleza y requiere de soluciones colectivas, de otro modo no existe la participación. Los miembros de la comunidad están conscientes del problema, pero en ocasiones requieren el concurso de un equipo externo que movilice y organice a la comunidad para la resolución del problema (1992: 150).

La siguiente etapa se refiere a la participación activa de la comunidad en el proceso de búsqueda. La población decide cómo formular el problema a investigar, qué información se debe obtener, los métodos a ser utilizados, los procedimientos concretos, la forma de analizar los datos, qué hacer con los resultados y qué acciones se desarrollarán. “En esta etapa el investigador actúa esencialmente como un organizador de la discusión y como un consultor técnico que puede aportar información que facilite el proceso” (Park, 1992: 155).

La etapa posterior contempla la utilización de los resultados. Los hechos que surgen de la investigación de un problema pueden ser útiles para organizar las acciones comunitarias, para elaborar políticas de desarrollo y para ejecutar medidas de cambio social. El proceso indagatorio

llega a un punto de cristalización cuando los resultados de la investigación se reúnen de modo sistemático al final. Los hallazgos constituyen temas para la reflexión colectiva y para el diálogo.

Es posible encontrar, a pesar de las diferencias entre las distintas propuestas metodológicas, sus puntos de encuentro. A continuación se proponen algunos:

- El problema de investigación se origina en el grupo participante.
- La investigación participativa implica que las personas de la comunidad o del grupo se involucren en el proceso de indagación.
- El objetivo final de la investigación participativa es la transformación estructural y mejoramiento del nivel de vida de los participantes.
- La investigación participativa se enfoca al trabajo con un amplio espectro de actores sociales, preferentemente con los más marginados y explotados.
- El propósito de la investigación participativa consiste en lograr que los individuos involucrados en el proceso estén conscientes de sus propias habilidades y recursos, así como de su potencial de transformación.

### *Investigación participativa y trabajo en el medio rural*

Las ideas de la educación popular tuvieron un impacto significativo en el ámbito del trabajo con sectores rurales y permitieron un cuestionamiento a fondo de los sistemas de extensión y capacitación utilizados para la puesta en marcha de la modernización del campo. Además, sentaron las bases para una metodología de trabajo alternativo con las sociedades rurales, reorientando la labor de los técnicos agrícolas hacia un diálogo con los agricultores —reconociendo por ejemplo los saberes campesinos— y permitiendo, por un lado, la revaloración de los conocimientos locales y, por otro, el cambio hacia formas de educación y formación dirigidas no a la aceptación acrítica de la modernización sino a la transformación de la realidad del campo.

El punto de partida de estos cambios fue la obra de Paulo Freire *¿Extensión o comunicación?: la concientización en*

*el medio rural* (1978). En esta Freire plantea las cuestiones centrales que permitirían la posterior construcción de metodologías alternativas para el trabajo rural. El texto resalta el análisis crítico que hace su autor acerca del concepto extensión rural. Para Freire, este concepto denota el extender conocimientos de parte de alguien que los tiene hacia alguien que no los tiene e implica la necesidad que sienten aquellos, que llegan hacia la otra parte de la gente considerada inferior —por carecer de conocimientos—, para a su manera normalizarla, para hacerla más semejante a su mundo. Así, desde este enfoque, el contenido y las formas de la extensión rural persiguen capacitar a los incapacitados y modernizar a los atrasados, para incorporarlos al desarrollo (1978: 21).

Por el contrario, Freire propone un trabajo rural que se oriente a

[...] educar y educarse en la práctica de la libertad, es tarea de aquellos que saben que poco saben —por esto saben que saben algo, y pueden así, llegar a saber más—, en diálogo con aquellos que, casi siempre, piensan que nada saben, para que éstos, transformando su pensar que nada saben en saber que poco saben, puedan igualmente saber más (1978: 25).

Así, el trabajo del agrónomo—extensionista pasa a ser el trabajo del agrónomo—educador y tiene como objetivo posibilitar, mediante la problematización del ser humano en sus relaciones con el mundo y con los otros seres humanos, que profundicen en su toma de conciencia de la realidad, en la cual y con la cual están. El instrumento es el diálogo entre las personas en torno a su mundo, para pronunciar, transformar y, por tanto, humanizar. El diálogo no manipula, no invade, no impone, ser dialógico es empeñarse en la transformación de la realidad. Por eso para Freire (1978) el quehacer fundamental del agrónomo, más que un técnico distante y frío, es el de un educador que se compromete y se inserta con los campesinos en la transformación, como sujeto, con otros sujetos.

A partir de estas raíces se comprende porque la investigación participativa ha sido una propuesta conceptual y metodológica de gran relevancia en el trabajo de desarrollo con campesinos, indígenas y pobladores rurales. Sus ámbitos de acción comprenden la compleja problemática social, política y económica del campo, acometiendo en especial las cuestiones de género, etnia, educación, salud, poder, infraestructura y organización comunitaria. Los distintos contextos en los que se ha utilizado han permitido enriquecer sus estrategias y ampliar su aplicación hacia distintos aspectos de la problemática rural.

Además de estas aportaciones que en general ha realizado la investigación participativa para el trabajo rural, existen aspectos más concretos que adquieren gran relevancia en el trabajo de extensión-investigación-educación, relacionados con las actividades agropecuarias. Estos aspectos concretos enriquecen de forma notable los enfoques de la agroecología y proponen consideraciones conceptuales que abonan hacia la construcción de estrategias participativas de hacer agricultura sustentable. A continuación se presenta una síntesis interesante realizada por Cornwall, Guijt y Welbourn (1993):

- La inclusión de las cuestiones políticas en las estrategias participativas de desarrollo rural. La visión de la agricultura como un proceso social que incluye no sólo aspectos técnicos sino políticos y económicos trasciende el limitado enfoque técnico y demanda analizar las dimensiones políticas y las interrelaciones de estas con los aspectos económicos y productivos.
- La ubicación de las acciones de extensión-investigación-educación en una perspectiva orientada a que la gente tenga el control sobre los procesos de desarrollo y de transformación de la realidad. Esto además explicita la posibilidad de entrar en conflicto con las fuerzas políticas y económicas que no desean las transformaciones.
- El cuestionamiento de las relaciones convencionales entre técnico y campesino y las relaciones de poder que esto genera. La investigación participativa propone revertir los roles entre el conocimiento científico y el

conocimiento local, encaminándose hacia un diálogo de saberes.

- La investigación participativa propone un cambio radical en el trabajo de extensión–investigación–educación agrícola. El cambio implica dejar el enfoque centrado en la enseñanza y asumir una visión amplia que enfatice los procesos de aprendizaje. Esto demanda atender más el cómo se aprende en lugar del qué se aprende e incluye las vivencias personales, colectivas y comunitarias.



## **Cuarta parte**

*La construcción de la  
sustentabilidad rural*

---



## Capítulo XI | El desarrollo rural en México

---

**E**l territorio mexicano presenta una amplia variedad ecológica en la que es posible encontrar distintos climas, ecosistemas, tipos de vegetación, suelos y topografías. También tiene una gran diversidad cultural, pues coexisten 55 pueblos indígenas originarios, además de mestizos, criollos e inmigrantes, quienes conforman la población rural de la nación, en una proporción que comprende a uno de cada cuatro mexicanos. Dado lo anterior, es uno de los diez países del mundo con mayor diversidad biológica y cultural. A partir de esta diversidad se ha desarrollado a lo largo de la historia una importante y avanzada agricultura, que ha dado lugar a una gran diversidad productiva en todo el país y que le ha valido ser uno de los ocho centros mundiales de origen de las plantas cultivadas.

En la actualidad, el campo mexicano, raíz y origen del México profundo en términos de Bonfil (1994), y ejemplo de diversidad ecológica y cultural, está en grave riesgo. El sector rural pasa por uno de sus periodos más difíciles a causa de las políticas de desarrollo ejecutadas, pues han ocasionado una seria crisis que amenaza la existencia de los campesinos, de los indígenas y sus familias, de sus recursos naturales y de su cultura. El problema del campo en el país es una cuestión de justicia y equidad, es una asignatura pendiente en la historia de México y un elemento fundamental en la construcción de un proyecto de nación diverso, plural y alternativo.

## **Políticas de desarrollo rural en México**

El presente capítulo analiza los procesos de desarrollo rural en el país, a partir de la estructura seguida para discutir las tendencias globales en la segunda parte del libro.

Los procesos de desarrollo rural en México tienen sus referentes en el modelo de crecimiento seguido por el país y su ubicación en el proyecto civilizatorio occidental. “La historia reciente de México, la de los últimos 500 años, es la historia del enfrentamiento permanente entre quienes pretenden encauzar al país en el proyecto de la civilización occidental [el México imaginario] y quienes resisten arraigados en formas de vida de estirpe mesoamericana [el México profundo]” (Bonfil, 1994: 10). El primer proyecto llegó con los invasores europeos, pero no se abandonó con la independencia: los nuevos grupos que tomaron el poder, primero los criollos y después los mestizos, nunca han renunciado a él; sus divergencias y las luchas que los dividen sólo expresan diferencias sobre la mejor manera de llevarlo adelante (Bonfil, 1994). El proyecto del México profundo ya estaba, formado por una gran variedad de pueblos, comunidades y sectores sociales, que son mayoría en el país y que tienen una manera de entender el mundo y organizar la vida provenientes del proyecto civilizatorio mesoamericano.

Los grupos que han detentado el poder —político, económico, ideológico— desde la invasión europea hasta la época actual, afiliados por herencia o circunstancia a la civilización occidental, han sostenido siempre proyectos históricos en los que no hay lugar para la civilización mesoamericana. De acuerdo con Bonfil,

La posición dominante de estos grupos, originada en el orden estamentario de la sociedad colonial, se ha expresado en una ideología que sólo concibe el futuro (el desarrollo, el progreso, el avance, la Revolución misma) dentro del cauce de la civilización occidental. [Ahora] El desarrollismo y la modernización siguen la línea de la sustitución cultural dentro de un modelo occidental cuyo

ejemplo prístino está ahora más cercano: los Estados Unidos (1994: 102 y 104).

El desarrollo rural en México se ha estructurado a partir de la idea de la urbanización y la industrialización como los principales objetivos del crecimiento: “El México profundo —rural, campesino e indígena— no es la meta, sino tan sólo una fuente de la que se sustraen recursos para el desarrollo del otro México, industrial, moderno, urbano y cosmopolita” (Bonfil, 1994: 177).

### ***Desarrollo industrializador***

A partir de los años cuarenta del siglo XX, el sector rural se constituyó en la base económica para el desarrollo y las políticas agropecuarias se dirigieron a que el campo cumpliera con las siguientes funciones: producir alimentos a bajos costos para una población urbana en constante crecimiento y con salarios bajos; liberar mano de obra para incorporarla a la naciente industria y a la reserva de trabajo; producir cultivos de exportación como fuente de ingreso de las divisas necesarias para el desarrollo industrial, y producir cultivos agroindustriales para el crecimiento de la industria de la transformación. Las funciones del sector rural también incluyeron crear un mercado interno para los productos de la naciente industria; proporcionar los recursos naturales necesarios para el crecimiento y funcionamiento de industrias y ciudades, y recibir en los espacios rurales los desechos de las actividades urbanas e industriales.

Durante 30 años, en el periodo conocido como el milagro mexicano, el país fue un ejemplo clásico y en apariencia exitoso del modelo de desarrollo modernizador. El sector agrario cumplió con creces las funciones asignadas y sirvió de base para la industrialización de México. Además, “El producto agropecuario creció a una tasa superior a 4.5% promedio anual; la demanda interna de alimentos logró satisfacerse plenamente a precios estables, e incluso, decrecientes en relación a los precios industriales, y las importaciones agropecuarias no pasaron nunca de 5% del total de esos productos” (CEPAL, 1982: 17).

Asimismo, la relación de precios ciudad–campo descendió 23% y se generaron divisas de origen agropecuario por equivalentes a la mitad de las exportaciones totales. “El sector rural también aportó la mano de obra para el crecimiento industrial y la población rural se redujo de 65% a 45% del total. La productividad por trabajador en la industria creció 119%, mientras que el salario mínimo urbano se incrementaba en 31%” (CEPAL, 1982: 11). En ese periodo se generaron excedentes trasferibles a la acumulación industrial, por medio de los sistemas fiscales, bancarios y de precios, equivalentes a 15% del producto interno agropecuario. Finalmente, la mercantilización de la economía agraria y la disminución de la autosuficiencia campesina contribuyeron a la formación acelerada de un mercado interno para insumos y bienes manufacturados.

Las políticas agrícolas se dedicaron a promover la modernización tecnológica del campo mexicano a partir de la propuesta de la revolución verde, mediante paquetes tecnológicos orientados hacia el incremento de la productividad de ciertos cultivos, que se basan en la homogeneización productiva (vía el monocultivo), la utilización intensiva de insumos energéticos externos y el uso intensivo de recursos naturales. En esa medida, las instituciones de investigación y extensión en México se han dedicado a generar y extender los paquetes tecnológicos hacia los agricultores, partiendo del principio de que la adopción de estas tecnologías es la condición necesaria para el desarrollo rural.

### ***Desarrollo neoliberal***

A inicios de los años setenta del siglo XX, el sector agrícola mexicano entró en una profunda crisis, originada por el tipo de relaciones que mantuvo con la industria y con la sociedad urbana desde los tiempos del milagro mexicano. La agricultura financió el crecimiento del sector industrial y los procesos de urbanización y como consecuencia sufrió un proceso de descapitalización que se manifestó en la caída de la producción y la pérdida de la autosuficiencia alimentaria. En 1980, la balanza comercial agropecuaria se volvió deficitaria por el incremento de las importaciones de granos básicos, y un lustro después, dentro de los pro-

gramas de ajuste estructural impuestos por el Fondo Monetario Internacional (FMI) para garantizar el pago de la deuda, las políticas agrícolas se comienzan a orientar hacia la globalización económica. A partir de esos años, las políticas de desarrollo rural se ven enmarcadas dentro del proyecto neoliberal instaurado en México y se enfocan a intensificar los procesos de modernización en el campo, reafirmando la idea de que es el único camino posible hacia el desarrollo.

También en esa época se inician las negociaciones para establecer el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), que integra los mercados de Estados Unidos, Canadá y México, y en el que se institucionalizan las políticas neoliberales, con el objetivo de lograr la modernización rural para favorecer la competitividad internacional de los productos agropecuarios y atraer las inversiones externas hacia el sector agrario. El TLCAN nunca reconoció las asimetrías existentes entre los sectores agrarios de los tres países y sometió a la agricultura mexicana a las decisiones de sus socios, que tienen agriculturas mucho más subsidiadas. Además, este tratado ha significado la transformación profunda del medio rural mexicano y ha alterado sus formas organizativas y productivas. Vale la pena mencionar que el TLCAN se decidió y aprobó, en el más puro estilo autoritario del régimen gobernante, sin que hubiese un proceso de información y consulta a los distintos actores sociales del medio rural.

En este contexto del desarrollo neoliberal, tres han sido las políticas agrícolas instauradas por el Estado mexicano: la primera es la reforma legal a la Constitución, la segunda se refiere al marco institucional y la tercera se ubica en el ámbito de lo económico. La reforma legal constituye el eje principal de estas políticas, pues el artículo 27 constitucional es resultado de las demandas agrarias de la revolución de 1910 y desde la Constitución de 1917 protegía las tierras ejidales, comunitarias e indígenas, al impedir la compra, la venta y el arrendamiento de estas. Como consecuencia de lo anterior, aproximadamente 50% del territorio nacional se encuentra en manos de ejidatarios, comuneros e indígenas y en esas tierras se ubican 70% de los bosques y selvas de México, así como las regiones de mucha biodiver-

sidad (Toledo, 1996). El alto valor de estos recursos, conservados durante tantos años, los hace muy atractivos para los capitales nacionales y transnacionales, pero gracias a la reforma legal las tierras de los campesinos e indígenas de México entraron a la oferta y la demanda. En 1992, como un prerrequisito del TLCAN, el gobierno mexicano cambió en su habitual modo autoritario la Constitución y colocó en el mercado la tierra y los recursos naturales.

Las modificaciones en el artículo 27 constitucional promueven y favorecen los procesos de privatización de tierras y recursos naturales. En la actualidad, los límites legales para la propiedad privada y corporativa se ampliaron, por ejemplo, en superficies forestales y el máximo posible pasó de mil a 20 mil hectáreas.

El segundo grupo de políticas agrícolas se ubica en los marcos institucionales del sector agrario mexicano (Appendini, 1995). Se reformaron todas las instituciones y se definió el nuevo escenario para el medio rural. Este marco se diseñó para que la economía del campo se desenvuelva a partir de las señales del mercado nacional e internacional, desmantelando una serie de instrumentos de regulación sobre los mercados rurales, mediante los que el Estado mexicano había ejercido una importante intervención en las actividades productivas.

Acorde con la perspectiva neoliberal, el Estado se retiró de su papel como intermediario y proveedor de recursos y dejó al mercado en su lugar. La privatización, la desregulación y la apertura comercial son en la actualidad los ejes de la modernización y el rol del Estado es crear el marco apropiado para asegurar el flujo de capitales privados hacia el campo, mediante reformas a las políticas y las leyes, así como vía la reestructuración de las instituciones públicas dedicadas al medio rural. La política neoliberal del estado mexicano fue más allá de la ortodoxia y, por ejemplo, el gasto público en desarrollo rural disminuyó 75% entre 1984 y 1987 y la inversión pública federal en fomento e infraestructuras siguió el mismo comportamiento (Calva, 1992: 17).

Los cambios institucionales también llevaron a definir políticas agropecuarias excluyentes y orientadas a favorecer



a ciertos productores y cultivos. De acuerdo con Appendini (1995), esta clasificación de los productores es un parateguas en la política agropecuaria, pues permite distinguir tres tipos de agricultores: los campesinos más pobres y marginados, sin posibilidades de competir en el mercado y para quienes se establecen estrategias asistencialistas; los productores con potencial productivo que pueden competir en el mercado con políticas favorables, y por último los agroempresarios con capacidad de competir en el ámbito internacional, que logran ventajas comparativas y a quienes se dirigen las políticas agrícolas actuales.

El tercer conjunto de regulaciones se refiere a las cuestiones económicas y está integrado por la eliminación acelerada de subsidios en todos los ámbitos —precios, consumo e insumos—, la apertura comercial indiscriminada y el alza de los intereses en los créditos rurales. Al implementar estas políticas, el Estado ha confiado ciegamente en que los mecanismos del mercado asignen de forma eficiente los recursos, sin tomar en cuenta que en la agricultura, más que en ningún otro sector, las señales del mercado están totalmente distorsionadas por las políticas proteccionistas y los altos subsidios otorgados por los países desarrollados a sus sectores rurales.

Las políticas agrícolas van más allá de la ortodoxia y mientras se considera como un triunfo político la entrada de México a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) y, por tanto, al selecto club de países desarrollados, se niegan a aplicar las regulaciones de estas mismas naciones, quienes por ejemplo en 1993 proporcionaron 42% de los ingresos de sus agricultores vía subsidios, destinando un promedio de 14,400 dólares anuales por agricultor de tiempo completo. Por su parte, Estados Unidos otorga 34,700 dólares anuales de subsidio para cada agricultor (OCDE, 1995) —sin considerar la reciente ley agrícola aprobada en el 2002 y que asigna un total de 190 mil millones de dólares más en apoyo a los agricultores estadounidenses. Mientras tanto, los funcionarios neoliberales en México insisten en terminar con los subsidios y las medidas proteccionistas para poder competir en el libre mercado de las economías industrializadas.

El cambio de partido político en la presidencia y el llamado proceso de transición hacia la democracia no han significado modificaciones de fondo en la orientación del desarrollo rural en México, y más allá de los discursos y de la llegada de nuevos funcionarios, se mantienen los elementos centrales del modelo. Algunas de las acciones del actual gobierno federal del Partido Acción Nacional (PAN) que muestran con claridad esta continuidad son las siguientes:

- La agricultura mexicana sigue atada a los destinos de Estados Unidos. Las condiciones del TLCAN respecto al medio rural no están a discusión, a pesar del sombrío panorama que vive el campo desde el 2003 y de las movilizaciones campesinas en todo el país.
- No hay una mínima intención de reconsiderar los cambios al artículo 27 constitucional a pesar del impacto que han tenido en el incremento de la marginación y la pobreza rural, así como en la intensificación del deterioro ambiental de bosques, suelos y aguas.
- No existe una solución real a las demandas indígenas planteadas en los Acuerdos de San Andrés. La solución de los problemas rurales en México pasa necesariamente por la resolución del conflicto indígena.
- Las propuestas de desarrollo rural tienen una clara tendencia hacia la “empresarización” de las actividades agropecuarias como único camino al progreso, excluyendo la diversidad rural y, en concreto, a los campesinos e indígenas, así como sus vías de crecimiento.

### ***Sustentabilidad rural en las políticas de desarrollo***

El Estado mexicano en sintonía con el proyecto occidental ha implementado un conjunto de políticas agrícolas que de manera gradual han ocasionado la insustentabilidad de la agricultura en el país. En la época actual, aplicar el modelo neoliberal ha provocado al sector rural mexicano una profunda crisis en lo ecológico, lo social, lo cultural y lo económico, en la que la sustentabilidad no aparece como una prioridad.

A fines de 2001, el Congreso de la Unión aprobó la *Ley de Desarrollo Rural Sustentable*, y entonces todavía es muy

prematureo evaluar si su aplicación será eficiente y podrá revertir esta tendencia hacia la insustentabilidad. Esta ley define al desarrollo rural sustentable como el mejoramiento integral del bienestar social de la población y de las actividades económicas en el territorio comprendido fuera de los núcleos considerados urbanos, de acuerdo con las disposiciones aplicables, asegurando la conservación permanente de los recursos naturales, la biodiversidad y los servicios ambientales de dicho territorio (Cámara de Diputados, LVIII Legislatura, 2001).

Según este instrumento legal, el Estado, junto con los diversos agentes organizados, impulsará un proceso de transformación social y económica que reconozca la vulnerabilidad del sector rural y conduzca al mejoramiento sostenido y sustentable de las condiciones de vida de la población del campo, mediante el fomento de las actividades productivas y de desarrollo social que se realicen en el ámbito de las diversas regiones del medio rural, procurando el uso óptimo, la conservación y el mejoramiento de los recursos naturales, y orientándose a la diversificación de la actividad productiva en el campo, incluida la no agrícola, para elevar la productividad, la rentabilidad, la competitividad, el ingreso y el empleo de la población rural (Cámara de Diputados, LVIII Legislatura, 2001).

La ley presenta una concepción limitada de la sustentabilidad rural y tiene muchas lagunas para su operación, pero también incluye propuestas relevantes como la inclusión de la multifuncionalidad. A pesar de todo es un avance y constituye un espacio institucional con potencialidades interesantes, siempre y cuando cuente con la voluntad política y el apoyo financiero del estado mexicano.

De cualquier forma, resulta paradójico que mientras los países más desarrollados reconocen la necesidad de utilizar métodos más sustentables en sus agriculturas, así como promueven y diseñan políticas en ese sentido, en México los encargados de las políticas públicas se empeñan en ignorar esas tendencias y continúan aplicando estrategias de modernización abandonadas ya en las propias sociedades que las generaron.

### *Tendencias de las políticas agrícolas*

En síntesis, las políticas agrícolas mexicanas que se orienten en algún sentido hacia la sustentabilidad son aún emergentes, a pesar de los acuerdos internacionales firmados por el gobierno. Más allá de los discursos, la agricultura sustentable todavía no tiene un lugar en el actual modelo dominante del país y su presencia en el medio rural responde a los esfuerzos e iniciativas de los movimientos sociales.

La primera tendencia se refiere al neoliberalismo como eje de las políticas agrícolas. El estado mexicano ha asumido como misión seguir los más ortodoxos principios neoliberales y con ello favorecer el proceso de integración económica con Estados Unidos y Canadá para llevar al país al desarrollo y la modernidad. En esta perspectiva, el Estado desde el México imaginario y los postulados del pensamiento único plantean como camino posible sólo el que diseñan y operan sus instituciones y, por tanto, no aceptan, ni escuchan, ni les interesan las modificaciones al actual modelo, a pesar de los resultados que ha tenido en diversas partes del mundo.

La segunda tendencia presente tiene un carácter histórico, que atiende a la extracción de recursos humanos, naturales y económicos del sector rural para el financiamiento del desarrollo industrial y urbano. Si bien esta es común del desarrollo industrializador, también es cierto que tiene una naturaleza temporal y los países más desarrollados, después de la etapa de extracción de recursos rurales, han instaurado políticas de apoyo y recapitalización de la agricultura en su búsqueda por devolverle recursos al campo, como lo hacen nuestros socios comerciales en Norteamérica, Asia y Europa. En México, por el contrario, siguiendo una curiosa modernización obsoleta, la lógica actual continúa siendo la subordinación de lo rural a lo industrial y a lo urbano, que se refleja de forma clara en las políticas agrícolas.

Una tercera tendencia es el autoritarismo del estado mexicano, que se expresa en los métodos de planeación y ejecución de las políticas agrícolas. En esta tendencia se fusionan la intolerancia del pensamiento único con la histórica exclusión de los actores sociales rurales en la toma

de decisiones sobre políticas públicas. De esta forma, las decisiones sobre el campo se realizan sin considerar procesos participativos que permitan la incorporación de las diversas demandas y aspiraciones de agricultores, campesinos e indígenas.

La última tendencia es emergente en las políticas agrícolas y se refiere a la consideración de la sustentabilidad en las actividades agropecuarias. Para el Estado mexicano esta cuestión existe y tiene un marco jurídico, pero no es relevante y más allá de sus posiciones discursivas en los foros internacionales, aún no hay el convencimiento ni la voluntad política para incorporarla en sus planes y programas de desarrollo.

### **Resultados del desarrollo rural en México**

La instauración del modelo de desarrollo occidental y la insistencia de intensificar los procesos modernizadores como el único camino posible llevan a cuestionar los resultados obtenidos en su aplicación al medio rural mexicano. Los frutos de este modelo permiten analizar sus serias limitaciones. Si bien es cierto que el país se urbanizó y se logró convertir de rural a urbano, la migración del campo a la ciudad dio como resultado las grandes concentraciones citadinas, donde la baja calidad de vida, el desempleo, la violencia y la marginación son el verdadero rostro del sueño urbano para las grandes mayorías.

El traslado de recursos humanos, naturales y financieros para favorecer la industrialización de México se realizó y el país logró conformar una planta industrial. Sin embargo, este sector productivo fue incapaz de desarrollar una estructura competitiva, que absorbiera la mano de obra rural y generara recursos para el desarrollo del resto de los sectores y entonces en la actualidad se encuentra en una situación de recesión productiva. Así, el desarrollo modernizador de México logró sus objetivos: urbanizarse e industrializarse a partir del sector agrario, pero a cambio de eso el campo mexicano se encuentra sumido en una compleja crisis, con múltiples dimensiones, que ya lleva varios sexenios.

En términos sociales, los más marginados del país viven en el medio rural. De acuerdo con Boltvinik (1995), en México 98% de los habitantes del campo son pobres, con un ingreso menor a dos dólares diarios, o viven en extrema pobreza, con entradas de un dólar diario. En el grupo de pobreza extrema se ubica 81.7% de los habitantes rurales y en el de pobres 16.3% de esta misma población.

A esta dimensión social habría que añadir la ecológica, causada por la ejecución intensiva del modelo de desarrollo. El deterioro de los ecosistemas rurales crece en forma incontrolable, incrementando la presión sobre los recursos naturales. México se encuentra en la crisis ambiental más grave de los últimos 70 años, según la propia Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales, en declaraciones de su ex titular Julia Carabias (1998). Este deterioro ambiental representa 11% del producto interno bruto, pues el sector rural se encuentra afectado por la deforestación acelerada (600,000 hectáreas anuales), la erosión de los suelos (80%), la contaminación de aguas y suelos, así como la pérdida de la biodiversidad natural y la diversidad genética.

La crisis del sector rural en México también tiene una dimensión cultural, debido a que las estructuras comunitarias existentes en este medio han sido profundamente alteradas por el proceso de modernización y hasta están amenazadas de extinción, ante la mercantilización de sus culturas. El asunto es aún más grave con los pueblos indígenas presentes en el país, baste decir que en 1900 existían 240 lenguas y en la actualidad sólo quedan 55 (Toledo, 1991). Así, el desarrollo rural en México ha provocado la desaparición de culturas profundas, que son esenciales en la construcción de las identidades nacionales.

Además, tiene una dimensión económica, en virtud de que las actividades agropecuarias han dejado de ser rentables para la pequeña y mediana producción, que comprende al 87% de los agricultores mexicanos (CEPAL, 1982). La apertura unilateral de las importaciones subsidiadas, la caída de los precios agrícolas, la carencia de mecanismos compensatorios y los altos costos del crédito son algunas de las razones de esta crisis. En la actualidad, el campo mexicano sufre el abandono a causa de la pobreza que obli-

ga a miles de mexicanos a emigrar a las grandes ciudades y a Estados Unidos.

Los resultados de este modelo de desarrollo muestran como el sector rural cumplió sus funciones y sirvió de soporte para la industrialización y la urbanización del país, sin embargo, el campo mexicano entró en una profunda y compleja crisis, que en términos de Bonfil: “[...] no es la crisis de México sino tan sólo la quiebra de un modelo de desarrollo que ignoraba al México profundo” (1994: 245). En los inicios del siglo XXI, la población rural es la más pobre y marginada de México, los recursos naturales se deterioran en forma intensiva, la emigración crece de manera continua y las actividades agropecuarias pierden viabilidad económica, mientras las estructuras comunitarias se desintegran y las identidades étnicas y culturales desaparecen de manera acelerada. El campo en México se encuentra en un proceso creciente de insustentabilidad social, ecológica, cultural y económica, como consecuencia del proyecto occidental de desarrollo.

De acuerdo con Bonfil, la imposición del México imaginario

[...] ha producido una variedad criolla de la dinámica de expansión occidental, siempre mal copiada y atrasada en relación con los países avanzados que le sirven de modelo, y siempre más grosera y menos capaz de entender la modernidad como algo diferente de estar a la moda (por eso impulsa una modernidad subsidiaria y espuria) (1994: 234).

A pesar de estos resultados, la visión del México imaginario continúa dominando las políticas de desarrollo rural en el país. Los casos de la ley indígena, el Plan Puebla Panamá y la indiferencia y desatención del campo ante la nueva etapa del TLCAN son evidencias claras de que el proyecto civilizatorio occidental es la referencia única del rumbo elegido por quienes gobiernan a la nación.

## Movimientos sociales

Los movimientos sociales en México se ubican en un contexto nacional marcado por una crisis múltiple y prolongada. Esta crisis causada por la ortodoxia neoliberal de los últimos gobiernos se agudiza a medida en que el TLCAN se va instaurando en el país, provocando mayor marginación y pobreza entre las mayorías y concentrando el ingreso en unos cuantos empresarios y políticos. El sector rural, las pequeñas y medianas empresas y los asalariados están pagando el costo de las políticas económicas que el gobierno se empeña en presentar como la única vía posible. La crisis también tiene una dimensión política que se expresa en una creciente desconfianza hacia el Estado y sus organismos, los cuales aparecen ante los ciudadanos como modelos de corrupción e ineficiencia y, por tanto, incapaces de dar solución a los apremiantes problemas de la población.

La emergencia de la sociedad civil mexicana en esta crisis ha sido un proceso lento y difícil, pero que mantiene una presencia creciente y se fortalece cada vez más ante la profundidad del problema existente y la incapacidad del gobierno para resolverlo. La población en México ha tenido que vencer su apatía y se comienza a organizar y a participar de manera más activa en la vida ciudadana, enfrentando las inercias ocasionadas por la hegemonía corporativa, ejercida por el Partido Revolucionario Institucional (PRI) durante más de 70 años. Así, los movimientos sociales se construyen en un contexto muy complejo y se debaten entre la crisis actual, el peso de las estructuras de gobierno y la necesidad de participar activa y creativamente en la transformación social del país.

El medio rural es el escenario donde la diversidad cultural, ecológica y productiva se articulan a lo largo de la historia para dar lugar al México profundo, un proyecto civilizatorio, presente vivo y en una compleja relación con el México imaginario. Para Bonfil:

Las expresiones actuales de esa civilización son muy diversas: desde las culturas que algunos pueblos indios han sabido conservar con mayor grado de cohesión interna, hasta la gran cantidad de rasgos aislados que se



distribuyen de manera diferente en los distintos sectores urbanos. La civilización mesoamericana es una civilización negada, cuya presencia es imprescindible reconocer (1994: 21).

El proyecto civilizatorio mesoamericano no es un simple agregado de rasgos culturales aislados sino un plan general de vida que le da trascendencia y sentido a los actos humanos, que ubica a las personas de una cierta manera en relación con la naturaleza y el universo, que le da coherencia a sus propósitos y valores, que le permite cambiar de forma incesante según los avatares de la historia, sin desvirtuar el sentido profundo de su civilización. Siguiendo a Bonfil (1994), el proyecto civilizatorio mesoamericano es como un marco mayor, más estable, más permanente, aunque de ninguna manera inmutable, en el que se encuadran diversas culturas y donde diversas historias se hacen comprensibles.

En el medio rural —el México profundo— es donde nace el movimiento social más importante de los años recientes con la rebelión indígena de Chiapas, que cuestiona radicalmente al régimen político mexicano, demandando el respeto a las culturas indígenas, a sus formas de vida, a sus recursos y su incorporación activa a la vida política nacional. El levantamiento de Chiapas puso en total evidencia al México imaginario y mostró el rostro real de un estado autoritario y racista, empeñado en mantener su proyecto político y económico. Además, tuvo el acierto de establecer de inmediato un diálogo continuo con la sociedad civil, a partir del cual se han articulado diferentes actores sociales que encuentran en esta coyuntura histórica la posibilidad de construir un proyecto de país que sea una alternativa real ante la situación actual de México.

### *Campesinos*

Los campesinos mexicanos han sido un actor fundamental en las transformaciones sociales y políticas del país: la guerra de independencia; la defensa contra las intervenciones estadounidense y francesa; la revolución mexicana y el le-

vantamiento de Chiapas muestran el papel desempeñado por los movimientos campesinos en nuestra historia. De acuerdo con Bartra, en México

El campesino es movimiento, conflicto; lucha gremial que a regañadientes reflejan los medios de comunicación, de preferencia en la nota roja. Pero el campesino es también un sordo rumor, un color local que devino nacional, un fantasma sombrerudo que recorre México. Es el olor a milpa y mazorcas asadas que despierta el apetito de la patria [...] El campesino con proyecto y vocación de futuro reclama una economía con alma; una modernidad con rostro humano. Alma y rostro que las culturas campesinas no han extraviado por completo (1998: 18-19 y 21).

En la actualidad, los movimientos campesinos se encuentran ante un modelo de desarrollo excluyente y empeñado en desaparecerlos. Según Rubio (2001), este perverso modelo alimentario expolia al campesino, al mismo tiempo que lo denigra, le quita su excedente y su sentido de utilidad social. Hacer que la producción campesina de los países subdesarrollados parezca ineficiente, cara, sustituible y prescindible es el gran triunfo ideológico del neoliberalismo. De igual forma, al imponer una visión social que identifica a los campesinos como un sector retrógrado, premoderno, inepto, carente de perspectiva, ha suscitado que pierda su dignidad como cultura y que sean considerados un lastre social, aquellos a quienes se les compran sus productos por caridad.

El hecho de que los campesinos e indígenas sean el sector más empobrecido y marginado también los convierte en la vanguardia del conjunto de los excluidos, cuyos movimientos enfrentan a los gobiernos como responsables de la políticas excluyentes (Rubio, 2001). Esta situación les permite trascender el plano meramente sectorial para impulsar un movimiento con alcance nacional y este es uno de sus rasgos novedosos, pues no enfrentan de manera aislada a los enemigos locales (terratenientes, empresarios agrícolas)

sino al gobierno como gestor de la política neoliberal que excluye a la mayoría de la población.

Si los movimientos sociales de México se construyen en un contexto de crisis nacional, esto es en especial evidente en el caso de los campesinos mexicanos, ubicados en un sector que como se mencionó antes está sumergido en una grave situación desde hace 30 años. La crisis del sector rural y la instauración del neoliberalismo también significaron la ruptura del pacto social entre el estado y los campesinos, hecho que anunció el fin del corporativismo que el PRI había ejercido sobre el medio rural, a través de los caciques locales y regionales.

Sin embargo, a lo largo de la historia reciente han existido importantes movimientos campesinos que, desde una posición independiente, han intentado constituirse en una alternativa de organización y lucha por sus reivindicaciones. La historia de estos movimientos es muy diversa, algunos fueron reprimidos de forma brutal, otros han sido cooptados por el estado y afiliados al partido oficial, unos más han permanecido presentes aunque con una dimensión muy limitada y, finalmente, varios han intentado la organización de centrales campesinas de naturaleza nacional, que se han visto marcadas por escisiones y que han causado la dispersión de los movimientos campesinos alternativos.

La profundidad de la crisis rural y el complejo contexto nacional han llevado a los movimientos campesinos a considerar formas distintas de organización y articulación con otros movimientos sociales nacionales y globales, matizando sus posiciones anteriores que estaban más cercanas a partidos y organizaciones políticas y buscando una mayor autonomía. Un punto de partida es la confluencia de los distintos movimientos en la conformación de frentes por la defensa del campo y contra los impactos del TLCAN, en especial el movimiento “El campo no aguanta más” que a inicios de 2003 movilizó a un importante número de ciudadanos y campesinos y colocó la crisis del campo en el imaginario social y el debate público.

El camino para los movimientos campesinos en México aún es largo y lleno de desafíos, pero tienen de su lado la tradición rural del país, resultado de una larga historia de

luchas por la tierra, así como la importancia política, social e identitaria de la cultura campesina. Además, mantienen ante sí una perspectiva amplia, abierta por el levantamiento zapatista, que revalora ideológicamente a los campesinos e indígenas y reivindica su papel como agentes de transformación, en la construcción de sociedades más justas.

### *Pueblos indios*

La población indígena en Mesoamérica a la llegada de los europeos era muy similar a la actual, es decir, entre diez a 15 millones. Un siglo después de la conquista se redujeron a dos millones y de ser mayoría pasaron a ser una minoría, como sigue sucediendo en la época actual, en la que representan entre 10 y 15% de la totalidad de los mexicanos. Han sobrevivido cerca de 55 grupos indígenas diferentes, y entre quienes cuentan con mayor población están los nahuas, mayas, zapotecos, mixtecos, otomíes, tzeltales, tzotziles, totonacas, mazatecos y choles. Los pueblos indios de México han sido enfrentados desde la conquista por el proyecto civilizatorio occidental que los ha excluido de la vida política, social y cultural de la nación en nombre de la razón modernizante. Las comunidades indígenas del país presentan los niveles más bajos de bienestar en relación con el resto de México. Sus lenguas y culturas sufren de la continua agresión mestiza, los territorios de los pueblos originarios son sometidos a la explotación irracional de sus recursos, y además carecen de participación y representación política en los diferentes niveles de gobierno y en los congresos estatales y de la federación. En el México actual los indígenas son los más marginados entre los marginados y los más excluidos entre los excluidos.

Los pueblos indios del país han realizado diferentes tipos de acciones de resistencia ante los intentos por acabar con sus culturas y han logrado sobrevivir, agrupados en distintas organizaciones locales o regionales que, de manera pacífica, reivindicaban los derechos indígenas con exiguos resultados. Sin embargo, los cambios al artículo 27 de la Constitución, que atenta contra las tierras indígenas, y la entrada en vigencia del TLCAN fueron los detonantes de

una crónica situación de injusticia y miseria que provocó el levantamiento armado de los indígenas de Chiapas para hacerse escuchar por el gobierno y la sociedad civil.

En el movimiento chiapaneco confluyen tanto la histórica lucha por la tierra que encabezó la figura de Emiliano Zapata como también la histórica resistencia de los pueblos indios mexicanos, y a partir de esas referencias centrales en la vida del México profundo rechazan enfáticamente el modelo neoliberal instrumentado por el gobierno y proponen construir un país diferente y justo. Los zapatistas invitaron, en 1995, a participar en la fundación del Congreso Nacional Indígena (CNI), que está integrado por organizaciones representativas de la mayoría de los pueblos indios de México. Desde el CNI partieron las demandas básicas de todos los indígenas para los diálogos de paz con el gobierno y por primera vez en la historia los pueblos indios organizados obligaron al Estado a negociar con ellos, dando lugar a los Acuerdos de San Andrés. En estos acuerdos se reconoció la deuda histórica de la nación con los indígenas y el gobierno asumió una serie de compromisos para establecer una nueva relación entre el Estado y los pueblos indios (EZLN, 1997).

Los Acuerdos de San Andrés representan un triunfo político y ético de los movimientos indígenas y son un hito en la historia reciente de México. El incumplimiento de estos por parte del gobierno ha evidenciado sus reales intenciones y ha generado un mayor apoyo político de la sociedad civil hacia los zapatistas, expresado por ejemplo en la consulta nacional de marzo de 1999, en la que tres millones de mexicanos exigieron al gobierno federal honrar los compromisos firmados y cumplir los acuerdos. Este apoyo fue aún más evidente durante la marcha del color de la tierra, en 2001, en la que los zapatistas recorrieron la mitad del país y presentaron su postura política en el Congreso de la Unión. La posterior aprobación de una ley indígena contraria a los Acuerdos de San Andrés muestra los límites de la democracia representativa y la noción prevaleciente en el México imaginario. Esta ley fue rechazada por el CNI, por los zapatistas, por los congresos locales de 14 estados del país, por las organizaciones indígenas y por la sociedad

civil nacional e internacional, e incluso por las instituciones de gobierno encargadas de las cuestiones indígenas.

Las propuestas de los movimientos indígenas van más allá de sus reivindicaciones étnicas y se extienden hacia la construcción de proyectos civilizatorios alternativos, más incluyentes, en los que haya lugar para todas las diversidades. También plantean una relación distinta entre quien gobierna y los gobernados y otra forma de relacionar la economía con la naturaleza. La agenda propuesta por los indígenas a la sociedad civil mexicana significa en el fondo la refundación del país y su orientación hacia una sociedad más digna y más justa.

### ***Organizaciones no gubernamentales***

En México, a diferencia de otros muchos países latinoamericanos, el movimiento de las organizaciones no gubernamentales comenzó tarde y su desarrollo ha sido lento, debido a la omnipresencia del Estado mexicano en todos los ámbitos de la vida civil y política, así como al rechazo y hostigamiento de los gobiernos del PRI contra la formación y funcionamiento de cualquier tipo de espacio alternativo.

La crisis recurrente y las actitudes del estado han motivado las reacciones de la sociedad civil en ciertas coyunturas y eso ha consolidado el movimiento de las organizaciones no gubernamentales en México. Así sucedió en el terremoto de la ciudad de México, en 1985, en las elecciones federales de 1988, en el levantamiento zapatista de 1994 o en la masacre indígena de Acteal, en 1997, circunstancias en las que los ciudadanos mexicanos han reaccionado indignados y solidarios, pues consideran que los límites de la participación política y social son demasiado estrechos y es necesario construir otras formas de organización, que logren su reconocimiento por parte del estado como actores sociales, para poder intervenir en las decisiones sobre el destino de México.

La propia naturaleza de las organizaciones no gubernamentales como movimiento social las lleva a contemplar una amplia diversidad de temas, sectores, territorios y formas de funcionamiento y en el caso del país también se han abocado a atender múltiples aspectos, sin embargo,

hay cuestiones en que las aportaciones de estos organismos han sido muy relevantes. Por ejemplo, han jugado un papel central para tener elecciones más transparentes y para ciudadanizar las instancias electorales. Las organizaciones de derechos humanos también han sido fundamentales en la desigual lucha jurídica y política contra el Estado mexicano, así como los organismos de educación popular y acompañamiento a procesos sociales o las que colaboran con los pueblos indígenas.

Para concluir, existe en México un grupo importante de organizaciones no gubernamentales que están atendiendo al sector rural en áreas como género, etnia, vivienda, salud, organización, comercialización y producción, y una buena cantidad de estas contempla entre sus acciones a la agricultura sustentable. Como resultado de sus trabajos ya hay una serie de experiencias prácticas en todo el territorio nacional que muestran la viabilidad de estos procesos.

Las organizaciones no gubernamentales en el país se encuentran en una coyuntura histórica inédita: la sociedad civil reclama mayor participación, mientras que la crisis del gobierno mexicano se hace cada vez más profunda y la nación necesita un proyecto alternativo de desarrollo. El movimiento de estas agrupaciones es aún reciente y debe encontrar formas de articulación que le permitan superar sus diferencias para hacer una aportación significativa. Ante sí tienen el desafío de fortalecerse como espacios de encuentro ciudadano y de acompañar a los actores sociales en los distintos procesos de transformación que ya están sucediendo en México.

### ***Ecologistas***

Los movimientos ecologistas son de reciente surgimiento en México y, por tanto, son los más incipientes. Su aparición se dio en zonas urbanas, fundamentalmente en clases medias y altas, orientadas a la protección de ciertas zonas naturales. Al paso del tiempo centraron su atención en problemas urbanos —contaminación, deforestación, basura—, continuando con su defensa de zonas naturales y multiplicando su rango de acción en diferentes ciudades del país. Además, han desempeñado un papel muy impor-

### **Movimientos sociales y sus rasgos comunes**

tante en la difusión masiva de los problemas ambientales y se han constituido en un factor de presión para el gobierno mexicano, al conseguir incluso la cancelación de algunas obras riesgosas. Los ecologistas de igual forma trabajan seriamente en la educación ambiental y suelen participar en interesantes proyectos alternativos.

Ante sí tienen el reto de profundizar su articulación con otros movimientos sociales —como campesinos e indígenas— que también proponen un manejo ecológico de los recursos naturales, pero que lo hacen desde posiciones en las que la cuestión ecológica es asimismo un asunto político y, por tanto, elemento de luchas sociales más profundas.

El primer rasgo presente en los movimientos sociales atiende a su surgimiento como una reacción ante las limitaciones de la democracia representativa y la ineficiencia del estado mexicano. Estos se han desarrollado al demandar una mayor participación en la toma de decisiones sobre el rumbo del país y al elaborar propuestas viables para transformar la situación en México. También reclaman su reconocimiento como actores sociales y apuestan por una sociedad gestionada por los ciudadanos y sus organizaciones, en clara contraposición al modelo de gobierno imperante.

Un segundo rasgo se refiere a la búsqueda de fortalecer las formas de relación entre los movimientos y al interior de estos. Ciertamente la diversidad de temas, actores sociales y ámbitos hace difícil esta búsqueda, sin embargo, hay consenso acerca de continuar con estos procesos de articulación como el camino más viable hacia la transformación de la situación en México, y también existen experiencias coyunturales que han evidenciado la potencialidad de los movimientos sociales cuando actúan unidos.

Un tercer rasgo es la emergencia de la sociedad civil mexicana, por medio de un proceso lento y difícil, pero que mantiene una presencia creciente y se fortalece cada vez más, ante la profundidad de la crisis existente y la incapacidad del gobierno para hacer algo. La población en México ha tenido que vencer su apatía y se ha comenzado a organizar y a participar de manera más activa en la vida



ciudadana, enfrentando las inercias ocasionadas por la hegemonía corporativa.

Un último rasgo presente en los movimientos sociales responde al impacto del levantamiento indígena de Chiapas y las movilizaciones campesinas en la sociedad mexicana, que mostraron al país el rostro de la marginación rural y el tamaño de los problemas en el campo. Además, plantearon al resto de los movimientos sociales la necesidad de articular los distintos esfuerzos en torno a una agenda común para construir caminos alternativos. De esta manera, los movimientos sociales en México se fortalecieron con la rebelión indígena y encontraron múltiples puntos de contacto entre ellos.



## Capítulo XII | Una experiencia local en agricultura sustentable

---

La dimensión local es el punto de partida y un elemento central en el caminar hacia la construcción de alternativas de sustentabilidad rural. En la comunidad de Juanacatlán de la sierra de Tapalpa, Jalisco, un grupo de campesinos realiza desde hace diez años un proceso centrado en la agricultura sustentable, que muestra avances interesantes y que además ha trascendido hacia la formación de una red de ámbito regional. El presente capítulo da cuenta de esta experiencia local y de sus perspectivas en la búsqueda de un desarrollo rural sustentable.

### **La comunidad de Juanacatlán**

La sierra de Tapalpa se ubica al suroeste del estado de Jalisco, en México, a unos 100 kilómetros de Guadalajara, y en ella se asientan tres municipios: Chiquilistlán, Atemajac de Brizuela y Tapalpa. En este último se encuentra la comunidad de Juanacatlán, con una población de 1,842 habitantes, que el gobierno federal la tiene clasificada como zona de alta marginación y que el gobierno estatal la considera dentro de las áreas de atención prioritaria por su pobreza. Algunos datos que ilustran esta situación de marginación son los siguientes: 43% de la población mayor de 15 años es analfabeta; 20% de este mismo conjunto poblacional no tiene educación primaria; 32% de las viviendas carece de agua, luz y drenaje; 58% de los hogares tiene piso de tierra; en 62% de las viviendas existe hacinamiento y 74% de la población tiene ingresos inferiores a dos salarios mínimos (INEGI, 1991).

La población económicamente activa es una tercera parte del total y se distribuye de la siguiente manera: 50% realizan actividades agropecuarias, 40% actividades forestales, 6% servicios y el resto está sin especificar. De los 1,842 habitantes, 919 son hombres y 923 mujeres, quienes forman 375 familias. La mayoría de la población tiene entre cero y 20 años —1,035 personas—, le sigue el estrato entre 20 y 30 años —336 personas—, luego entre 30 y 40 años —194 personas—, después entre 40 y 50 años —139 personas—, y el resto de la población supera los 50 años de edad. La gran mayoría de las habitantes se concentra en el casco urbano y cerca de 30 familias viven en un asentamiento de reciente creación llamado San Francisco, ubicado a siete kilómetros (INEGI, 1991).

Juanacatlán existe desde el siglo XI y fue fundada por indígenas de origen otomí, quienes fueron sometidos por los nahuas en el siglo XII, de donde proviene el vocablo original *Xonacatlán* que quiere decir lugar de cebollas en lengua náhuatl. La presencia española inició en 1526 y debido a la existencia de abundantes recursos forestales, de pasturas de alto valor forrajero y de un clima frío adecuado para la producción de trigo y cebada se aceleró el sometimiento de los indígenas en encomiendas y la consecuente apropiación de sus bosques y parcelas comunales. La estructura agraria fue trasformada en grandes haciendas productoras de cereales, ganado y madera, que fueron trabajadas por los indígenas pertenecientes a los encomenderos.

Ante esta situación, los indios de Juanacatlán solicitaron en 1642 protección al virrey por los abusos de los encomenderos y los despojos de sus tierras. La primera respuesta de la autoridad fue el envío de una imagen religiosa: la Virgen de la Defensa, convertida en patrona de la comunidad, y cuyo cometido siempre ha sido la salvaguarda de los indígenas y sus tierras. La segunda respuesta se dio un siglo más tarde y consistió en la promulgación de cédulas reales que garantizaban —al menos legalmente— el carácter comunal del asentamiento. La comunidad conservó su estructura indígena hasta las leyes liberales de 1860, que si bien desamortizaron las tierras propiedad de la iglesia, también desconocieron las formas de posesión de los indios y

favorecieron la formación de grandes propietarios privados. El resultado en la comunidad de Juanacatlán fue la profundización de la estructura agraria colonial, al apropiarse de estas tierras las haciendas existentes, basadas en la producción de ovinos, el cultivo de cereales y la explotación de los recursos forestales.

De este modo, a principios del siglo XX, la estructura comunitaria de Juanacatlán se conservaba sólo en la superficie del poblado, pues los campesinos ya habían perdido sus tierras comunales, su lengua y muchos rasgos de su identidad indígena, sembrando maíz a medias o al tercio y sobreviviendo como peones en las grandes haciendas o como trabajadores en la minería, mientras unos cuantos grandes propietarios detentaban los recursos naturales de la sierra. Entre 1912 y 1913, en plena revolución, surgió un conflicto por linderos entre la comunidad y los hacendados, que dio lugar a movimientos armados en la región. Los habitantes de Juanacatlán continuaron luchando por sus tierras y luego de una prolongada negociación consiguieron que las instancias gubernamentales expropiaran, en 1937, las haciendas cercanas para formar el ejido Juanacatlán, que benefició a 234 pobladores con una superficie de 7,010 hectáreas, de las que cuatro mil corresponden a bosques, dos mil a pastizales y mil a tierras de labor.

Con la reforma agraria parecía que por fin se proporcionaba a las comunidades campesinas e indígenas una base para iniciar su desarrollo y aspirar a mejores condiciones de vida. Pero en realidad, para los ejidatarios de Juanacatlán y otros ejidos de la sierra, las medidas fueron mucho más complicadas, pues si bien eran los propietarios formales de la tierra y de los bosques, los antiguos hacendados controlaban la comercialización de los productos y disponían de capital. Además, estos establecieron estrechas relaciones con los poderes políticos municipales y regionales, lo que privilegio su acceso a instituciones, créditos, apoyos y decisiones.

La complicidad de los funcionarios agrarios facilitó la cooptación y corrupción de las autoridades ejidales, que se convirtieron en caciques locales, en virtud de que garanti-

zaban el control político y electoral de los campesinos a cambio de beneficios económicos y prebendas. Así, mediante este camino, las autoridades ejidales establecieron contratos de arrendamiento ilegales, que permitieron la explotación de los recursos forestales a cambio de ingresos económicos controlados por las autoridades y que nunca llegaron a los ejidatarios, quienes vieron como a pesar de la posesión de los recursos naturales sus condiciones de vida no mejoraban.

**Medio  
ambiente  
natural**

La sierra de Tapalpa comprende una superficie de 55,000 hectáreas, se ubica en el eje neovolcánico de México y presenta una altura media de 2,000 metros sobre el nivel del mar (msnm), con mínimas de 1,800 msnm y máximas de 2,880 msnm. En ella existen dos tipos básicos de topofor- mas: las montañas y las mesetas. La comunidad de Juanacatlán se asienta en una de estas mesetas de la zona centro oriente de la sierra, conocida como los Altos de la Sierra. La meseta está enmarcada por elevaciones de 2,800 msnm, tanto al norte como al poniente, y tiene una altura media de 2,560 msnm (INEGI, 1981).

Para el caso de Juanacatlán, las topoformas predominantes son las mesetas escalonadas con lomeríos y los valles de laderas tendidas. La posición geofísica de la sierra da como resultado un clima de características similares al grupo de los semitemplados, en particular al subgrupo de los templados con precipitación invernal definida, cuya fórmula sería C(w2) (INEGI, 1997). La temperatura promedio anual para la sierra oscila entre 14 y 16 grados centí- grados y está estrechamente relacionada con la presencia de heladas, que en la región comienzan en septiembre y concluyen en mayo, en un promedio de 60 por periodo. La precipitación pluvial para la zona oscila entre 800 y mil milímetros (mm) anuales, con una media de 834 mm, distribuida en un temporal de lluvias que inicia en mayo y concluye en octubre (INEGI, 1997). La combinación de heladas y precipitación define en Juanacatlán dos ciclos agrícolas: el de primavera, que inicia en marzo, y el de otoño, que comienza hacia agosto.

El material madre presente en la sierra y la acción que sobre este han ejercido los factores climáticos, las condiciones hidrológicas, la topografía y la vegetación local dan como resultado una gran diversidad de suelos, por lo que es posible encontrar regosoles, litosoles, feozems, cambisoles, vertisoles, luvisoles, andosoles y acrisoles (INEGI, 1981). Los suelos dominantes son de origen residual, coluvial y sedimentario, derivados de ceniza volcánica, son muy ligeros y fijan fuertemente el fósforo, además tienen una capa superficial oscura o negra, rica en materia orgánica y nutrientes. La diversidad de suelos es mayor conforme se desciende hacia las partes semiplanas y los llanos. El tipo de suelo más extendido es el andosol en su fase mólica y, en menor medida, andosoles combinados con cambisoles crómicos. También existe en las partes bajas el cambisol gleyco (INEGI, 1981).

Además, se presentan los siguientes tipos de vegetación: bosque de pino, bosque de pino-encino, bosque de encino-pino, bosque de encino y pastizal inducido (INEGI, 1981). En el ejido Juanacatlán, las comunidades vegetales dominantes son el bosque de pino-encino, el bosque de encino, y de forma marginal pastizales inducidos. El primero es el más extendido en la zona y se ubica en las partes más altas, con tres estratos: arbóreo, herbáceo y rasante. El bosque de encino se desarrolla fundamentalmente en las pequeñas mesetas con lomeríos hacia las partes más bajas de la región. En las zonas más bajas del ejido se ubica la vegetación de pastizal inducido y es frecuente el anegamiento durante la época de lluvias, por eso existe una vegetación muy particular formada por gramíneas, algunas leguminosas y plantas locales con valor alimenticio.

Gracias a la diversidad de vegetación, coexisten en el área un número importante de especies animales, cuyas características corresponden a la zona transicional entre las regiones neártica y neotropical. La gran mayoría de estas especies se han visto afectadas por las actividades humanas y algunas se encuentran cerca de la extinción. La cacería furtiva, la explotación de los bosques y la extensión de las actividades agrícolas y pecuarias han alterado el hábitat de los animales y distorsionado sus cadenas ali-

menticias. Los animales mayores se refugian en la actualidad en las porciones más altas y escarpadas, en cañadas pronunciadas y márgenes de arroyos, que son de difícil acceso para los cazadores.

La historia de Juanacatlán da cuenta de los diferentes intereses que se disputan los recursos naturales del ejido. Esa contienda ha ocasionado a lo largo del tiempo profundos conflictos que han marcado la vida comunitaria y que se reflejan en la existencia de diversos actores sociales al interior de la comunidad. A manera de síntesis y de acuerdo con Morales (1999), hay cuatro aspectos relevantes que permiten comprender el contexto comunitario en el que se desarrolla el proceso del grupo San Isidro rumbo a la agricultura sustentable.

Un primer aspecto se refiere a la riqueza de los recursos naturales —bosque, suelos, clima— y la continua explotación de estos a manos de agentes externos a la comunidad, lo que genera la destrucción de los ecosistemas y excluye de sus beneficios a los campesinos que los poseen. Lo anterior da entrada al segundo aspecto reconocible en la historia de Juanacatlán, la constante lucha de los campesinos por tener acceso a los recursos naturales, a su manejo y conservación, y el consecuente enfrentamiento con los diferentes agentes externos que a lo largo del tiempo los han utilizado para su beneficio.

El tercer aspecto resulta de la articulación de los dos anteriores y se refiere a la presencia en la comunidad de distintos actores sociales que han pretendido transformar la situación existente, enfrentados a otros actores sociales también locales, que se benefician directamente de la explotación de los recursos naturales y sus arreglos con los caciques regionales. El último aspecto se refiere a la diversidad de suelos, topoformas y vegetación en la comunidad, que dan como resultado la existencia de tres diversos pisos ecológicos que presentan opciones diferentes de utilización —agrícola, ganadera, forestal—, de acuerdo con las características de cada piso. Este aspecto es de gran relevancia como potencial ecológico en las estrategias productivas de los pobladores de Juanacatlán, ya que permite diversificar



## **Espacios rurales y transformación de los ecosistemas**

actividades, productos y riesgos al hacer uso de los diferentes estratos.

Los pobladores originarios de la sierra de Tapalpa realizaban las siembras indígenas de milpa —el policultivo mesoamericano milenario de maíz con diversas especies de frijoles, calabazas y arvenses. A partir de la conquista llegaron a la sierra plantas y animales de origen europeo que, dadas las características climáticas, se adaptaron de forma rápida, tales como el trigo, la avena, el haba, los bovinos y los ovinos, que formaron la base productiva de las haciendas coloniales. Esta tendencia se hizo más intensa en la época independiente, cuando desaparecieron las tierras comunales en favor de los hacendados locales, que continuaron con la explotación de cereales y ovinos, junto con las superficies boscosas. Al término de la revolución, con el reparto agrario, los recién formados ejidos incrementaron las superficies dedicadas a la milpa para su consumo y disminuyeron, sin desaparecer, las siembras de trigo y avena orientadas al mercado, mientras que las propiedades privadas mantuvieron el esquema original, basado en cereales de grano pequeño y ganado.

La modernización de la agricultura ocurrió de forma tardía —hacia 1970— e impactó de manera profunda en los ritmos de utilización de los recursos, especialmente en los suelos y la diversidad vegetal. La imposición de los paquetes tecnológicos, ligados al crédito y a la extensión, tuvo especial efecto en la agricultura campesina y el caso más representativo fue lo ocurrido con la milpa —base de la alimentación local. La introducción de herbicidas impidió continuar con los cultivos asociados y aceleró la desaparición de las distintas especies y variedades locales de frijol y calabaza, mientras tanto, la utilización de maquinaria pesada y de fertilizantes alteró de forma significativa la estructura y fertilidad de los frágiles suelos locales, favoreciendo los procesos de erosión y lixiviación. Por su parte, los cultivos de trigo y avena se modificaron al utilizar variedades comerciales, fertilizantes y herbicidas, que si bien incrementaron de manera temporal los rendimientos, fueron a costa

del endeudamiento de los campesinos y de una mayor presión sobre los suelos. El resultado fue la implantación de los monocultivos de maíz y avena, que provocaron un creciente proceso de empobrecimiento de la dieta familiar, impactaron el nivel de vida de los campesinos y mermaron sus recursos naturales.

La modernización prosiguió con la llegada de las compañías productoras de papa para semilla y consumo humano. Estas empresas han basado su operación en el arrendamiento de tierras ejidales y su paquete tecnológico incluye prácticas de manejo del suelo que favorecen su deterioro y, en especial, la utilización de una gran cantidad de productos agroquímicos de alta toxicidad. El arrendamiento es por periodos máximos de tres años, debido al deterioro de los suelos que los vuelve improductivos, lo que obliga a abrir nuevas tierras del bosque para el cultivo. Los cambios a la ley agraria, en 1992, favorecieron y legalizaron el arrendamiento de tierras ejidales, entonces el incremento de la presencia de estas compañías representa una amenaza ecológica para los recursos de la región, para la salud de las familias y para la agricultura campesina por el desplazamiento del maíz.

La ganadería es otra de las formas dominantes del uso de recursos naturales en la sierra de Tapalpa y se inició con la llegada de los españoles. Primero fue escenario de grandes rebaños de ovinos que recorrían las propiedades coloniales y de las que se aprovechaba su carne y lana. Las haciendas del siglo XIX mantuvieron este sistema productivo y la región alcanzó fama por la calidad de la carne de ovino. La modernización agropecuaria vino acompañada por la presencia de bovinos lecheros, en condiciones más intensivas, y se inició entonces una industria local bien reconocida, orientada a la producción de cremas, quesos y mantequilla. Este tipo de ganadería está estrechamente vinculada con los incrementos en la superficie de avena forrajera. Las actividades pecuarias especializadas y en gran escala, por lo general, han estado en manos de propietarios privados. Los campesinos mantienen más bien hatos mixtos de bovinos y ovinos bajo pastoreo extensivo, como una

forma de ahorro, para la producción de autoconsumo y eventualmente para el mercado.

La utilización de los bosques es el rasgo más distintivo de las formas de aprovechamiento de los recursos en la sierra de Tapalpa, pues desde la época colonial se explotaban de forma intensa los recursos forestales. Ese proceso continuó durante el periodo de las grandes haciendas, en el siglo XIX, cuando los bosques fueron (y siguen siendo) el centro de los conflictos por la tierra. Ya en el siglo XX, con la reforma agraria, su utilización se diversificó y, sin embargo, no disminuyó el ritmo de explotación: producen desde entonces madera, leña, resina y tierra de encino.

Este proceso se aceleró con la modernización rural y la consecuente llegada de maquinaria y equipo, que permitió un aprovechamiento forestal más intensivo con la complicidad de las autoridades y de los funcionarios locales. Los cambios en la ley agraria también ampliaron los límites de la propiedad forestal de mil a 20 mil hectáreas, entonces se abrieron las puertas a la compra y arrendamiento de terrenos forestales ejidales, legalizando y promoviendo su explotación.

### **Diversos agroecosistemas**

Los ecosistemas transformados de la comunidad de Juanacatlán expresan la dinámica histórica de la sierra y presentan las tres formas de utilización de recursos dominantes en la región: agricultura, ganadería y forestería, que combinan rasgos tecnológicos y especies provenientes de la agricultura indígena y la europea, y que se ubican espacialmente en los distintos pisos ecológicos. Dado lo anterior, conviene detenerse para señalar algunos de sus aspectos básicos.

El reparto agrario en la comunidad se realizó a partir de 1937 y luego hubo una ampliación ejidal a inicios de los años ochenta. Si bien no en todos los casos se aplicó una solución justa, es pertinente señalar que a diferencia de otros ejidos de la región en Juanacatlán la distribución de tierras se ejecutó de forma un tanto equitativa y otorgó a los ejidatarios cantidades y calidades de terrenos similares. Así, con algunas variantes, la superficie promedio que se concedió a cada uno de los 234 ejidatarios fue de 20 hectáreas: diez

corresponden a bosques, seis a tierras agrícolas y cuatro son de pastoreo, ubicadas en los diferentes estratos ecológicos del ejido.

Con esta disposición de recursos y con la lluvia como única fuente de acceso al agua, los campesinos de Juanacatlán realizan sus actividades productivas en agroecosistemas que contemplan un subsistema agrícola, uno pecuario y otro forestal. A partir de estas tres formas de utilización de los recursos se generan los distintos agroecosistemas presentes en la comunidad. Las diferencias radican en el peso que cada subsistema tiene al interior de cada agroecosistema, y si bien los tres subsistemas son muy importantes, el agrícola y el forestal son los que definen las diferencias que existen entre ellos.

De acuerdo con este criterio es posible distinguir en Juanacatlán por lo menos cinco tipos de agroecosistemas: los integrados, que comprenden agricultura, ganadería y forestería; los forestales-agrícolas, en los que la explotación de madera es predominante, aunque existe agricultura; los forestales-renteros, que explotan el bosque y arriendan su superficie agrícola a la papa; los agrícolas-renteros, en los que existe agricultura y se renta el bosque, y los renteros, que arriendan tanto sus superficies de bosque como sus tierras agrícolas, ocupándose en otras actividades (Morales, 1999).

Es importante concluir este apartado con algunas consideraciones acerca de los espacios rurales y la transformación de la naturaleza en Juanacatlán. La primera atiende a la evidencia de que la estabilidad y funcionamiento de los agroecosistemas está dada, por un lado, por las relaciones que se establecen entre los tres subsistemas —agricultura, ganadería y forestería—, y por otro, debido a la utilización de los diferentes estratos ecológicos presentes en el ejido.

En este sentido, otra consideración es que los dos subsistemas que definen los tipos son el agrícola y el forestal, aunque el pecuario evidencia el equilibrio entre estos subsistemas, pero los tres cumplen funciones diferentes y establecen entre sí relaciones de complementariedad. La pérdida de este equilibrio entre subsistemas inicia la desestructuración de los agroecosistemas e intensifica la presión sobre los recursos

naturales y sobre los otros subsistemas. Los procesos de arrendamiento de tierras agrícolas o forestales aceleran esta desestructuración y destruyen las bases de la unidad familiar campesina y de forma paulatina la comunitaria.

Una tercera consideración atiende a que existen evidencias de que en los agroecosistemas locales están presentes suficientes elementos para avanzar desde la perspectiva de la agricultura sustentable y así participar en procesos de desarrollo local de la comunidad de Juanacatlán. Sin embargo, también queda claro que las políticas agrarias, el poder económico y político de los caciques regionales, así como la pobreza y desesperación de los ejidatarios favorecen la utilización intensiva de los recursos naturales, comprometiendo el futuro de la comunidad campesina de Juanacatlán, su identidad y su cultura milenaria.

En la actualidad, los bosques del ejido, por los que la comunidad luchó durante siglos, han disminuido su superficie y su calidad y comienzan a pasar a manos privadas, ya sea por compra, arrendamiento o bien porque son explotados de manera intensa por algunos ejidatarios o son talados para abrir tierras al cultivo. Las tierras agrícolas disminuyen su fertilidad año con año por los monocultivos de maíz y avena o más drásticamente por el arrendamiento a las compañías paperas, en tanto que los pastizales y agostaderos cada vez tienen menos ganado y también son abiertos al cultivo de papa. Los habitantes de Juanacatlán son cada vez menos dueños de sus abundantes recursos, pierden el control sobre sus ritmos de explotación y ven truncadas sus aspiraciones para seguir siendo campesinos.

### **Proceso hacia la agricultura sustentable**

En 1986 llegó a Juanacatlán un párroco nuevo, que comenzó a trabajar desde la teología de la liberación con diversos actores sociales de la comunidad: campesinos, mujeres y niños, rescatando la forma de organización por barrios, proveniente de la tradición indígena local. Esta organización también formó diversos comités de alfabetización, derechos humanos, salud y de campesinos —de donde nace el grupo San Isidro— y empezó a intervenir en las decisio-

nes comunitarias, enfrentando a las autoridades municipales y ejidales.

Su oposición y denuncia pública de la explotación que estaban haciendo de los recursos forestales, además los enfrentó con los caciques regionales y las autoridades políticas, quienes presionaron y amenazaron tanto al sacerdote como a distintos miembros de la comunidad involucrados. Estas organizaciones de base fueron el punto de partida para la concientización de la población y, de forma paulatina, han ampliado sus ámbitos de influencia, obteniendo un lugar relevante entre los actores sociales de Juanacatlán e interactuando con otras agrupaciones a escala regional. El proceso ha sido lento y se ha visto obstaculizado por múltiples fuerzas internas y externas, sin embargo, va logrando avances en algunos aspectos de la vida comunitaria.

El cambio de la ley agraria, en 1992, se reflejó de inmediato en Juanacatlán, pues las compañías productoras de papa arribaron con la intención de rentar tierras para la siembra de este cultivo. Estas empresas ya tenían presencia en otras regiones de la sierra de Tapalpa y se conocían los problemas de contaminación que habían causado e, incluso, se sabía de las demandas que interpusieron algunas comunidades en su contra por esta razón. Ante la amenaza que esta presencia representaba para las economías campesinas y para los recursos naturales de la comunidad, los campesinos de la parroquia iniciaron un trabajo de información y concientización con los grupos de base y luego con el resto de los ejidatarios, con el objetivo de alertarlos de los riesgos que implicaba la renta de tierras a los paperos.

La lucha contra las compañías de papa fue librada por las organizaciones de base y también por el delegado municipal, sin embargo, y a pesar de estos esfuerzos, cerca de 600 hectáreas del ejido se rentaron ese primer año, sobre todo de las tierras ubicadas en las lomas de la comunidad, justo en la zona donde se obtiene el agua potable. Esta situación ponía en riesgo la salud de todo el pueblo y entonces la población se movilizó y llegó a un acuerdo con las empresas para que informaran sobre el tipo de agroquímicos que utilizaban, pagaran el monitoreo de las aguas y, en caso de alguna intoxicación de personas o animales, asumieran los

costos de curación e indemnización. El acuerdo fue firmado por las autoridades municipales y locales, por las compañías paperas y por los representantes de las comunidades de base, pero nunca operó en virtud de que las empresas sobornaron a las autoridades y funcionarios, y continuaron realizando sus siembras con toda impunidad e iniciaron acciones de hostigamiento y amenazas contra el equipo asesor y contra algunos de los campesinos del grupo San Isidro. Esta lucha, a pesar de sus resultados adversos, fue uno de los factores de cohesión del grupo de campesinos y además le otorgó voz y peso entre los actores sociales de la comunidad.

De esos esfuerzos nació el grupo San Isidro, un actor social central en el proceso para encontrar alternativas de desarrollo rural sustentable, formado por diez campesinos del ejido, distribuidos en la propia comunidad de Juanacatlán y en el cercano poblado de San Francisco. En este proceso, los campesinos han sido acompañados por asesores del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) y, a partir de 1999, por asesores de la Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias (RASA) de Jalisco.

La agrupación inició sus actividades en 1992 y está integrada por gente de diferentes edades, aunque la mayoría son agricultores que rebasan los 40 años. También hay jóvenes que comienzan a asumir el manejo de los agroecosistemas familiares e inician su proceso como trabajadores del campo. En San Isidro participan algunos campesinos que tienen un gran reconocimiento moral en la comunidad: son personas que intervienen de manera activa en el trabajo de las organizaciones de base, que han tenido cargos comunitarios importantes y que además son respetados como buenos agricultores y ganaderos. Estos campesinos son los fundadores del grupo y han sido, a lo largo del tiempo, los pilares para construir este proceso.

San Isidro funciona a partir de talleres participativos de planeación y evaluación y opera con reuniones periódicas, manteniendo una estructura flexible que designa comisiones conforme a las tareas planeadas. Dos son las condiciones que el grupo pone a quienes se quieren integrar: la primera es asistir a las reuniones y asumir los compromisos que en estas se tomen, y la segunda es que los participantes

tienen la obligación de compartir las experiencias y aprendizajes con otros miembros del grupo o con otros trabajadores rurales que lo soliciten. Los campesinos aportan una parte del costo económico del proceso, vía sus semillas, sus tierras, su trabajo, el alojamiento y alimentación de los asesores, así como parte de los gastos de viaje para los actos de capacitación.

Los miembros del grupo manejan diversos tipos de agroecosistemas y encuentran en la actividad agrícola su espacio común, aunque la mayor parte de ellos también realiza actividades pecuarias y forestales, que de acuerdo con lo mencionado en el apartado anterior los ubica en el manejo de agroecosistemas integrados. Estos contemplan para su funcionamiento la utilización de los diferentes pisos ecológicos de la comunidad, con la idea de diversificar su producción y el uso de sus recursos, intentando mantener un equilibrio entre los tres subsistemas. Este tipo de agroecosistemas refleja en su diversidad productiva y ecológica los rasgos de una producción campesina, que incluye los resultados de la coevolución entre la naturaleza y las culturas rurales de la sierra, al integrar tres subsistemas con relaciones de complementariedad y equilibrio, pero están amenazados por la modernización y los campesinos que los manejan desarrollan estrategias de resistencia para continuar trabajando según su identidad y sus conocimientos.

### **Componentes del proceso**

El proceso del grupo San Isidro de Juanacatlán tiene como objetivo general contribuir al mejoramiento continuo de las condiciones de vida de las familias campesinas de la sierra de Tapalpa y eso se pretende realizar mediante un propósito de carácter específico, que se ha formulado de la siguiente manera: diseñar y operar alternativas de producción y comercialización que permitan niveles crecientes de sustentabilidad de la agricultura campesina como elemento central del desarrollo comunitario. Para lograr estos objetivos, la estrategia seguida está integrada por cuatro ámbitos básicos:

- **Productivo:** se orienta a generar alternativas tecnológicas para la producción agropecuaria y forestal a peque-



ña y mediana escala, atendiendo a un uso sustentable de los recursos naturales y a la revaloración del conocimiento local.

- Educativo: se refiere a promover y acompañar procesos de formación con los campesinos participantes, con base al intercambio de conocimientos y experiencias sobre la agricultura sustentable.
- Organizativo: tiende a apoyar la consolidación de la organización campesina San Isidro y sus articulaciones con otras agrupaciones campesinas regionales y estatales.
- Económico: busca crear las bases para la comercialización de productos de probada rentabilidad económica y eficiencia ecológica, por medio de las relaciones con otros grupos campesinos y con consumidores urbanos.

Las características del proceso que sigue el grupo San Isidro y los objetivos que persigue han llevado a utilizar conceptos y métodos que provienen de propuestas ubicadas dentro del pensamiento alternativo. Dos han sido las fuentes principales del trabajo: la agroecología y la investigación participativa, cuyos planteamientos y métodos han sido analizados en los capítulos IX y X.

El trabajo de la agrupación se estructura en torno a tres actividades principales, que en conjunto forman un ciclo continuo: planeación, operación y evaluación. El año inicia con un taller de planeación de los miembros del grupo y sus asesores, en el que se analizan los principales aspectos en los que se piensa trabajar. Esta planeación contempla un diagnóstico de la organización, de la situación en la comunidad y de los problemas que se necesitan atender en los cultivos. Del taller se derivan una serie de acciones y compromisos, agrupados en los componentes del proceso —producción, formación, organización, comercialización. Para su cumplimiento, los agricultores del grupo integran comisiones encargadas del seguimiento de cada una y entonces la organización es funcional y no formal, es decir, se definen primero las funciones y después los responsables.

La operación de las actividades planeadas puede ser realizada por los agricultores en lo individual —en especial lo referido al ámbito productivo— como en lo colectivo —ámbitos formativo, organizativo y de comercialización. Estas actividades se ejecutan a lo largo del ciclo agrícola y constituyen la esencia del trabajo, con el apoyo y acompañamiento por parte de los asesores. El año concluye con un taller de evaluación, en el que se reseñan todas las acciones del grupo, tanto las planeadas como aquellas que también se realizaron fuera de programa. Una vez descritas las actividades se realiza una valoración que también incluye a las comisiones que las desempeñaron. Esta evaluación es el punto de partida para iniciar el nuevo taller de planeación del siguiente ciclo.

Tanto la agricultura como sus aspectos productivos son el ámbito central del proceso y el eje del trabajo cotidiano, desde el que se definen las acciones a realizar en los restantes componentes y, por consiguiente, es donde descansa la solidez del proceso. Esta importancia tiene su origen en el hecho de que es la agricultura el punto de encuentro entre los miembros del grupo San Isidro.

El componente productivo se ha ido definiendo con el tiempo y en la actualidad consta de tres líneas de trabajo: germoplasma, fertilidad de suelos y manejo de plagas. La primera línea es la más antigua y tiene un peso muy relevante, pues atiende a las semillas y a las siembras e integra acciones de rescate, evaluación y mejoramiento de semillas. Además, comprende la siembra de policultivos, incorporando el germoplasma evaluado en la búsqueda de agroecosistemas más estables y diversificados.

En la línea de fertilidad de suelos se ubican acciones orientadas a la producción y evaluación de diferentes tipos de abonos orgánicos, así como sus épocas y formas de aplicación. También se trabaja en la rotación de cultivos, siembras asociadas con leguminosas y policultivos, así como acciones de conservación de suelos, mediante trazos de curvas a nivel y terrazas, y recientemente se ha iniciado el trabajo con instrumentos mejorados para tracción animal.

El manejo de plagas es la más nueva de las tres líneas y se enfoca hacia la elaboración y evaluación de diferentes

remedios biológicos de plantas nativas para el manejo de las poblaciones de insectos y enfermedades, que ocasionan daños a los cultivos de los agricultores. En este proceso se han probado distintos compuestos y asociaciones vegetales, con la idea de reducir lo más posible el uso de agroquímicos.

Los trabajos con el grupo inician al comienzo del ciclo agrícola, con el diagnóstico participativo de los agroecosistemas que proporciona una visión acerca de la problemática agropecuaria y forestal de cada agricultor. Luego se proponen y definen las alternativas de solución a experimentar, que pueden provenir del conocimiento y de las tecnologías locales, aunque también se evalúan las tecnologías existentes en otras comunidades, universidades y centros de investigación.

Con base en las líneas de trabajo descritas se realizan las acciones de experimentación y evaluación de las alternativas seleccionadas. Esta actividad la realiza cada agricultor en sus parcelas familiares, aportando el trabajo, los implementos y los insumos necesarios. En esta fase, el equipo promotor funciona como dinamizador del proceso y ofrece asesoría y capacitación a los campesinos, así como ayuda a elaborar las guías de evaluación y sistematización de experiencia.

Durante la valoración de alternativas, el grupo de trabajo es una referencia para los demás miembros de la comunidad, quienes de manera periódica son informados de los avances, por medio de folletos, recorridos, talleres y encuentros, en tanto que los campesinos son invitados a observar y evaluar las alternativas experimentadas. La evaluación se realiza en términos de la viabilidad de la incorporación de las alternativas planteadas y experimentadas en los sistemas agropecuarios, así como de sus perspectivas en cuanto a la sostenibilidad ecológica y productiva. Las alternativas que resulten atractivas para los productores se implementan a mayor escala en el ciclo siguiente.

Los campesinos del grupo reconocen en la agricultura y sus trabajos la esencia de la vida rural y su intención es conservarla y mejorarla. Dado lo anterior, el trabajo de los miembros de San Isidro parte del reconocimiento de los daños que ocasiona la agricultura química sobre sus tie-

## **Avances y tendencias**

rras y de la necesidad de conservarlas como el recurso que les permitirá continuar haciendo su labor. Para el grupo es clara la conveniencia de mantener una organización para adquirir más fuerza, intercambiar experiencias y colaborar con otros campesinos y con la comunidad en la mejora de su situación de pobreza y necesidad, pues cada vez más se pierden sus tierras, se pierden sus semillas y las costumbres de sus antepasados, así como su posibilidad de seguir siendo agricultores.

En un contexto global y regional adverso a la economía campesina, el grupo San Isidro de Juanacatlán continúa con sus actividades y ha podido resistir los impactos de las políticas agrarias dominantes. Los campesinos miembros de esta agrupación no han arrendado sus tierras, no han emigrado y prosiguen con sus agroecosistemas diversificados que les permiten seguridad alimentaria y la distribución de los riesgos climáticos y de mercado, por medio de tecnologías agroecológicas para el manejo de sus cultivos.

Como se señaló antes es un grupo sólido con presencia en dos comunidades —Juanacatlán y San Francisco— y además es fundador y elemento central de la RASA, experiencia que será presentada en el capítulo siguiente. San Isidro cuenta en la actualidad con una infraestructura productiva propia que incluye: una báscula ganadera, dos invernaderos para la producción ecológica de hortalizas, un local que funciona como bodega, un aula, una sala de reuniones y habitación, así como implementos de tracción animal.

A continuación se presentan algunos avances de los cuatro componentes del proceso. El primero es la consolidación de una organización campesina regional, en la línea de la agricultura sustentable, que se orienta a dos niveles de trabajo: uno es local —el fortalecimiento del grupo San Isidro— y el otro es regional —la RASA.

Paso a paso esta organización campesina se ha hecho más fuerte y unida, aún en medio de una comunidad con una larga historia de divisiones y conflictos, cuenta con diez miembros activos, distribuidos en las dos comunidades men-

cionadas, quienes utilizan prácticas agroecológicas en sus procesos de producción agrícola. Estos integrantes siguen cultivando sus tierras y conservando sus recursos naturales a pesar de la alta migración en la región y de las presiones de las compañías trasnacionales para arrendarles sus tierras. Así, los campesinos del grupo San Isidro se han convertido en un referente local que, independiente del contexto adverso, muestra la viabilidad de la agricultura sustentable en los procesos de desarrollo comunitario.

El segundo nivel organizativo es de carácter regional y atiende al fortalecimiento de la RASA. Esta red nació en los encuentros de capacitación organizados por el grupo San Isidro, en Juanacatlán, cuando comenzaron a asistir campesinos e indígenas de otras partes de Jalisco interesados en las cuestiones de agricultura sustentable.

Otro avance se orienta a la formación y capacitación de los campesinos involucrados en los elementos y métodos básicos de la agricultura sustentable, desde dos niveles diferentes: uno se refiere a la formación de los miembros del grupo San Isidro y el otro a su labor como capacitadores de otros campesinos interesados en la agricultura sustentable. En estos dos niveles los procesos formativos están basados en las metodologías de intercambio campesino a campesino, el diálogo de saberes y la investigación participativa.

Durante estos años, los campesinos del grupo San Isidro han asistido a múltiples actividades de capacitación—talleres, cursos, encuentros— fuera de su comunidad, en cuestiones vinculadas con la agricultura ecológica. Además, se han organizado varios cursos de capacitación en Juanacatlán y existe un seguimiento continuo por parte de los asesores a propósito de los experimentos y siembras que se hacen en sus parcelas. En la actualidad disponen de un importante conocimiento en las técnicas de producción agroecológica, resultado de sus experiencias propias y de sus intercambios con otros agricultores y pueden realizar sus procesos productivos de una manera sustentable y diversificada, en virtud de que manejan policultivos, abonos orgánicos, selección de semillas, producción de hortalizas, uso de bioremedios para enfermedades y plagas.

El segundo nivel también avanza con consistencia. Los conocimientos y experiencias de los miembros de San Isidro han servido como fermento para otras comunidades que han empezado sus experiencias de agricultura ecológica, a partir de la asesoría recibida. Desde el inicio de las actividades del grupo diferentes comunidades campesinas se acercaron con interés a las experiencias en marcha y entonces comenzaron las acciones de acompañamiento y capacitación a diversos municipios cercanos.

Un tercer avance se ubica en la generación y extensión de tecnología para la producción agropecuaria y forestal a pequeña y mediana escala, atendiendo a un uso sustentable de los recursos naturales y a la revaloración del conocimiento local. La búsqueda de tecnologías productivas y sustentables es un proceso continuo que se realiza cada año por parte de los miembros del grupo San Isidro. Este proceso tiene su eje central en la experimentación que los campesinos realizan en sus parcelas.

En estos años se han establecido 120 superficies experimentales, donde se han probado semillas y cultivos de maíz, trigo, avena, triticale, haba, frijol, pastos y leguminosas forrajeras, chícharo y múltiples hortalizas. Estos experimentos tienen dos objetivos principales: por una parte, son un proceso continuo de experimentación y adaptación tecnológica que busca hacer más productivos y sustentables a los agroecosistemas de los miembros del grupo, y por otra, son un espacio vivo y real para la comunicación de estas tecnologías a campesinos locales y de otras comunidades.

A partir de este proceso de experimentación en sus propias parcelas, los campesinos locales van incorporando las alternativas tecnológicas a una mayor escala y como un componente de sus agroecosistemas. Los procesos de experimentación del grupo San Isidro han permitido generar y adaptar alternativas tecnológicas, que en la actualidad permiten tener una producción agropecuaria más diversificada y sustentable, hecho que les facilita seguir trabajando sus tierras y vivir de sus cosechas sin verse orillados ni a arrendar, ni a emigrar.

Para finalizar, los avances en la comercialización y la transformación a mediano plazo de productos ecológicos son

aún incipientes. Como se ha señalado en anteriores capítulos, la economía campesina en México se encuentra en una situación totalmente adversa, pues las políticas públicas neoliberales promueven la “empresarización” de las actividades agropecuarias y apuestan a la competitividad internacional. Esta situación tiene un referente claro en la sierra de Tapalpa y, por supuesto, en las comunidades de Juanacatlán y San Francisco. Así, los campesinos se enfrentan a la presencia avasallante de las compañías trasnacionales que arriendan sus tierras y siembran papa, deteriorando de manera intensa sus recursos naturales y desestructurando la organización económica familiar.

Frente a esto, los esfuerzos del grupo San Isidro se han dirigido fundamentalmente a fortalecer y diversificar sus sistemas agropecuarios y forestales para atender las necesidades de autoconsumo y reproducción de la unidad familiar. Esta estrategia les ha permitido permanecer como campesinos, asegurar y mejorar la dieta familiar, mantener los recursos naturales y gestionar de forma autónoma sus unidades productivas, mientras que una cantidad importante de colegas locales arrendaban sus tierras y se empleaban como jornaleros o emigraban.

Si bien los campesinos de la agrupación han logrado manejar de manera agroecológica sus cultivos y fortalecer su consumo y autonomía con esta estrategia de supervivencia, aún siguen sin lograr los volúmenes de producción que les permitan comercializar sus productos a una escala extralocal. Los esfuerzos de comercialización se han dirigido a vender semillas de algunos cultivos y hortalizas orgánicas en los mercados locales y en los encuentros regionales de la RASA. Un aprendizaje clave en este rubro ha sido comprender que el camino es a través de la estructura de la red, pues esta tiene relación con las organizaciones de consumidores de Guadalajara.

A manera de conclusión se presentan las tendencias principales del proceso que el grupo San Isidro realiza. La primera de estas se refiere a continuar experimentado con cultivos y técnicas agroecológicas, así como a fortalecer la producción en las parcelas e invernaderos. Esta perspectiva se orienta hacia las actividades de producción y experi-

mentación agroecológica y su seguimiento. Para los campesinos del grupo San Isidro son claras las evidencias de la viabilidad de las tecnologías evaluadas e incorporadas a sus sistemas agropecuarios.

La tendencia entonces apunta a seguir con los procesos de transición hacia formas más sustentables de agricultura y se ubica desde dos estrategias: la primera, dirigida a fortalecer el autoconsumo de la unidad de producción familiar como elemento central de su funcionamiento, y la segunda, busca atender la producción de cultivos orgánicos para el mercado local y luego para el mercado regional.

Otra tendencia se orienta a atender las demandas de colaboración y asesoría formuladas por campesinos e indígenas de otras comunidades de Tapalpa y del estado de Jalisco. A partir de la experiencia del grupo San Isidro han surgido solicitudes de otras comunidades, a fin de que los campesinos asesoren y acompañen los procesos de búsqueda de alternativas agroecológicas. Para los miembros de la agrupación es un compromiso compartir sus conocimientos y apoyar a estas comunidades en sus esfuerzos. También es una manera de fortalecer interna y externamente sus propias actividades. De esta forma, San Isidro profundiza su papel como motivador y capacitador de otras experiencias, al ampliar sus vínculos con las comunidades cercanas y sus rangos de influencia. Además, se perfila como un actor social relevante en los esfuerzos por lograr un desarrollo rural sustentable en las comunidades.

La tercera tendencia es participar de forma activa en el fortalecimiento de la RASA. La orientación de esta perspectiva rebasa el ámbito comunitario y local para trascender hacia lo regional. Como se ha señalado en este texto, el grupo San Isidro es fundador de la RASA y también es un agente central en su funcionamiento. Para la agrupación es estratégico continuar con una participación activa en esta red, pues le permite vincularse con otros movimientos y experiencias, tanto nacionales como globales, que comparten con el grupo sus procesos de búsqueda de un desarrollo rural alternativo.



**E**l desarrollo del campo en México se inscribe dentro de un modelo que se encuentra en crisis, que ha causado graves impactos culturales y sociales en las comunidades rurales, así como un creciente deterioro sobre los recursos naturales de todo el mundo. Estos impactos han adquirido dimensiones globales y han despertado la preocupación de organizaciones internacionales (de agricultores, consumidores y ecologistas) y de algunos países del planeta. A pesar de las diferentes posiciones, hay un creciente consenso respecto a la necesidad de buscar sistemas de producción agropecuarios y forestales que, por un lado, procuren una utilización más cuidadosa de los recursos naturales y, por otro, atiendan a las características culturales de las familias y comunidades rurales.

En diversas partes del mundo, de América Latina y de México, existen distintas redes de campesinos e indígenas, de consumidores, organizaciones no gubernamentales, centros de investigación y universidades, que buscan caminos de desarrollo diferentes para el campo, en los que se fortalezcan las familias campesinas, se conserven los recursos naturales y se aumente la producción. La búsqueda de soluciones a la crisis rural mexicana continúa creciendo y en todo el país existen experiencias que muestran la viabilidad de las estrategias de desarrollo rural alternativas. De acuerdo con Toledo (2000), existen cerca de dos mil comunidades involucradas en estos procesos, principalmente en el centro y sur del país, que trabajan en organizaciones campesinas, indígenas y de productores como la Asociación

Nacional de Empresas Comercializadoras (ANEC), la Asociación Mexicana de Uniones de Crédito del Sector Social (AMUCSS), la Coordinadora Nacional de Organizaciones Cafetaleras (CNOC), el Congreso Nacional Indígena (CNI), y de creación más reciente Agromercados, con el fin de participar y construir propuestas de desarrollo sustentable vinculadas al movimiento sobre el comercio justo.

Un indicador relevante del crecimiento y viabilidad de estas estrategias es el aumento continuo y sostenido de las superficies y los productores dedicados a la agricultura orgánica en México. Según Gómez Tovar, Gómez Cruz y Schwentesius (1999), en nuestro país este tipo de agricultura ha duplicado las superficies sembradas y certificadas entre 1996 y 1998, y presenta una tendencia creciente. Los agricultores orgánicos cultivan más de 30 productos diferentes entre los que sobresale el café —México es el primer productor mundial—, hortalizas, plantas olorosas, hierbas y plantas medicinales. La agricultura orgánica también ha duplicado el número de empleos que genera y la cantidad de divisas obtenidas por la exportación de productos. Además, resalta la importancia de los campesinos e indígenas agrupados en el sector social, que son 97.5% de los productores orgánicos del país (Gómez Tovar, Gómez Cruz y Schwentesius, 1999).

La Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias (RASA) de Jalisco es una experiencia más en este camino y nace como resultado del encuentro entre diferentes grupos de campesinos, indígenas, mujeres, organizaciones no gubernamentales y universidades. Estas experiencias locales se inscriben desde diversas perspectivas, en una búsqueda común de estrategias alternativas de desarrollo rural sustentable para la agricultura familiar, campesina e indígena.

### **La RASA: su contexto y origen**

El estado de Jalisco se ubica en el centro occidente de México, cuenta con una superficie de 81 mil kilómetros cuadrados, tiene una población de 6.3 millones de habitantes, de los que 58% se concentran en la capital Guadalajara (Comité de Planeación para el Desarrollo del Estado de Jalisco, 1995). El paisaje de la entidad muestra una gran diver-

sidad ecológica, pues existen ecosistemas con distintos climas, topografía, vegetación y suelos. El estado además ocupa un importante lugar nacional como productor agropecuario y forestal, al aportar 11% del producto interno bruto (PIB) rural del país (Comité de Planeación para el Desarrollo del Estado de Jalisco, 1995). Sin embargo, y al igual que en todo México, el campo jalisciense atraviesa por una profunda crisis que se refleja en la emigración y el despoblamiento rural, en el incremento de la pobreza y marginación campesina, en el deterioro creciente de los recursos naturales y en la desaparición de la agricultura familiar.

El cultivo de la tierra tiene una dilatada historia que se remonta a cuatro mil años de presencia en la región y, a lo largo de estos tiempos, las culturas que se han asentado en el territorio de Jalisco han establecido diferentes relaciones con sus espacios naturales, dando lugar así a una amplia diversidad productiva. La vida rural y las actividades agropecuarias y forestales han sido, a través de la historia, un elemento central en la identidad cultural de los habitantes de la entidad, pero también han tenido un importante peso en la economía y en la política.

El modelo de desarrollo seguido por México encontró en la agricultura jalisciense un escenario ideal para la modernización rural y se aplicaron políticas públicas de investigación, extensión, crédito e infraestructura, que llevaron al estado a convertirse en el principal productor nacional de maíz, leche, tequila, cerdos, aves y madera (Comité de Planeación para el Desarrollo del Estado de Jalisco, 1995).

Así, el campo de Jalisco parecía demostrar la viabilidad del modelo y era el ejemplo a seguir por otros estados del país. Sin embargo, también mostró los altos costos sociales, culturales y ambientales de este modelo, y en la actualidad, a pesar de sus éxitos productivos, el sector agropecuario de la entidad acompaña a todo el medio rural mexicano en su prolongada crisis. Dado lo anterior, la emigración de los habitantes del campo es una constante, pues en los últimos diez años se ha reducido la población en la mayoría de los municipios del estado, hecho que ha provocado la desarticulación paulatina de la agricultura familiar y la des-

integración de las comunidades rurales y sus identidades culturales. Por otro lado, la aplicación de un modelo tecnológico basado en el monocultivo ha destruido la agricultura diversificada y también ha deteriorado en forma intensiva los suelos, el agua y la vegetación. A su vez, las políticas públicas para el campo se dirigen hacia la profundización del modelo y dejan de atender la diversidad productiva, cultural y ecológica de Jalisco, en concreto, las distintas formas de la agricultura familiar y sus particularidades. De este modo, tienen un lugar limitado en las políticas de desarrollo quienes no sean productivos, rentables y competitivos.

En este contexto, se inicia el caminar de la RASA en distintas regiones del estado, pues diversos actores sociales —campesinos, indígenas, mujeres, consumidores—, acompañados por organizaciones no gubernamentales y universidades, fomentan experiencias en busca de un desarrollo alternativo para el sector rural de Jalisco, ante los impactos sociales, culturales y ecológicos provocados por el modelo dominante.

Si bien estas experiencias se realizan a partir de diferentes abordajes y metodologías, tienen una serie de elementos en común: se orientan a fortalecer la agricultura familiar diversificada; buscan dignificar la cultura y la vida rural; atienden a actores sociales marginados; se encuentran insertos en movimientos sociales más amplios; proponen a la sustentabilidad como un eje de sus estrategias, y provienen de esfuerzos comunitarios y organizaciones de base.

La RASA nace a partir de las relaciones e intercambios entre estas experiencias y se entiende como un espacio de encuentro que desea proponer caminos alternativos para el desarrollo rural. Esta red reúne procesos locales que se entrelazan en una perspectiva de articulaciones entre lo local, lo regional, lo nacional y lo global.

La red está formada por cerca de 150 familias rurales de los grupos campesinos de San Gabriel, Juanacatlán, Tlaquepaque, El Limón, Ixtlahuacán, Tapalpa, Zapotlán el Grande, Chiquilistlán, Tlajomulco, Tamazula, Usmajac y Villa Purificación. Además, participan las Mujeres Campe-

sinas en Acción, de Cuquío; la Unión de Familias Campesinas, de Zapotitlán; el grupo Sembradores de Vida; la Unión de Pueblos Indígenas, de Manantlán, y los indígenas de la sierra Huichola.

Estos grupos son acompañados por organizaciones no gubernamentales, como el Centro de Apoyo al Movimiento Popular de Occidente (CAMPO), la Asociación Jalisciense de Apoyo a Grupos Indígenas (AJAGI). También colaboran la Universidad de Guadalajara, la Universidad Autónoma de Chapingo (UACH) y el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO).

La red se originó a partir de los distintos encuentros de intercambio de experiencias en agricultura orgánica, durante una reunión celebrada en la comunidad de Juanacatlán, Tapalpa, en noviembre de 1999, cuando los campesinos asistentes decidieron construir un espacio regional que fortaleciera y potenciara los esfuerzos de los diferentes grupos, de las organizaciones, de los asesores y de las universidades.

### ***Sus elementos y acciones***

Una vez fundada la RASA, se inició un proceso de planeación estratégica participativa de las actividades de la red, que se ha visto modificado al paso del tiempo y, con los cambios en el contexto, se han definido los siguientes aspectos. La red contempla como visión: construir relaciones de transformación social desde las culturas campesinas e indígenas, con justicia, equidad, dignidad y respeto a la naturaleza, en las que los valores campesinos sean reconocidos por la sociedad. Además, define como su visión: generar, fomentar y articular formas de producción sustentables, familiares y comunitarias, mediante procesos sociales autónomos, como una alternativa al sistema dominante (RASA, 2002).

La RASA de Jalisco se orienta hacia el logro de los siguientes objetivos: generar y sistematizar conocimientos y experiencias útiles para contribuir a resolver los problemas del campo en México; fortalecer la formación de los participantes de la red; difundir las experiencias y los conocimientos, por medio de materiales didácticos; incrementar los intercambios de experiencias entre los campesinos de la

red y mantener una estructura funcional, participativa y democrática.

La diversidad de actores sociales y de instituciones que participan en la red permite diferentes perspectivas y enfoques de trabajo. Sin embargo, existe un amplio consenso acerca de la agroecología y la educación popular como bases conceptuales y metodológicas que orienten sus acciones y cuyas propuestas principales se expusieron en los capítulos IX y X de este libro.

El eje de articulación de la RASA han sido los encuentros de intercambio entre los grupos campesinos y esta actividad continúa teniendo un peso importante en el caminar de la red. Estos encuentros se organizan de forma rotativa en las comunidades y el grupo anfitrión comparte con los otros sus experiencias prácticas en agricultura orgánica —abonos, semillas, policultivos, bioinsectidas. En los encuentros es fundamental el diálogo e intercambio de conocimientos y semillas entre los agricultores asistentes y además existe el trueque y la venta de los productos del grupo anfitrión: hierbas medicinales, frutas, hortalizas, miel y mezcal.

También hay asambleas en las que se discuten y deciden cuestiones organizativas de la red y se propician momentos de discusión acerca de la coyuntura global y nacional en el sector rural, así como de sus impactos en las familias campesinas de Jalisco. En cuatro años de funcionamiento de la RASA se han realizado 15 encuentros en diferentes comunidades de la entidad, con una asistencia promedio de 80 participantes, en su mayoría familias campesinas, aunque se percibe una creciente presencia de extensionistas y promotores locales.

Otra actividad central en el caminar de la red son los talleres de formación en agricultura orgánica. Estos van dirigidos a un público amplio, compuesto por campesinos, indígenas, amas de casa, pobladores urbanos, estudiantes universitarios, técnicos del estado y organizaciones no gubernamentales. Ante esta demanda tan diversa, los asesores y campesinos de la RASA diseñan cursos de distinto contenido y duración de acuerdo con las necesidades de los solicitantes. Los talleres se realizan siempre con un fuerte

componente práctico y conllevan un seguimiento técnico por parte de la red de aquellos grupos organizados e interesados en la producción orgánica de alimentos, ya sea en el campo o en las zonas urbanas.

La RASA ha realizado más de 40 talleres de formación, que han permitido ampliar de forma considerable el número de personas encaminadas hacia formas de producción más sustentables. Los talleres además han demandado un importante esfuerzo de sistematización por parte de la red y el diseño de propuestas metodológicas para la formación en estos temas. Asimismo, vale la pena señalar que estos talleres representan un ingreso para el financiamiento de algunas actividades de la red.

Una acción importante de la RASA ha sido la elaboración de materiales didácticos que ayuden en los procesos de formación de los participantes en talleres y encuentros. La base para realizar estos materiales son las propias experiencias prácticas de los campesinos de la red. La información está sistematizada en formatos accesibles y comprensibles para un público amplio. Así, se han impreso folletos, trípticos y textos que dan cuenta de tecnologías de producción orgánica para pequeños y medianos agricultores. A partir de la experiencia de los campesinos de la RASA se han publicado dos libros, uno escrito por un agricultor de Juanacatlán y otro por una asesora de la red.

El deseo de generar materiales de formación ha llevado a producir, con apoyo del ITESO, videos con diferentes contenidos. Se han elaborado dos videos con los principios tecnológicos de la agricultura ecológica urbana, otros dos que relatan las experiencias de grupos campesinos fundadores de la red y uno que da cuenta de los orígenes, los aprendizajes y las perspectivas de la RASA. Estos materiales han sido ampliamente distribuidos y son utilizados con frecuencia en las acciones de formación.

La producción orgánica ha ido ganando cierta presencia regional y con frecuencia campesinos y asesores de la red participan en programas de radio rural y con artículos en periódicos del campo. Además, hay una continua presencia en seminarios y congresos y una página en Internet sobre la RASA.

## Aprendizajes y retos de la RASA

A través de estos años, la RASA ha tenido una serie de aprendizajes y también han aparecido varios retos en su caminar. De una manera breve se exponen a continuación los más relevantes.

Un primer aprendizaje es que a pesar del escenario tan adverso que enfrenta la agricultura familiar, los grupos que integran la red han incrementado sus experiencias en marcha y al paso del tiempo estas han mostrado su viabilidad en términos económicos, ecológicos y productivos. De esta manera, la RASA tiene en la actualidad la capacidad de diseñar propuestas tecnológicas basadas en prácticas y métodos ya evaluados en la realidad.

Lo anterior ha facilitado el crecimiento de la red durante este tiempo, pues el número de grupos se ha duplicado y hay una presencia continua de nuevos campesinos y asesores en los encuentros y talleres. La RASA ha permanecido y cada vez más es un referente obligado en cuestiones de agricultura orgánica a escala regional.

Otro aprendizaje ha sido poder trabajar con pocos recursos externos, apoyados sobre todo en las propias posibilidades de los participantes de la red. Si bien los grupos y organizaciones participantes tienen capacidades financieras muy limitadas, esto no ha sido un inconveniente para realizar actividades, en virtud de que los resultados del trabajo de la RASA han atraído algunos recursos económicos para el cofinanciamiento de talleres, videos y libros. Los distintos grupos aportan mano de obra, materiales o recursos en torno a un propósito común, hecho que ha favorecido la independencia de la red respecto a las instituciones de gobierno y los partidos políticos, fortaleciendo la autonomía de sus acciones al diversificar la procedencia de sus recursos.

El tercer aprendizaje es la potencialidad que tiene la agroecología como un enfoque científico alternativo para buscar una agricultura sustentable. El trabajo de la RASA considera los principios agroecológicos en sus acciones de experimentación y producción, lo que ha contribuido enormemente a la generación de prácticas de manejo más sustentables entre los grupos campesinos participantes en la red. La agroecología proporciona valiosas herramientas



para el diseño participativo de alternativas tecnológicas y también ofrece un marco más amplio de análisis de los aspectos sociales, culturales y políticos que intervienen en los procesos productivos rurales. Una descripción más depurada de las tecnologías agroecológicas aplicadas por la RASA se encuentra en el libro de María de Jesús Bernardo, intitolado *Agricultura orgánica: teoría y práctica* (2002).

Un cuarto aprendizaje se refiere a la pertinencia de usar la educación popular como base conceptual y metodológica para los procesos de formación en las estrategias de desarrollo rural sustentable. Las acciones de capacitación de la RASA tienen su punto de partida en las experiencias prácticas de los agricultores y se utilizan tres estrategias: el intercambio de conocimientos de campesino a campesino, el diálogo de saberes y la investigación participativa. Lo anterior ha permitido la construcción de espacios horizontales de discusión y enseñanza entre los participantes, pero también ha representado un cambio profundo en la actitud de los asesores, quienes son unos participantes más, alejándose así del tradicional técnico que impone sus conocimientos profesionales. Además, se han generado nuevos espacios de formación para estudiantes universitarios que observan y aprenden maneras alternativas de hacer agricultura y de trabajar con los campesinos.

En el contexto global y nacional, a partir de las diferentes experiencias que se han tenido en el proceso de organización y funcionamiento de la RASA, surgen algunos retos a futuro. El primero atiende a la grave situación de marginación en el campo mexicano y en Jalisco, que ha ocasionado la emigración y el despoblamiento rural, pues los jóvenes campesinos salen de sus comunidades en busca de mejores oportunidades y las actividades agropecuarias quedan en manos de personas mayores. Por eso entre los agricultores pertenecientes a la red prevalece una mayoría adulta que compromete a futuro la viabilidad del grupo.

Ante esta situación, las acciones de formación y las experiencias productivas propuestas por la RASA deben ser lo suficientemente atractivas para los jóvenes del campo, a fin de que tengan la posibilidad de permanecer en sus comunidades realizando una agricultura que les permita vivir de

manera digna, conservar sus recursos naturales y fortalecer sus identidades culturales y comunitarias. La presencia de agricultores jóvenes en la red facilitará la difusión de las experiencias, aportará nuevas ideas y perspectivas, y permitirá aumentar los niveles de participación campesina en la gestión y funcionamiento del grupo.

Un segundo reto se refiere a las formas de articulación de la RASA con los diferentes movimientos que a escala regional, nacional y global se encuentran inmersos en la búsqueda de alternativas sustentables de desarrollo rural. Durante su funcionamiento, la red ha establecido relaciones de diversos tipos con diferentes actores sociales. A escala regional se tienen articulaciones con organizaciones ciudadanas y grupos sociales, mientras que en el ámbito nacional se apoyan los esfuerzos de las comunidades indígenas de Chiapas y Veracruz, mediante acciones de formación y capacitación. Sin embargo, estas relaciones pueden ser mejoradas y ampliadas, a fin de establecer articulaciones con diferentes actores y movimientos sociales —regionales, nacionales y globales—, que comparten la visión de un desarrollo rural alternativo para fortalecer la viabilidad de las estrategias que la RASA realiza en las comunidades campesinas que la integran.

El tercer reto atiende a las cuestiones de comercio justo y la vinculación con los movimientos sociales urbanos. Por una parte, un importante sector de las familias participantes presentan como objetivo principal fortalecer su autosuficiencia alimentaria y mejorar la calidad de su dieta diaria. Pero también hay agricultores que buscan combinar producción para el consumo y para la venta, y en ese sentido es necesario encontrar caminos de comercialización para los productos agropecuarios resultantes de las prácticas agroecológicas. La experiencia muestra que los mercados convencionales difícilmente reconocen en términos monetarios los productos ecológicos y comunitarios, por eso las expectativas son moderadas. La apuesta se orienta más bien a buscar una mayor articulación con los movimientos de consumidores urbanos, con los que es posible llevar un proceso de concientización y diálogo que facilite establecer relaciones basadas en el comercio justo.

Por último, la RASA debe fortalecer su capacidad de autogestión, pero con una participación más activa en la discusión y definición de las políticas públicas para ampliar su acción y perspectiva hacia la sustentabilidad de la agricultura familiar de Jalisco. Este reto articula entonces las dos perspectivas: fortalecer la autonomía e independencia de la red ante las instituciones del estado, e intervenir en el diseño y puesta en práctica de políticas públicas de desarrollo rural sustentable, dirigidas a pequeños agricultores, campesinos, indígenas y mujeres.



## Capítulo XIV | Perspectivas para la sustentabilidad rural en México

---

**E**n este último capítulo se presentan algunas reflexiones sobre el campo en México desde la perspectiva de avanzar hacia procesos de desarrollo rural sustentable.

### **El futuro del campo en México**

El sector rural de México se encuentra en una profunda crisis estructural con múltiples dimensiones, que comprenden lo social, lo económico, lo ambiental y lo cultural. Esta crisis impacta más a los pequeños agricultores, campesinos e indígenas, quienes conforman la mayoría de la población del campo en el país.

En 2003 se inició la segunda etapa de apertura comercial de productos agropecuarios contemplada en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y la última etapa será en 2008, cuando se abra la frontera a dos alimentos básicos —maíz y frijol—, así como a la leche en polvo.

La agricultura estadounidense, y en menor medida la canadiense, reciben importantes subsidios estatales contra los que a la agricultura mexicana totalmente desprotegida le resulta muy difícil competir. El estado mexicano no cuenta con políticas públicas de desarrollo rural que presenten alternativas reales para hacer frente a esta situación, y entonces se insiste en continuar e intensificar la ortodoxia neoliberal en el medio rural, a pesar de los desastrosos efectos que ha tenido en estos diez últimos años. Así, el escenario futuro para el campo en México se tiende a agudizar.

Por eso diversos actores sociales rurales han iniciado procesos de movilización que van desde los indígenas zapatistas de Chiapas hasta el movimiento “El campo no aguanta más”. Estos procesos demandan una nueva relación entre el campo y la sociedad mexicana y, por tanto, un modelo alternativo de desarrollo rural acorde con las condiciones ecológicas y las identidades culturales presentes en México. El futuro del campo mexicano también es parte del porvenir del país y su crisis representa una importante amenaza para las culturas rurales, que son esencia de nuestra identidad. Además, la crisis del campo es un serio impedimento para la construcción de un proyecto de nación justo, plural y alternativo.

### **Sustentabilidad rural: una alternativa para la crisis**

La crisis del sector rural en México cuestiona a fondo los paradigmas de desarrollo rural ejecutados en el país y los fundamentos del proyecto civilizatorio occidental del que se generan. La búsqueda de alternativas de desarrollo rural es un fenómeno de escala global ante los impactos también globales del proyecto civilizatorio dominante, y en esta búsqueda aparece como una tendencia emergente y viable la sustentabilidad rural. Esta tendencia se ve reflejada en acuerdos internacionales, las políticas públicas de algunos países y, en especial, en las experiencias de diversos actores sociales de diferentes partes del mundo.

En este libro se han discutido las principales dimensiones del desarrollo rural sustentable, sus estrategias y sus herramientas. También se han analizado las políticas agrícolas, los actores sociales y la situación existente en el medio rural mexicano. Es a partir de ello que se propone a la sustentabilidad rural como un componente fundamental de las estrategias alternativas al paradigma de desarrollo dominante en México y como un camino a explorar para salir de la grave crisis del campo.

El medio rural es la esencia del México profundo y presenta una amplia diversidad cultural, ecológica y productiva. La historia agrícola del país es larga y rica en conocimientos, tecnologías, plantas y animales. Las culturas campesinas e indígenas han acumulado a lo largo del tiempo una

sabiduría ecológica y productiva que les ha permitido establecer agroecosistemas complejos y diversos, los cuales son una importante base hacia el desarrollo rural sustentable. En el México profundo hay historia, raíces, conocimientos y cultura que son fundamentales en la construcción de procesos de desarrollo rural que incluyan una relación distinta entre sociedades y naturaleza.

Los actores sociales rurales han tenido una participación activa en las transformaciones del país durante los tiempos de crisis y en ese México profundo nacen las propuestas que buscan alternativas para construir una nación más justa. Las comunidades indígenas y rurales buscan aportar su diversidad cultural a fin de establecer un proyecto civilizatorio que desde la pluralidad incluya a todos los habitantes de México y son el punto de partida hacia un desarrollo rural sustentable.

Otro elemento que también viene del México profundo son las experiencias de producción sustentable que muestran la posibilidad de establecer una relación distinta con la naturaleza, sin avasallarla ni destruirla. Así, y en medio de la crisis estructural del campo mexicano, crecen y se extienden las experiencias comunitarias en las que la producción agropecuaria, el mejoramiento del nivel de vida, el manejo sustentable y la autogestión, se articulan en estrategias orientadas hacia un desarrollo rural alternativo. El caso de la producción y comercialización del café orgánico en México, por parte de organizaciones indígenas comunitarias, evidencia con claridad las posibilidades que ofrecen estas experiencias articuladas de forma exitosa desde lo local con lo global.

En estas experiencias, las comunidades rurales son acompañadas por una nueva generación de asesores provenientes de distintas profesiones, quienes están interesados en establecer formas de trabajo comunitario hacia la autogestión y el desarrollo endógeno. Lo anterior es consecuencia de la creciente presencia en las universidades de diferentes carreras, especialidades y espacios de investigación, que están orientados desde novedosos enfoques a las cuestiones rurales, indígenas y ambientales. La existencia de avances conceptuales y tecnológicos por parte de cientí-

ficos, profesores y estudiantes formados desde esta perspectiva, también es un elemento importante en la viabilidad del desarrollo rural sustentable.

Un aspecto del contexto global que favorece la viabilidad de las estrategias orientadas hacia el desarrollo rural sustentable se refiere a los acuerdos internacionales firmados por México, en los que se establece un marco legal para generar políticas públicas hacia la sustentabilidad. Los convenios con la Organización Internacional del Trabajo (OIT), los compromisos con la *Agenda 21*, los acuerdos con la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), el tratado de libre comercio con la Unión Europea (UE) y la posición en el grupo de países megadiversos son ejemplos que muestran una amplia gama de posibilidades institucionales para reorientar las políticas de desarrollo rural hacia estrategias alternativas.

En ese mismo sentido, existen experiencias en marcha en países que como México son miembros de la OCDE, o bien, con los que se tienen acuerdos comerciales, como es el caso de la UE, donde las políticas públicas fortalecen la agricultura familiar y promueven la multifuncionalidad rural en una perspectiva de sustentabilidad. Estas experiencias han demostrado la posibilidad de establecer relaciones más equitativas entre las ciudades y el campo y también han evidenciado la viabilidad social, económica y política de este tipo de estrategias de desarrollo rural. El espacio institucional abierto por la *Ley de Desarrollo Rural Sustentable* es un avance en México en ese sentido y puede significar un fundamento importante para establecer políticas públicas de dicho tenor.

Otro elemento más atiende al papel que juega la agricultura en las negociaciones de la Organización Mundial del Comercio (OMC). Existe una poderosa corriente encabezada por la UE, la mayoría de los países en desarrollo y movimientos globales de agricultores, ecologistas e indígenas, que propone un tratamiento especial de la agricultura en razón de sus funciones económicas, sociales y ambientales, así como de su importancia estratégica para las naciones. Esto significa replantear las actuales reglas del comercio global con criterios más amplios e incluir cuestiones



## **Hacia un proyecto alternativo de país**

sociales, ecológicas y culturales. La disputa sigue latente y es crucial en la construcción de un mundo multilateral y diverso, en contraposición al actual mundo unipolar.

La situación por la que atraviesa el campo en México es un componente central de una crisis de dimensiones más amplias en la que se encuentra todo el país y que cuestiona al proyecto civilizatorio occidental y sus fundamentos. Los impactos de estos modelos han sido especialmente severos para las culturas rurales mexicanas y su existencia se ve amenazada por la fase neoliberal dictada e impuesta desde el México imaginario, incapaz de entender que lo que está en crisis es precisamente el modelo civilizatorio propuesto por ese México considerado como el único posible.

Una cuestión crucial para el país reside en la construcción de un proyecto civilizatorio alternativo, a partir de la consideración de las diversidades presentes, y entonces desde las raíces históricas y culturales ver con una perspectiva crítica y selectiva al proyecto occidental y sus innegables aportaciones. Siguiendo a Bonfil: "México sigue siendo viable, por su extensión, por la magnitud de su población, por su potencialidad productiva y, sobre todo, por los recursos culturales que ha sabido conservar su pueblo" (1994: 229). El proyecto de país se debe construir desde nuestra realidad, nuestros procesos históricos y nuestra civilización, que están en la actualidad presentes y que son resultado de una historia profunda. El proyecto nacional se tiene que definir en términos civilizatorios.

La opción, ardua y difícil, pero sin duda posible, es sacar del México profundo la voluntad histórica para formular y emprender nuestro propio proyecto civilizatorio, porque a fin de cuentas "[...] estamos hablando de civilización", y es a la escala de una civilización como se mide la trascendencia de un pueblo (Bonfil, 1994). En el proyecto civilizatorio están los datos fundamentales para diseñar la nación que se puede y se quiere construir. Esta construcción debe reconocer de una vez y para siempre al México profundo, porque sin él no hay solución que valga. El problema central está en la incapacidad de reconocer y aceptar al otro

proyecto civilizatorio —el mesoamericano. Este proyecto nacional estaría organizado a partir del pluralismo cultural, que más que un obstáculo a vencer, es el contenido mismo del proyecto, el que lo legitima y lo hace viable. De acuerdo con Bonfil (1994), la diversidad de culturas no sería sólo una situación real que se reconoce como punto de partida sino como meta central del proyecto, pues se trata de desarrollar una nación pluricultural, sin pretender que deje de ser eso.

La propuesta de Bonfil (1994) es construir una nación plural, en la que la civilización mesoamericana encarnada en una gran diversidad de culturas, tenga el lugar que le corresponde y permita ver a Occidente desde México. Es decir, entenderlo y aprovechar sus logros desde una perspectiva civilizatoria que nos es propia, porque ha sido forjada en este suelo, paso a paso, desde la más remota antigüedad, y porque esa civilización no está muerta sino que alienta desde las entrañas del México profundo.

En esta perspectiva de un proyecto alternativo de país, el México profundo y rural, siempre ignorado y despreciado, es un actor central en la construcción de otros caminos hacia el desarrollo rural, a partir del establecimiento de otro tipo de relaciones tanto entre las sociedades y la naturaleza, como entre el mundo urbano y el rural. Este proyecto civilizatorio es el resultado de la compleja historia de México y constituye un marco común integrado por una amplia diversidad cultural, ubicada en diferentes espacios naturales, así como un centro de origen de una gran variedad de sistemas de producción agropecuaria, con el maíz como eje. El proyecto mesoamericano tiene entre sus rasgos centrales una cosmovisión en la que las relaciones con la naturaleza se establecen desde la corresponsabilidad, el respeto y la diversidad.

El México profundo es entonces el punto de partida hacia procesos de sustentabilidad rural, y también existen diferentes elementos en el contexto nacional y global que favorecen el caminar hacia un desarrollo rural alternativo, que fortalezca las culturas rurales, sus recursos naturales y sus actividades productivas.

Ante la crisis del proyecto occidental, es necesario que el México imaginario sea capaz de reconocer y aceptar la importancia del México profundo y de sus aportaciones a un proyecto civilizatorio alternativo. Las culturas campesinas e indígenas y sus formas de relación con la naturaleza son el punto de partida para el diseño de procesos de desarrollo rural sustentables y actores insustituibles en la construcción de un proyecto de nación plural, justo y diverso.



## **Bibliografía**

---



Alonso, Antonio y Eduardo Sevilla Guzmán (1998–1999).

“El discurso ecotecnocrático de la sustentabilidad”, en *Renglones*, núms. 41–42, agosto–marzo, pp. 11–19.

Altieri, Miguel (1983). *Agroecología. Bases científicas de la agricultura alternativa*, Centro de Estudios en Tecnologías apropiadas para América Latina, Valparaíso, 184 pp.

— (1991). “¿Por qué estudiar la agricultura tradicional?”, en *Agroecología y Desarrollo*, vol.1, marzo, pp. 16–23.

\* — (1999). *Agroecología. Bases científicas para una agricultura sustentable*, Nordan Comunidad, Montevideo, 338pp.

Amin, Ash y Nigel Thrift (1994). *Globalization, institutions and regional development in Europe*, Oxford University Press, Nueva York, 268pp.

Anisur Rahman, Mohammad y Orlando Fals Borda (1991).

“Un repaso de la investigación acción participativa”, en Fals Borda, Orlando (ed.), *Acción y conocimiento. Cómo romper el monopolio con investigación–acción participativa*, Centro de Investigación y Educación Popular, Santafé de Bogotá, pp. 37–50.

Appendini, Kirsten (1995). “La transformación de la vida económica en el campo mexicano”, en Prud’homme, Jean–François (coord.), *El impacto social de las políticas de ajuste en el campo mexicano*, Plaza y Valdés/Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales, México, pp. 31–104.

\* Los títulos marcados con asterisco constituyen una serie de materiales básicos para profundizar en las diferentes temáticas presentadas en este libro. La selección se realizó pensando en textos accesibles, sea por su oportunidad, costo o lenguaje, para los lectores interesados de México y Latinoamérica.

Barreiro, Julio (1974). *Educación popular y proceso de concientización*, Siglo XXI, México, 161pp.

Bartra, Armando (1998). "Sobrevivientes. Historias en la frontera", en *Globalización, crisis y desarrollo rural en América Latina. Memoria de Sesiones Plenarias del V Congreso Latinoamericano de Sociología Rural*, Universidad Autónoma Chapingo, Texcoco, pp. 1-25.

\* Beck, Ulrich (1998). *¿Qué es la globalización?: falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Paidós Ibérica, Barcelona, 224pp.

\* Bernardo Hernández, María de Jesús (2002). *Agricultura orgánica: teoría y práctica*, ITESO/Fundación Produce Jalisco, Guadalajara, 220pp.

Boff, Leonardo (1999). *Ética da vida*, Letraviva, Brasília, 241pp.

Boltvinik, Julio (1995). *Pobreza y estratificación social en México*, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática/El Colegio de México/Instituto de Investigaciones Sociales-Unam, Aguascalientes, 111pp.

\* Bonfil, Guillermo (1994). *México profundo. Una civilización negada*, Grijalbo, México, 250pp.

\* Bové, José y François Dufour (2001). *El mundo no es una mercancía. Los agricultores contra la comida basura*, Icaria, Barcelona, 279pp.

Calva, José Luis (1997). "Efectos de un Tratado Trilateral de Libre Comercio en el sector agropecuario mexicano", en Calva, José Luis y Gerardo Gómez (comps.), *La agricultura mexicana frente al Tratado Trilateral de Libre Comercio*, Universidad Autónoma Chapingo/Juan Pablos, Texcoco/México, pp. 13-32.

Cámara de Diputados, LVIII Legislatura (2001). "Proyecto de ley de desarrollo rural sustentable", en *Gaceta Parlamentaria*, Cámara de Diputados de los Estados Unidos Mexicanos, México, 18 de octubre.

Caporal, Francisco (1998). "La extensión agraria del sector público ante los desafíos del desarrollo sostenible", tesis de doctorado, Universidad de Córdoba, Córdoba.

Caporal, Francisco y José Antonio Costabeber (2000). "Agroecología e desenvolvimento rural sustentável: perspectivas para uma nova Extensão Rural", en *Agroecolo-*



- gía e Desenvolvimento Rural Sustentável*, vol.1, núm.1, enero-marzo, pp. 16-37.
- (2002). “Análise multidimensional da sustentabilidade: uma proposta metodológica a partir da Agroecologia”, en *Agroecologia e Desenvolvimento Rural Sustentável*, vol.3, núm.3, julio-septiembre, pp. 70-85.
- Carabias, Julia (1998). “El país en grave crisis ecológica”, en *La Jornada*, 8 de mayo.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CEPAL (1982). *Economía campesina y agricultura empresarial*, Siglo XXI/CEPAL, México, 339pp.
- Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo, CMMAD (1988). *Nuestro futuro común*, Alianza, Madrid, 460pp.
- Comité de Planeación para el Desarrollo del Estado de Jalisco (1995). *Compromiso entre sociedad y gobierno para el desarrollo sustentable de Jalisco: Plan Estatal de Desarrollo Jalisco 1995-2001*, Gobierno del Estado de Jalisco, Guadalajara, 259pp.
- Conway, Gordon (1985). “Agroecosystem analysis”, en *Agricultural Administration*, vol.20, pp. 31-55.
- (1987). *The properties of agroecosystems*, International Institute for Environment and Development, Londres, 23 pp.
- Cornwall, A; I. Guijt y A. Welbourn (1993). *Retos metodológicos para la investigación y la extensión agrícolas: valorando los procesos*, discussion paper 333, Institute of Development Studies, Sussex, 41pp.
- Cox, George W. y Michael Atkins (1979). *Agricultural ecology: an analysis of world food production systems*, W.H. Freeman, San Francisco, 721pp.
- Chambers, Robert (1992). *Rural appraisal: rapid, relaxed, and participatory*, discussion paper 311, Institute of Development Studies, Sussex, 90pp.
- Chayanov V, Alexis (1974). *La organización de la unidad económica campesina*, Nueva Visión, Buenos Aires, 194pp.
- Dufumier, Marc (1990). *Les politiques agraires*, Presses universitaires de France, París, 126pp.

- Ejército Zapatista de Liberación Nacional, EZLN (1997). *Documentos y comunicados*, vol.3, ERA, México, 470pp.
- Fals Borda, Orlando (ed.) (1991). *Acción y conocimiento. Cómo romper el monopolio con investigación-acción participativa*, Centro de Investigación y Educación Popular, Santafé de Bogotá, 232pp.
- (1992). “La ciencia y el pueblo: nuevas reflexiones”, en Salazar, María Cristina (ed.), *La investigación-acción participativa. Inicios y desarrollos*, Cooperativa Editorial Magisterio, Bogotá.
- Feyerabend, Paul (1992). *Adiós a la razón*, Tecnos, Madrid, 195pp.
- \* Freire, Paulo (1978). *¿Extensión o comunicación?: la concientización en el medio rural*, Siglo XXI, México, 108pp.
- (1982). “Creating alternative research methods: learning to do it by doing it”, en Hall, Budd; Arthur Gillete y Rajest Tandon (eds.), *Creating knowledge: a monopoly?*, Society for Participatory Research in Asia, Nueva Dehli, pp. 29–37.
- (1983). “Desmitificación de la concientización”, en Torres, Carlos A. (comp.), *La praxis educativa de Paulo Freire*, Gernika, México.
- (1985). *La educación como práctica de la libertad*, Siglo XXI, México, 152pp.
- Fritscher, Magda (1998). “Globalización y agricultura: escenarios y controversias”, en *Globalización, crisis y desarrollo rural en América Latina. Memoria de Sesiones Plenarias del V Congreso Latinoamericano de Sociología Rural*, Universidad Autónoma Chapingo, Texcoco, pp. 59–85.
- Funtowicz, Silvio y Jerome Ravetz (1993). *Epistemología política. Ciencia con la gente*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 94pp.
- Galeski, Boguslaw (1977). *Sociología del campesinado*, Península, Barcelona, 339pp.
- Garrido Peña, Francisco de Asís (1993). *Introducción a la ecología política*, Comares, Granada, 184pp.

- \* Geilfus, Frans (2001). *80 herramientas para el desarrollo participativo: diagnóstico, planificación, monitoreo, evaluación*, IICA/Inca Rural/Sagarpa, México, 208pp.
- Gliessman, Stephen (1990). "Understanding the basis of sustainability in the tropics: experiences in Latin America", en Edwards, Clive L. *et al.* (eds.), *Sustainable agricultural systems*, Soil and Water Conservation Society, Iowa, pp. 378–389.
- (1992). *Agroecology: researching the ecological basis for sustainable agriculture*, Springer-Verlag Press, Nueva York, 380pp.
- \* ——— (2002). *Agroecología: procesos ecológicos en agricultura sustentable*, AGRUCO/MAELA/CATIE/GTZ/UADY, Gobierno de Tabasco/Universidad del Sur de California, Turrialba, 359pp.
- \* Gómez Tovar, Laura; Manuel Gómez Cruz y Rita Schwentesius (1999). *Desafíos de la agricultura orgánica. Comercialización y certificación*, Universidad Autónoma Chapingo/Mundi-Prensa, México, 224pp.
- \* González de Molina, Manuel y Eduardo Sevilla Guzmán (1992). "Ecología, campesinado e historia: para una reinterpretación del desarrollo del capitalismo en la agricultura", en Sevilla Guzmán, Eduardo y Manuel González de Molina (eds.), *Ecología, campesinado e historia*, La Piqueta, Madrid, pp. 23–129.
- González de Molina, Manuel (1994). *Historia y medio ambiente*, Universidad de Madrid, Madrid.
- Grupo de Estudios Ambientales, GEA (1993). *¿Qué es la agricultura sustentable?*, Ediciones GEA, México, 30pp.
- \* Guzmán Casado, Gloria; Manuel González de Molina y Eduardo Sevilla Guzmán (coords.) (2000). *Introducción a la agroecología como desarrollo rural sustentable*, Mundi-Prensa, Madrid, 535pp.
- Hall, Budd (1983). "Investigación participativa, conocimiento popular y poder: una reflexión personal", en Vejarano, Gilberto (comp.), *La investigación participativa en América Latina. Antología*, Centro Regional de Educación de Adultos y Alfabetización Funcional para América Latina, México, pp. 15–35.

- Hecht, Susana (1999). "La evolución del pensamiento agroecológico", en Altieri, Miguel, *Agroecología. Bases científicas para una agricultura sustentable*, Nordan Comunidad, Montevideo, pp. 15-30.
- Hernández Xolocotzi, Efraín (1977). *Agroecosistemas de México: contribuciones a la enseñanza, la investigación y la divulgación agrícola*, Universidad Autónoma Chapingo, Texcoco, 559pp.
- Huizer, Gerrit (1980). *El potencial revolucionario del campesino en América Latina*, Siglo XXI, México, 357pp.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, INEGI (1981). *Síntesis geográfica de Jalisco*, Secretaría de Programación y Presupuesto, México, 306pp.
- (1991). *XI Censo General de Población y Vivienda, 1990, Jalisco: resultados definitivos*, 4vols, INEGI, Aguascalientes, 2562pp.
- (1997). *Cartas climatológicas de Jalisco*, INEGI, Aguascalientes, 70pp.
- Jara, Carlos (1999). "Sustentabilidade: Uma encruzilhada civilizatória", en Bracagiogli, Alberto (comp.), *Sustentabilidade e Cidadania: O papel da extensão rural*, Emater/RS-Ascar, Porto Alegre, pp. 7-66.
- Kay, Cristóbal (1994). "The unequal and excluding development in rural Latin America", en *Memorias del IV Congreso Latinoamericano de Sociología Rural*, Asociación Latinoamericana de Sociología Rural, Santiago de Chile.
- Koc, Mustafa (1994). "La globalización como discurso", en Bonnano, Alessandro (ed.), *La globalización del sector alimentario*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, pp. 51-78.
- \* Kuhn, Thomas (1987). *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, México, 320pp.
- Leff, Enrique (1994). *Ecología y capital: racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable*, Siglo XXI, México, 437pp.
- (1996). "La insoportable levedad de la globalización", en *Revista de la Universidad de Guadalajara*, núm.6, agosto-septiembre, pp. 21-27.

- \* — (1998). *Saber ambiental: sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*, Siglo XXI, México, 285pp.
- Marten, Gerry (1988). "Productivity, stability, sustainability, equitability and autonomy as properties for agroecosystem assessment", en *Agricultural Systems*, vol.26, pp. 291–316.
- Martínez Alier, Joan (1994). *De la economía ecológica al ecologismo popular*, Icaria, Barcelona, 362pp.
- \* Masera, Omar y Santiago López-Ridaaura (eds.) (2000). *Sustentabilidad y sistemas campesinos. Cinco experiencias de evaluación en el México rural*, GIRA/Unam/Mundi-Prensa/PUMA, México, 346pp.
- Mattelart, Armand (1998). "¿Cómo resistir a la colonización de las mentes?", en *Le Monde Diplomatique*, edición española (ed.), *Pensamiento crítico vs. pensamiento único*, Debate, Madrid, pp. 26–32.
- McMichael, Philip (1998). "Globalización monetaria y estatal: reestructuración agroalimentaria a fin del siglo", en *Globalización, crisis y desarrollo rural en América Latina. Memoria de Sesiones Plenarias del V Congreso Latinoamericano de Sociología Rural*, Universidad Autónoma Chapingo, Texcoco, pp. 125–158.
- Menezes, Francisco (1995). "Agricultura sustentable y pobreza rural", en *Agroecología y desarrollo sustentable. 2°. Seminario Internacional de Agroecología*, Universidad Autónoma Chapingo, Texcoco, pp. 31–37.
- Morales Hernández, Jaime (1999). "La articulación entre potencial endógeno y entorno externo, en el diseño de estrategias de agricultura sustentable para la comunidad de Juanacatlán, Jalisco, México", tesis doctoral, Universidad de Córdoba, Córdoba, 281pp.
- \* Morin, Edgar (1995). *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa, Barcelona, 167pp.
- (1998). *El método, 4. Las ideas*, Cátedra, Madrid.
- Noorgard, Richard (1983). "Las bases científicas de la Agroecología", en Altieri, Miguel, *Agroecología. Bases científicas de la agricultura alternativa*, Centro de Estudios en Tecnologías apropiadas para América Latina, Valparaíso, pp. 25–29.

- Organización de las Naciones Unidas, ONU (1993). *Agenda 21*, ONU, Ginebra.
- Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, FAO (1991). *Production yearbook, 1990*, FAO, Roma, 283pp.
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, OCDE (1995). *Sustainable agriculture*, OCDE Press, París, 68pp.
- Park, Peter (1992). “¿Qué es la investigación–acción–participativa: perspectivas teóricas y metodológicas”, en Salazar, María Cristina (ed.), *La investigación–acción participativa. Inicios y desarrollos*, Cooperativa Editorial Magisterio, Bogotá.
- Pearce, David y Kerry Turner (1995). *Economía de los recursos naturales y del medio ambiente*, Celeste/Colegio de Economistas de Madrid, Madrid, 448pp.
- Peña, Guillermo de la (1998). “Etnicidad, ciudadanía y cambio agrario: apuntes comparativos sobre tres países latinoamericanos”, en Zendejas, Sergio y Pieter de Vries (eds.), *Las disputas por el México rural: historias y narrativas*, vol.II, El Colegio de Michoacán, Zamora, pp. 67–100.
- Pretty, Jules (1995). *Regenerating agriculture: policies and practices for sustainability and self–reliance*, Earthscan Publications, Londres, 320pp.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD (1997). *Informe sobre el Desarrollo Humano 1996*, Mundi–Prensa, Madrid, 250pp.
- Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias de Jalisco, RASA (2002). “Planeación estratégica de la RASA”, documento interno, mimeo, Guadalajara, 5pp.
- Redclift, Michael (1995). “El desarrollo sustentable: ampliación del alcance del debate”, en Cadenas, Alfredo (ed.), *Agricultura y desarrollo sostenible*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, pp. 39–71.
- \* Reijntjes, Coen; Bertus Haverkort y Ann Waters–Bayer (1995). *Cultivando para el futuro. Introducción a la agricultura sustentable de bajos insumos externos*, Nordan Comunidad, Montevideo, 274pp.

- Remmers, Gastón (1998). *Con cojones y Maestría. Un estudio sociológico-agronómico acerca del desarrollo rural endógeno y procesos de localización en la Sierra de la Contraviesa*, Thela Publishers, Amsterdam, 382pp.
- Rist, Gilbert (1997). *The history of development: from western origins to global faith*, Zed Books, Londres/Nueva York, 277pp.
- Robertson, Roland (1992). *Globalization: social theory and global culture*, Sage, Londres, 211pp.
- Rosset, Peter (2000). "El caso de las pequeñas fincas", en *Monitor Multinacional*, vol.21, núms. 7-8.
- \* Rubio, Blanca (2001). *Explotados y excluidos: los campesinos latinoamericanos en la fase agroexportadora neoliberal*, Plaza y Valdés/Universidad Autónoma Chapingo, México, 237pp.
- Sachs, Ignacy (1982). *Ecodesarrollo: desarrollo sin destrucción*, El Colegio de México, México, 201pp.
- \* Sarandón, Santiago (ed.) (2002). *Agroecología: el camino hacia la agricultura sustentable*, Ediciones Científicas Americanas, Buenos Aires, 557pp.
- Schutter, Anton de (1981). *Investigación participativa: una opción metodológica para la educación de adultos*, Centro Regional de Educación de Adultos y Alfabetización Funcional para América Latina, Pátzcuaro, 392pp.
- Schutter, Anton de y Boris Yopo (1983). "Desarrollo y perspectiva de la Investigación Participativa", en Vejarano, Gilberto (comp.), *La investigación participativa en América Latina. Antología*, Centro Regional de Educación de Adultos y Alfabetización Funcional para América Latina, Pátzcuaro, pp. 55-87.
- Sevilla Guzmán, Eduardo y José Luis Sevilla (1984). "La tradición sociológica de la vida rural: una larga marcha hacia el funcionalismo", en Sevilla Guzmán, Eduardo (coord.), *Sobre agricultores y campesinos: estudios de sociología rural de España*, Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios, Madrid, pp. 39-107.
- Sevilla Guzmán, Eduardo (1995). "El marco teórico de la agroecología", en *Materiales de trabajo del curso Agroecología y conocimiento local*, Universidad de Córdoba, Córdoba, pp. 5-29.

Sevilla Guzmán, Eduardo y Graham Woodgate (1997). "Sustainable rural development: from industrial agriculture to agroecology", en Redclift, Michael y Graham Woodgate (eds.), *The international handbook of environmental sociology*, Edward Elgar, Cheltenham, pp. 83-100.

- \* Shanin, Teodor (1979). *Campesinos y sociedades campesinas*, Fondo de Cultura Económica, México, 404pp.

Simón, Xavier (2002). "Crecimiento económico y límites ambientales", en Sarandón, Santiago (ed.), *Agroecología: el camino hacia la agricultura sustentable*, Ediciones Científicas Americanas, Buenos Aires, pp. 99-115.

Teubal, Miguel (1998). "Globalización y sus efectos sobre las sociedades rurales de América Latina", en *Globalización, crisis y desarrollo rural en América Latina. Memoria de Sesiones Plenarias del V Congreso Latinoamericano de Sociología Rural*, Universidad Autónoma Chapingo, Texcoco, pp. 27-57.

Tillmann, Hermann y María Salas (1994). *Nuestro congreso: manual de diagnóstico rural participativo*, Prodaf/GTZ, Santiago de Puriscal, 180pp.

Toledo, Víctor Manuel (1990). "Modernidad y ecología: la nueva crisis planetaria", en *Ecología Política*, vol.3, pp. 9-22.

— (1991). *El juego de la supervivencia: un manual para la investigación etnoecológica en Latinoamérica*, Consorcio Latinoamericano de Agroecología y Desarrollo/ Universidad de California, Santiago de Chile/Berkeley, 75pp.

— (1992). "Utopía y naturaleza: el nuevo movimiento ecológico de campesinos e indígenas en América Latina", en *Nueva Sociedad*, núm.122, pp. 72-85.

— (1993). "La racionalidad ecológica de la producción campesina", en Sevilla Guzmán, Eduardo y Manuel González de Molina (eds.), *Ecología, campesinado e historia*, La Piqueta, Madrid, pp. 197-218.

— (1994). "La apropiación campesina de la naturaleza: un análisis etnoecológico", tesis doctor en Ciencias, Unam, México.



- (1996). “Los ejidos y comunidades: lugar de inicio del desarrollo sustentable en México”, en *Revista de la Universidad de Guadalajara*, núm.6, agosto-septiembre, pp. 28-34.
- (1998-1999). “Hacia una modernidad alternativa. Globalización neoliberalismo y desarrollo sustentable”, en *Reglones*, núms. 41-42, agosto-marzo, pp. 5-10.
- \* — (2000). *La paz en Chiapas: ecología, luchas indígenas y modernidad alternativa*, Unam/Quinto Sol, México, 256pp.
- Toledo, Víctor Manuel; Pablo Alarcón y Lourdes Barón (2002). *La modernización rural de México: un análisis socioecológico*, Semarnat/Instituto Nacional de Ecología/Unam, México, 130pp.
- \* Touraine, Alain (1998). *¿Podremos vivir juntos?*, Fondo de Cultura Económica, México, 335pp.
- Unión Europea (1992). *El futuro del mundo rural*, Comisión Europea, Madrid, 149pp.
- Van der Ploeg, Jan Douwe y Ann Long (1994). *Born from within. Practice and perspectives of endogenous rural development*, Van Gorcum, Assen, 312pp.
- Van der Ploeg, Jan Douwe; Ann Long y Jo Banks (2002). *Living countrysides. Rural development in Europe: the state of the art*, Elsevier, Doetinchem, 231pp.
- \* Villoro, Luis (1996). *Creer, saber, conocer*, Siglo XXI, México, 310pp.
- Wolf, Eric (1979). *Los campesinos*, Labor, Barcelona, 150 pp.
- (1982). *Las luchas campesinas del siglo XX*, Siglo XXI, México, 438pp.
- Zemelman, Hugo (1997). *Problemas antropológicos y utópicos del conocimiento*, El Colegio de México, México, 212pp.

***Sociedades rurales y naturaleza.***

***En busca de alternativas hacia la sustentabilidad***

se terminó de imprimir en noviembre de 2004  
en los talleres de Desarrollos Impresos de México, SA de CV  
Av. Hidalgo 1812-A, Fracc. Ladrón de Guevara,  
Guadalajara, Jalisco, México, C.P. 44680

La edición, que consta de 1,000 ejemplares, estuvo a cargo de  
la Oficina de Difusión de la Producción Académica del ITESO.

Frente a la industrialización de la agricultura y la mercantilización de las economías del campo a escala global, por igual se visualizan los surcos de una serie de estrategias locales y regionales encaminadas a incentivar un desarrollo rural alternativo.

El autor introduce las bases conceptuales y las propuestas metodológicas de disciplinas como la agroecología y la investigación participativa, que se preocupan por las relaciones entre sociedad–naturaleza, pero sobre todo que consideran a la sustentabilidad como parte medular de los procesos de desarrollo rural.

Este libro de tono didáctico y carácter divulgativo también ofrece ejemplos concretos de las experiencias emprendidas por comunidades campesinas e indígenas, en Jalisco, México, en su afán por respetar el entorno natural y por incentivar actividades agropecuarias sustentables.

Jaime Morales Hernández es profesor investigador del Centro de Investigación y Formación Social del ITESO. Es doctor en Agroecología (Universidad de Córdoba). Desde hace más de 20 años ha colaborado con comunidades campesinas e indígenas de México y Centroamérica, en tareas de investigación, formación y asesoría. Es autor de diversos artículos en revistas nacionales y extranjeras y ha participado en varios libros colectivos sobre el tema.

